
Segredo
Una virgen para el CEO
HERMANOS CLARK
AUTORA BESTSELLER DA AMAZON
JÉSSICA MACEDO

AUTORA DE BESTSELLERS EN AMAZON
JÉSSICA MACEDO

Una virgen para el CEO

HERMANOS CLARK

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2020 de Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada y contraportada

Jéssica Macedo

Preparación

Aline Damasceno

Revisión

Gabriel Marquezini

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Índice

Índice
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos

Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Epílogo
Sobre el autor
Leer También
Red social (del editor)



Uno

Enredé su pelo rubio en mi mano para poder verle mejor la cara mientras deslizaba su boca por mi pene. Incliné la cabeza hacia atrás, saboreando sus labios que recorrían toda la longitud de mi miembro, la humedad y el calor de su boca me envolvían. Antes de que pudiera gemir, la pelirroja me hizo callar y me besó. Con mi mano libre, recorrí su espalda y apreté su culo, que estaba al descubierto por las diminutas bragas de encaje. Mientras una me chupaba como si mi verga fuera lo más sabroso del mundo, la otra me besaba de forma salvaje, casi como si fuera a arrancarme los labios con los suyos.

Estaba completamente metido en aquel delicioso trío cuando oí un grito de la única persona en la tierra que no quería que presenciara aquella escena.

—¿Qué está pasando aquí?

Aparté a la chica pelirroja cuyo nombre ni siquiera recordaba y giré la cabeza para ver a mi madre en la puerta de mi despacho. Su expresión era una mezcla de asombro y sorpresa. Estaba estupefacta, entre pálida y sonrojada.

—¡Carajo, mamá! Que mierda. Te dije que no entraras así en mi despacho. —Aparté a la chica rubia, haciendo que dejara de chupármela, y me subí la cremallera de los pantalones.

—¡Fuera las dos! —gritó a las mujeres y me miró como si aún tuviera diez años.

Ambas me miraron fijamente, esperando a que adoptara una postura, y yo asentí. Recogieron la ropa esparcida por el suelo y se cubrieron los pechos antes de salir de la habitación, asustadas.

Me masajeé las sienes y torcí los labios mientras miraba a mi madre.

—¿Qué fue eso, Sra. Laura?

—Yo te pregunto. ¿Qué clase de descaro fue ese, hijo mío? Dos mujeres a plena luz del día a la vista de cualquiera.

—Nadie habría visto nada si no hubieras abierto la puerta. —Me levanté de la silla y recogí mi camisa, que estaba tirada en el suelo. Después del espectáculo de mi madre, estaba de lo más irritado.

—Sigo preguntándome dónde me equivoqué con vosotros dos. —Negó con la cabeza, decepcionada

—Has estado genial. —Pasé junto a ella y le di un beso en la cabeza antes de dirigirme al pasillo para ver dónde habían ido a

parar mis dos presas.

—Necesitas una esposa, Dean. Una buena chica cristiana virgen.

No pude contener la risa ante las palabras de mi madre.

—No sé en qué año crees que vives pero hoy en día nadie llega virgen a la edad adulta. Tus chicas buenas se la habrán dado a algún tío en la parte de atrás de un coche cuando eran adolescentes.

—Niño travieso, ¡vuelve aquí! —Dio un pisotón, pero yo me limité a asentir y desaparecí por el pasillo.

Encontré a las mujeres vistiéndose en la puerta de una habitación y les sonreí.

—Disculpen las molestias. —Puse mi mano alrededor de la cara de una y sujeté la cintura de la otra.

Me sonrieron, aunque estaban confusas y avergonzadas. Abrí la puerta de la habitación de invitados y esta vez me aseguré de cerrarla con llave para que no nos volvieran a interrumpir.

—¿Dónde estábamos?

—Tu madre... —Puse las yemas de mis dedos sobre los labios de la rubia para hacerla callar.

—Olvídate de ella. —Le tiré del pelo y la hice arrodillarse frente a mí.

Sonrió y me bajó la cremallera, continuando donde lo habíamos dejado.



Lo único que oía era el sonido del tenedor y el cuchillo raspando el fondo del plato mientras mi madre estaba al otro lado de la mesa, sentada lo más lejos posible de mí. Odiaba cuando fingía esos momentos de enfado, tratándome como si fuera un niño de diez años y no un hombre de treinta y dos.

—¿Mamá?

Levantó la cabeza para mirarme y pude ver en sus ojos que me arrepentiría de haber llamado su atención en ese momento.

—Esta es una casa de familia, Dean.

—¿Quién dice que no lo sea? —Me encogí de hombros y volví a prestar atención a la langosta que tenía en el plato.

—Tu comportamiento me decepciona. ¿Dos mujeres? ¿Dos al mismo tiempo?

—Creo que estás exagerando demasiado. Solo fue sexo.

—Has trivializado demasiado las relaciones, hijo mío.

—Mamá, así es el mundo.

—Si tu padre aún estuviera aquí... —Me di cuenta de que le lloraban los ojos.

—Pero no está.

—Sí, lo siento. —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano —. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una novia, una en serio con la que realmente quisieras comprometerte?

—Nunca. —Me reí como si fuera una ventaja—. Mamá, no necesito comprometerme con una mujer por el resto de mi vida para ser feliz. Lo último que necesito es un compromiso.

Respiró hondo y cerró los ojos.

—Quizá no te des cuenta de que lo necesitas hasta que sea demasiado tarde.

—Dejemos de hablar de eso. —Intenté cambiar de tema. Quería mucho a mi madre y no quería discutir con ella por una tontería como esta. Mi mamá era demasiado romántica y religiosa para los tiempos que vivíamos y sobre todo para la ciudad en la que estábamos.

Viviendo en Miami, con todas las fiestas de famosos y turistas en bikini paseando *por Ocean Drive*, lo que menos quería era compromiso.

—¿Vamos al concierto de Dylan en Orlando? Es su grabación en DVD. —Volví a llamar su atención hablando de mi hermano.

—Sí. Me llamó ayer, quiero verlo. Tu hermano ha estado de gira durante más de un mes y no ha estado en casa.

—¡Estupendo!

Volví a concentrarme en la cena y agradecí que mi madre se hubiera olvidado por completo de querer atarme a alguien.



Dos

Sonreí al entrar en la habitación de la paciente, que miraba por la ventana, pero se giró en cuanto me oyó entrar.

—Hola, señorita.

—Hola, señora Castilho. ¿Cómo pasó la noche? —Me acerqué a su cama con el carrito de medicamentos.

—Muy bien. Estoy muy contenta de verte.

—Gracias, yo también. Sabes cuánto me alegra ver esa sonrisa tuya. —Me quité los guantes de látex, los reemplacé por un par nuevo y tomé los medicamentos, colocándolos en un vasito de plástico antes de entregárselos—. Tómelos todos.

—Pero son muchos.

—Es la prescripción del médico, así que los necesita todos.

—Está bien. —Respiró hondo antes de llevarse las pastillas a la boca y tomar el vaso con agua que le extendí.

—Muy bien.

—Eres realmente un ángel, igual que tu nombre.

Me acomodé un mechón de cabello detrás de la oreja y le sonreí, agradecida por su amabilidad.

—Imagino que debes tener muchos pretendientes.

—Estoy enfocada en otras cosas.

—Haces bien. —Intentó acomodarse en la cama del hospital y la ayudé a recostarse de forma más cómoda—. A veces los hombres pueden ser muy crueles con nosotras. Mira mi caso, estuve casada treinta años, y de pronto él encontró a una mujer más joven, de la edad de nuestro hijo del medio, y me dejó sin pensarlo dos veces.

—Lo lamento mucho.

—No lo lamentes. Creo que me quité un peso de encima.

Miré mi reloj de pulsera y vi que ya había pasado la hora de terminar mi turno.

—Señora Castilho, tengo que irme ahora, pero la dejo en buenas manos. Alisson tomará mi lugar. Pórtese bien con ella.

—Siempre lo hago. —Me saludó con la mano.

Salí de la habitación de la paciente y fui a la sala del personal del hospital para cambiarme de ropa, recoger mi bolso y las demás pertenencias que había guardado allí. Estaba agotada después de

pasar toda la noche y la madrugada en el hospital, y lo único que deseaba era volver a casa. Llevaba casi dos años trabajando como auxiliar de enfermería en ese hospital de Miami Beach. El dinero que ganaba lo utilizaba para las facturas de la casa y mis ahorros para la universidad. Mi sueño era convertirme en médica, aunque eso aún parecía muy lejano de la realidad que vivía.

Caminé hasta la parada y me senté en el banco, cruzando las piernas, esperando el autobús que me llevaría hasta la mitad del camino de regreso a casa. Desde el hospital en Miami Beach hasta Little Havana, donde vivía con mi madre, el trayecto duraba más o menos una hora en autobús y tenía que hacer una combinación.

Por suerte, ese miércoles el vehículo no tardó en pasar y estaba vacío. Agradecí poder entrar rápido al aire acondicionado y librarme del calor infernal que hacía afuera. Mientras una amiga mía que se había ido a vivir a Nueva York me mandaba fotos de la nieve, yo lidiaba con la única estación que conocíamos en Florida: el verano. El año en esta parte de Estados Unidos se dividía básicamente en cuatro etapas: calor, temporada de huracanes, calor insoportable y sucursal del infierno. Sin dudas, la cuenta de luz era uno de nuestros mayores gastos, pero era casi imposible dormir por la noche sin el aire acondicionado encendido.

Hice el cambio de un autobús a otro y me puse los auriculares, intentando dejarme llevar por el ritmo de la música. La radio local comenzó a pasar uno de los éxitos del momento, una canción romántica del cantante pop Dylan Clark. Me gustaban mucho sus canciones. Sabía que iba a haber un concierto en Orlando a fin de mes, pero ese no era un gasto que pudiera darme el lujo de hacer ahora.

A medida que salíamos del lujo y el glamour de Miami Beach y nos acercábamos a la periferia, la diferencia en las calles y en las casas se hacía muy evidente. Había muebles viejos y rotos, un sofá con la gomaespuma saliendo por los costados en la puerta de un

vecino y varios jardines con el pasto alto y basura por todas partes. Mamá solía decir que vivir en ese lugar era como si nunca hubiéramos salido de Venezuela.

Bajé en la parada que quedaba a dos cuadras de casa y caminé el resto del trayecto.

—Buen día, Angel. —Escuché la voz de la vecina como un susurro de fondo, ahogado por la música de mis auriculares.

Me los quité y vi a doña Alma regando las plantas en el jardín de su pequeña casa. Aunque vivía sola y tenía muy pocos recursos, mantenía todo muy ordenado y se ganaba la vida vendiendo verduras que cultivaba en su propio patio.

—Buen día, doña Alma.

—¿Después puedes pasar por aquí y medirme la presión? Creo que volvió a subirme.

—Sí, voy a ver cómo está mi mamá y luego paso para hablar con usted. ¿Está tomando la medicación como corresponde?

—Cuando la puedo comprar. —Se encogió de hombros.

—Doña Alma, tiene que hacer un esfuerzo.

—Créeme, lo estoy haciendo, niña.

Fruncí los labios en señal de resignación y subí las escaleras del edificio donde vivía con mi madre. Al pasar por el hall de entrada vi a Juárez sentado, leyendo el periódico. Bajó el diario y me miró antes de que pudiera subir las escaleras.

—Angel, justo quería hablar contigo.

—¿Qué pasa? —Me giré sobre los talones para encararlo.

—Es sobre el alquiler.

—Ya lo pagué la semana pasada. Hice una transferencia a su cuenta, si quiere le envío el comprobante.

—Sabes que no confío mucho en esas cosas electrónicas. —Apretó los dientes—. Prefiero recibir el dinero en mano.

—Ya le dije que es peligroso traer el dinero en efectivo hasta aquí. Me pueden asaltar en el camino. Mire, pídale a su hijo que lo ayude a sacarlo de un cajero automático. —Me di vuelta y subí algunos escalones.

—¡Angel!

—Que tenga un buen día, Juárez. —Lo dejé hablando solo y seguí hacia el piso de arriba, buscando la llave dentro de mi bolso. Tenía que estar allí en algún lado, pero como siempre, se escondía en el rincón más profundo y oscuro.

Abrí la puerta, que chirrió al hacerlo, haciendo eco en todo el pequeño apartamento. Era como si las cosas viejas quisieran recordarme que seguían ahí.

—Hola, pequeña. —Me agaché para acariciarla y mi perrita empezó a lamerme—. Sí, yo también te extrañé muchísimo.

—¿Angel, eres tú? —Escuché una voz desde la cocina.

—Sí, mamá, soy yo. —Entré al departamento y cerré la puerta detrás de mí—. Acabo de llegar del hospital.

—¿Te fue bien allá, hija?

—Sí, fue un turno normal. Cambié pañales, bañé a algunos pacientes y entregué los medicamentos recetados por los médicos y

enfermeros.

—Deberías ser médica.

—Para eso primero tengo que entrar a la universidad, mamá. Sabes que no es tan fácil.

—Siento no *haber* podido ayudarte más. —Salió de la cocina secándose las manos con un repasador y se lo colgó del hombro.

—¿No estarías otra vez trabajando en la cocina, verdad? —Me acerqué a mi madre, asegurándome de que estuviera bien.

—Solo estaba lavando los platos, pero te preocupas demasiado, Angel. Sé perfectamente dónde están las cosas.

—Mamá, yo me quemo todo el tiempo, ¡y eso que veo perfectamente! Imagínate sin poder ver nada. Siempre te dejo un plato listo en la heladera, solo tienes que sacarlo y calentarlo en el microondas.

—No te preocupes, hija. —Extendió la mano y acarició mi rostro mientras me miraba con sus ojos blanquecinos. A veces actuaba como si todavía pudiera ver—. Ya tienes demasiadas cosas ocupando esa cabecita. Concéntrate en el trabajo y en los estudios, que yo me las arreglo bien.

—Mamá, tú eres lo más importante que tengo. No sirve de nada avanzar en otras cosas si no te tengo a mi lado.

—Ay, mi niña. —Suspiró mientras me abrazaba—. ¿Qué sería de mí sin ti?

—Siempre voy a estar aquí para ti, mamá. —Le di un beso en la frente.



Tres

Aparqué el Lamborghini frente a la concesionaria y me bajé, quitándome los lentes de sol al entrar al salón principal. Me abroché los gemelos en las mangas de la camisa y pasé la mano por el cabello, echando el copete hacia atrás. De reojo, vi a unas mujeres morenas junto al vidrio de la concesionaria, gritando y tratando de sacarme fotos. Una de las desventajas de tener un hermano gemelo que es una estrella del pop era que muchas personas se acercaban pensando que yo era él, aunque otras venían directamente por mí. Desde que una revista Forbes me incluyó entre los hombres más ricos de Estados Unidos, varios reflectores se habían girado hacia mí. En los últimos años, había expandido la red de concesionarias de autos de lujo que fundó mi padre hasta convertirla en una franquicia internacional. El nombre *Golden Motors* estaba estampado desde *Dubai* hasta *Nueva York*, proveyendo los autos más lujosos del mundo a clientes selectos como jeques, grandes empresarios y príncipes europeos. Tenía más dinero del que podría gastar en una

vida entera, y esa fortuna no paraba de crecer. Pronto estaría a la par de Jeff Bezos y Bill Gates.

Mi madre siempre decía que el dinero me había vuelto irresponsable. Tal vez tuviera algo de razón. Pero era difícil pensar en responsabilidad cuando tus posibilidades eran prácticamente infinitas. O quizás ella volcaba toda su paranoia en mí, ya que mi padre había muerto hace dos años y mi hermano pasaba la mayor parte del tiempo viajando en giras. Ahora mismo estaba en una que duraría hasta finales del mes que viene. Una suerte, diría yo.

—Señor —dijo un hombre, parándose frente a mí para llamar mi atención.

Parpadeé un par de veces y lo miré a los ojos.

—Josh, ¿qué pasa?

—Llegó una Ferrari nueva. Imaginé que querría verla.

—Sí —respondí, sacando las manos de los bolsillos y siguiéndolo hasta el estacionamiento trasero de la concesionaria.

Miami Beach era el lugar perfecto para una tienda como esa, justo frente a *Star Island*, la isla donde vivía, rodeado de vecinos famosos. Muchos de los actores y cantantes más reconocidos de la zona compraban sus autos en *Golden Motors*.

Me detuve frente a la Ferrari amarilla y quedé boquiabierto. Después de tanto tiempo en este rubro, ya era difícil que un auto me impresionara, pero ese era increíble. Trabajar en esta industria era casi como estar en una pastelería, solo que mis dulces eran autos. Y había algunos que eran muy difíciles de resistir.

—¿Ya tenemos comprador para este?

—Todavía no, señor.

—Entonces mándenlo a mi casa.

—¿Está seguro?

—¿Acaso parezco un hombre con dudas?

—No, señor.

—Tengo una idea mejor —dije, sacando la llave del Lamborghini del bolsillo y entregándosela—. Que entreguen este. Yo me llevo la Ferrari.

—Como desee —respondió, guardando la llave y dejándome solo con el auto.

Sonreí al ver la Ferrari como un niño frente a un juguete nuevo. Un juguete de varios millones de dólares.



Cuatro

Escuché risas que venían de la cocina y me levanté de la cama. Me había quedado dormida tan profundamente que solo me di cuenta cuando los ruidos me despertaron. Me até el cabello rizado y negro con una gomita que estaba colgada en la manija de la puerta, y fui a ver qué estaba pasando.

Vi a mi madre sentada a la mesa y a Laura, una vieja amiga suya, sirviendo café recién hecho. Sobre la mesa había una infinidad de bolsas del supermercado, víveres más que suficientes para todo el mes.

—¿Laura?

—¡Hola, Angel! —Me saludó con una sonrisa mientras dejaba la cafetera sobre la mesa—. Lo acabo de preparar, está calentito. Si quieres un poco...

—Ah, gracias —respondí, encogiéndome un poco y bajando la cabeza con timidez—. ¿Y todas esas bolsas?

—Solo unas cositas que traje. Frijoles, arroz, frutas y algunas otras cosas que son más difíciles de conseguir en el mercadito de la esquina. A menos que se haya modernizado, hace más de treinta años que no paso por ahí.

—No hacía falta —dije con una sonrisa forzada. Era muy orgullosa, tal vez por culpa de mi madre. Pero la ayuda de Laura siempre había sido importante y tenía que tragar esa sensación incómoda y simplemente darle las gracias—. Muchas gracias.

—No es nada, querida.

Mantuve la sonrisa, pero no dije nada más. Tal vez fuera poco para ella, pero debía haber al menos quinientos dólares en esas compras. Una porción bastante generosa de lo que yo ganaba en un mes. Sin embargo, las cosas para Laura eran distintas. Hacía mucho que esa mujer, bella y de casi sesenta años escondidos detrás de cirugías y bótox, no sabía lo que era luchar por conseguir las cosas.

Hasta donde mi madre me había contado, ambas habían entrado a Estados Unidos juntas, por las Bahamas con ayuda de un coyote. Pero sus vidas tomaron caminos distintos: Laura empezó a trabajar como empleada doméstica en la casa de un empresario rico en Star Island y él terminó enamorándose de ella; mi madre, en cambio, siguió trabajando en empleos precarios y conoció a mi padre años después. Un soñador que trabajaba en la construcción. Se acababan de casar cuando un pedazo de techo que estaba flojo se derrumbó sobre él. Mi madre tuvo que criarme sola. O tal vez no del todo, porque Laura nunca se olvidó de ella.

—¿Y cómo va el trabajo en el hospital, Angel? —Laura arrastró una silla hacia nuestra pequeña mesa y señaló otra, esperando que me sentara a su lado.

—Va bien. Me gusta mucho el hospital y los pacientes. Es un lugar en el que realmente quiero quedarme.

—¿Y cuándo empezarás la facultad de medicina?

—Todavía falta un poco. —Chasqueé los dedos, incómoda. No me gustaba hablar de ese tema con ella.

—Podrías empezar más pronto si me dejaras pagarte los estudios.

—Prefiero que no lo hagas.

—Orgullo tonto —bufó.

—Agradezco toda tu ayuda, Laura, pero no tienes ninguna responsabilidad sobre mí. No necesito tu caridad.

—¡Angel! —Me reprendió mamá, pero seguí impasible. No porque le fuera bien en la vida nos debía algo a mi madre o a mí.

—Agradezco tu amabilidad, pero haré la carrera cuando pueda pagarla yo misma.

—Admiro tu carácter, niña. —Laura sonrió, contrariamente a lo que yo esperaba—. La gran mayoría aceptaría sin pensarlo dos veces. Estoy segura de que pronto lo vas a lograr.

—Gracias. —Le devolví la sonrisa.

Se quedó mirándome como si pudiera ver más allá de mis ojos. Sentí un escalofrío extraño cuando su expresión cambió y su sonrisa se hizo más amplia. Me pregunté qué estaría pensando esa mujer que yo no lograba descifrar.

—Pero hay algo que sí quiero que aceptes.

—¿Qué cosa? —Me enderecé, poniéndome a la defensiva.

—Quiero que vengas a cenar a mi casa mañana. Me encantaría tenerte como invitada.

—¿A mí? —Abrí los ojos—. ¿Por qué quieres que vaya?

—A veces esa casa enorme se siente muy solitaria y me haría muy bien tener tu compañía.

—¡Ella va a ir! —respondió mi madre, sin importarle mi opinión ni mi deseo.

—¡Mamá!

—Te la pasás del trabajo a la casa y de la casa al trabajo. Te va a hacer bien distraerte un poco. También tienes que vivir, hija.

Negué con la cabeza. Solo mi madre podía hacer que aceptara una invitación como esa. ¿Qué haría alguien como yo en un lugar como en el que vivía Laura? No estaba para nada emocionada por esa cena, pero preferí no rechazarla y evitar la furia de mi madre.

—¡Perfecto! Te espero mañana.

Solo asentí con la cabeza y mantuve una sonrisa incómoda. No era así como pensaba pasar mi noche libre.

—Ahora tengo que irme —dijo Laura, tomando su bolso y colgándoselo sobre el hombro—. Cuídate, Valeria. —Se despidió de mi madre antes de salir por la puerta del living, seguramente rumbo a encontrarse con su chofer afuera.

Por más que Laura nos visitaba con frecuencia, nunca venía sola. Su estatus y los ceros en su cuenta bancaria la convertían en blanco fácil en un barrio como en el que vivíamos mi madre y yo.

Nadie quería que la asaltaran o que algo peor le pasara en una simple visita a una amiga.

—¿Por qué me obligaste a aceptar esa cena? —Fruncí los labios y le lancé una mirada fulminante a mi madre. Aunque no pudiera ver mi expresión, sabía que podía notarlo por mi tono de voz.

—Ya te dije, tienes que salir un poco. Aprovechar más tu vida, hija.

—*La abuela* decía que tenía que mantenerme virgen hasta el matrimonio.

Mi madre negó con la cabeza al escucharme hablar de su madre, que solía mandarnos cartas desde Venezuela hasta que falleció.

—Estoy de acuerdo con tu abuela, pero no vas a tener un matrimonio si no te abrís a conocer a un pretendiente.

—Seguramente no voy a conocer a nadie en una cena en la casa de Laura.

Todavía molesta con toda esa situación, volví a mi cuarto. Mi madre, como su familia venezolana, siempre tuvo una fuerte inclinación religiosa. Me crió yendo a misa todos los domingos y repitiéndome que debía esperar el momento adecuado para entregarme solo a mi esposo. Era una idea que había echado raíces en mí y me había salvado de convertirme en una de esas chicas que quedaban embarazadas en la secundaria. Pero cuando fui creciendo, mi madre desarrolló un glaucoma y, por un mal tratamiento, terminó quedando ciega. Tener un novio o siquiera un pretendiente no era prioridad en mi vida. Mis preocupaciones se limitaban a tomar más turnos para juntar dinero y cuidar de mi mamá.

No necesitaba a un hombre que viniera a complicarme las cosas.



Cinco

Deslicé los dedos por el volante de la Ferrari en cuanto estacioné el vehículo en mi cochera, al lado de la Ferrari roja que ya tenía. Esa nueva adquisición quedaría perfecta en mi colección de autos. Apagué el motor y entré a la mansión. El lugar estaba extrañamente silencioso, y si no fuera por los ruidos que venían de la cocina, habría pensado que no había nadie, ni siquiera el personal.

Fui hasta la cocina para ver si mi madre estaba allí, pero solo encontré a la empleada conversando con la cocinera.

—¿Alguna de ustedes vio a mi madre?

—No, señor —respondió la cocinera, negando con la cabeza.

—La escuché hablando con el chofer. Creo que él la llevó a *Little Havana* —respondió la empleada, y mi preocupación aumentó.

¿Acaso mi madre nunca iba a entender lo peligroso que era ir a ese lugar? me pregunté mentalmente. Solo de imaginar los riesgos que corría al ir a un barrio periférico, poblado casi exclusivamente por inmigrantes, se me erizaba la piel. Por más que ella nunca hubiera ocultado sus raíces, yo a veces me olvidaba por completo de que alguna vez fue una de ellos. Brasileña que llegó ilegalmente a Estados Unidos, solo obtuvo la residencia al casarse con mi padre. Aun así, aunque conocía a muchos de los que vivían allí, no podía evitar preocuparme.

Subí a mi habitación y me cambié la ropa formal por una bermuda y una camiseta sin mangas. Con el calor de Miami, casi siempre terminaba con la camisa de vestir pegada al cuerpo al final del día. Luego de cambiarme, fui al gimnasio. Corrí media hora en la caminadora e hice algunas series con mancuernas antes de colocarme las vendas y ponerme los guantes de boxeo. Ya estaba sudando cuando me paré frente al espejo, justo detrás de la bolsa de arena.

Jab, recto, uno, dos, gancho… fui soltando algunos movimientos mientras calentaba y aflojaba los brazos. Después de un gancho, empecé a moverme alrededor de la bolsa, dando pasos laterales, y luego continué con otra combinación de uno y dos antes de cerrar con un cruzado. Me encantaba el boxeo, aunque la mayoría de las veces entrenara solo. Me ayudaba a liberar tensiones y mantenía mis brazos fuertes y listos para cualquier situación.

—¿Dean? —Mi madre apareció en la puerta justo cuando lancé un cruzado que hizo balancear la bolsa.

—Hola, mamá. Me dijeron que volviste a ir al barrio. —La miré de reojo, dejando clara mi desaprobación.

—Solo fui a visitar a una vieja amiga.

—Después no te quejes si te asaltan o te pasa algo peor.

—¡Dios me libre, chico! No digas esas cosas. Además, hay más personas buenas que malas en ese lugar, aunque tú insistas en ver solo lo negativo. Yo misma viví allí un año cuando llegué a este país.

—Da igual. —Me encogí de hombros—. Después no digas que no me preocupo por ti. —Volví a dar otro golpe. Mis palabras la incomodaron, porque hizo un puchero enorme.

—Necesito que estés aquí mañana por la noche. —Cambió de tema, sabiendo que mi opinión sobre el suburbio no iba a cambiar.

—¿Por qué?

Abrí los guantes con los dientes y los dejé en un rincón al darme cuenta de que no podría seguir entrenando.

—Una amiga vendrá a cenar con nosotros.

—Si es una amiga tuya, ¿por qué tendría que quedarme? No creo que tenga nada de qué hablar con una de esas mujeres con las que juegas al bingo.

—Estoy segura de que te gustará conocerla.

Mi madre nunca me había insistido en conocer a alguna de sus amigas. Especialmente después de aquel episodio incómodo con una de ellas en mi adolescencia. Que ahora insistiera tanto en que asistiera a la cena me resultaba muy extraño, pero no tenía ninguna suposición clara.

—Solo asegúrate de estar aquí.

—No puedo prometer nada. —Me limpié la frente sudada con la mano.

—Claro que puedes, y vas a hacerlo.

—Si me disculpas, tengo que prepararme para una fiesta. —Pasé por al lado suyo y me fui a mi habitación sin comprometerme. Conocía a doña Laura lo suficiente como para sospechar cada vez que hacía ese tipo de propuestas.



David, uno de mis mejores amigos desde la escuela, había heredado de su padre uno de los resorts más lujosos de *Ocean Drive*, con una vista increíble hacia la playa. Esa noche celebraba su cumpleaños y prometía una fiesta inolvidable. Todo lo que esperaba era música, bebidas y muchas mujeres.

Me acomodé el reloj de pulsera y el peinado antes de bajarme de mi nuevo juguete, la hermosa Ferrari amarilla. Mis relaciones más duraderas solían tener cuatro ruedas y funcionar a gasolina.

Guardé la llave en el bolsillo de la bermuda y entré al lobby del hotel, que estaba lleno de gente y vibrando al ritmo de la música de un cantante latino. No tardé en encontrar a David entre la pequeña multitud. Me saludó con la mano y le respondí de la misma forma mientras me acercaba.

—¡Hola, *hermano!* —Me dio una palmada en el hombro y me abrazó, salpicando un poco de la margarita que estaba bebiendo—. Me alegra que hayas venido.

—No me perdería tu fiesta por nada.

—Siéntete como en casa.

Vi pasar a unas mujeres cerca de nosotros, y una de ellas deslizó su mano por mis hombros mientras me sonreía. Le guiñé un ojo y le devolví una media sonrisa.

—Puedes estar seguro de que voy a disfrutarlo —le dije a David sin apartar la vista de la mujer del vestido rojo, ajustado y muy corto. Estaba seguro de que con un paso más podría verle hasta el alma.

—Toma, por si la necesitas. —Me entregó una tarjeta llave de una de las habitaciones del hotel, y mi sonrisa se ensanchó. David me conocía demasiado bien.

Un camarero pasó junto a mí y tomé un trago de su bandeja sin preocuparme por saber qué era. Luego, caminé hacia la mujer que me había tocado el hombro. Me detuve frente a ella y, con una mano libre, la tomé de la cintura. Ella se volvió y me sonrió de forma sugerente, moviéndose hacia mí al ritmo de la música. Bebí un sorbo mientras seguíamos bailando juntos.

Quizás por eso me gustaban tanto las fiestas: siempre estaban llenas de momentos intensos y la promesa de una noche emocionante.



Seis

Apagué el fuego del arroz y serví un plato de comida para mi madre, colocándolo delante de ella. Tomé el tenedor y se lo puse en la mano, guiándola hasta el plato para que pudiera alimentarse sola.

—Gracias, hija.

—¿Puedes quedarte sola unos minutos? Le prometí a doña Alma que le tomaría la presión y controlaría sus medicamentos.

—Ve tranquila, hija. Voy a estar bien.

Aunque estaba segura de que mi madre hacía todo lo posible por no lastimarse ni golpearse con los muebles del pequeño apartamento donde vivíamos, igual me dolía el corazón al pensar en dejarla sola.

Tomé el medidor de presión y un estetoscopio antes de ir a casa de la vecina. Ya era de noche, pero el clima seguía siendo muy caluroso. Sentía que me estaría asando con cualquier ropa que no fueran mis pantalones cortos y mi camiseta.

Atravesé el jardín y golpeé la puerta.

—¿Quién es?

—Angel.

—Ay, querida, pensé que te habías olvidado de mí. Puedes pasar. La puerta está abierta.

—Con permiso. —Empujé la puerta vieja, oscura y carcomida por termitas antes de entrar en la pequeña sala.

El interior de la casa de doña Alma estaba aún más sofocante que el exterior. Fui hasta las ventanas antiguas y las abrí para que el aire circulara un poco. No recordaba que el lugar tuviera ese olor tan fuerte a humedad. Tal vez hubiera una gotera nueva que Alma aún no había notado.

La encontré frente a un oratorio con la imagen de la Virgen de Guadalupe. Estaba con las manos juntas y los ojos cerrados, entregada a sus oraciones. Ni siquiera se detuvo al notar que me había acercado.

—¿Quieres rezar conmigo? —Me extendió un rosario.

Asentí, arrodillándome a su lado. Tomé el rosario entre los dedos y cerré los ojos, empezando desde el principio. Hacía algunos días que no me comunicaba con la Virgen y eso me hacía sentir un poco cargada. Ella siempre había estado a mi lado y parecía iluminar mi camino. La lucha por alcanzar mis objetivos era difícil, pero con su ayuda, sentía que podía lograr todo lo que me proponía.

—Tienes un gran corazón, Angel —dijo Alma, apoyando una mano en mi hombro para levantarse—. Siempre ayudas a todos.

—Necesito que usted me ayude a ayudarla. —Me levanté también y dejé el rosario a los pies de la Virgen, sintiendo el corazón más liviano después de esos minutos de oración—. No puede quedarse sin sus remedios.

—Es un gasto innecesario, ya estoy vieja…

—De ninguna manera. —No la dejé terminar la frase y la llevé conmigo hasta el sofá de la sala, cubierto con una manta a rayas naranja, negra y roja—. Los remedios son una prioridad, ¿de acuerdo?

Asintió, entendiendo que no iba a hacerme cambiar de opinión. Coloqué el medidor de presión en su brazo y analicé el resultado.

—¿Vio? Catorce diez. Tiene la presión alta, no puede dejar que esté así o, Dios no lo quiera, podría pasarle algo grave.

—Voy a usar el dinero que recibí por las zanahorias que vendí en el mercado y voy a comprar el remedio.

—¡Perfecto! Eso me alegra mucho. Mientras tanto, vi que tiene manzanilla en su huerta. Hágase un buen té y tómelo antes de dormir.

—¡Gracias! —Estiró su mano arrugada y acarició mi rostro—. Creo que te pareces a ella.

—¿A quién? —Fruncí el ceño.

—A la Virgen de Guadalupe. Siempre que rezo, tú apareces para ayudarme.

—Debe ser una coincidencia. —Le quité el medidor del brazo y me puse de pie.

Me sentí un poco avergonzada por su comparación. Fuera del hecho de que ambas éramos vírgenes, no creía tener nada más en común con la santa.

—No creo en las coincidencias.

—Tengo que volver a mi casa. —Cambié de tema—. Le dije a mi madre que no iba a tardar y la dejé comiendo sola.

—Está bien, anda. ¡Muchas gracias! Ahora mismo preparo el té.

Me despedí con un gesto discreto y emprendí el camino de regreso al apartamento.



Siete

Apenas abrí los ojos, intenté cerrarlos de nuevo al darme cuenta de que la habitación del hotel giraba sobre mi cabeza. Era como si las cortinas de la ventana se hubieran transformado en un ciclón que en cualquier momento me tragaría. Hundí el rostro en las almohadas suaves e inhalé con fuerza antes de soltar el aire lentamente, con la tonta esperanza de que eso me ayudara a aliviar la resaca.

Estiré el brazo y noté que una mujer dormía a mi lado. Al tocarla y sentir que sus brazos y pechos estaban desnudos, no fue una sorpresa confirmar que habíamos tenido sexo. Era de esperarse, después de los coqueteos y manoseos de la noche anterior. Momentos que regresaban a mi mente como destellos confusos, sin ningún orden ni lógica.

Ella empezó a moverse, estirándose. Como siempre, me di cuenta de que ni siquiera sabía su nombre. Tal vez podría

adivinarlo... o simplemente no decir ninguno. Lo único de lo que tenía certeza era de que había bebido mucho más de lo que cualquiera debería, porque mi cabeza giraba y dolía como si tuviera un enjambre de abejas dentro.

—Buenos días —dijo la mujer, apoyándose sobre mi pecho mientras recorría mi mandíbula con la lengua.

—Buenos días. —Intenté sonreírle, pero lo único que logré fue una mueca horrible.

—¿Estás bien? —Notó mi malestar y se extrañó.

—Tengo resaca.

—Eso pasa cuando uno se pasa con el alcohol.

—No creo que haya sido tanto.

—Te tomaste una botella entera de champaña solo conmigo. —Señaló la botella caída a los pies de la cama, y recordé que, a pesar de estar borrachos, nos habíamos divertido mucho.

—Necesito levantarme. —Miré la hora en mi reloj de pulsera y me llevé un buen susto.

—No te vayas todavía. —Puso las manos sobre mi pecho y me obligó a recostarme otra vez, con esa expresión entre suplicante y *sexy* a la que casi no pude resistirme.

—Me encantaría quedarme, pero es día de semana y tengo cosas que resolver. —Me levanté de la cama, recogí mi ropa interior que estaba sobre la cabecera y fui buscando el resto de mis prendas, que habían terminado por todo el cuarto.

Salí sin preguntarle su nombre, pero en el fondo no me importaba. No esperaba volver a verla. Y si pasaba, sería solo otro encuentro casual, como tantos otros que ya había tenido.



Llegué a la concesionaria casi al mediodía, pero a tiempo para recibir a un empresario alemán que buscaba un auto especial para su nueva casa en *Miami Beach*.

—Tenemos un *Mercedes Benz Classic* que tal vez sea justo lo que está buscando —dije mientras caminaba junto al hombre de piel muy clara, ojos azules y cabello rubio.

—Pensaba en algo más extravagante. —Torció la boca con desdén ante mi sugerencia.

—¿Qué le parece un Porsche?

—Si tienen alguno en azul real, sería perfecto.

—Vamos a conseguir uno.

Se rió con mi respuesta, pero yo llevaba años tratando con algunas de las personas más ricas y exigentes del mundo. Complacerlos nunca era fácil, por eso me esforzaba en entregarles exactamente el auto con el que soñaban.

—Llamaré a la fábrica y pediré que preparen un Porsche azul real —le aseguré.

—Gracias. ¿Y ese Lexus? —preguntó, señalándolo.

—Vamos a verlo de cerca. —Hice un gesto para que me siguiera y nos acercamos al auto.

Rara vez atendía o hablaba directamente con los clientes. Como CEO de *Golden Motors*, normalmente me encargaba de asuntos mayores relacionados con las demás sucursales, pero de vez en cuando me gustaba demostrar que estaba atento a todas las áreas del negocio. Mi padre me había enseñado muy bien que a las personas con dinero les gustaba sentirse importantes. Y tenía razón, porque yo mismo me sentía así.



Ocho

Seguía pensando que aquella cena era innecesaria, pero considerando todo el cuidado y cariño que Laura había tenido con mi madre en los últimos años, incluso sin debernos nada, sentí que debía ir, mostrarle mi gratitud y volver a casa. No debería tardar mucho.

Me estaba peinando frente al espejo de la cómoda en mi cuarto cuando vi que un auto negro de lujo se estacionaba frente al edificio. Me pregunté si habría cambiado de idea y decidido venir a cenar con nosotras. Sinceramente, prefería que las cosas fueran así. Sin embargo, Laura no bajó del auto, sino un hombre con traje negro y gafas oscuras. Era su chofer. Entró al edificio y llamó a la puerta.

Dejé el peine al lado del espejo y me puse la camiseta antes de ir a atender. Esperaba que viniera a dar un recado, diciendo que la cena tendría que posponerse, o mejor aún, cancelarse. Confieso que estaba deseando eso.

—¿Hola? —Abrí la puerta y lo vi parado en el pasillo.

—¿Señorita Menezes?

Asentí con la cabeza.

—La señora Laura me pidió que viniera a buscarla para la cena.

—¿Buscarme? —Fruncí una ceja, sorprendida.

—Sí, la está esperando en la mansión. ¿Puede acompañarme, por favor?

Lo observé por unos minutos. Era alto, calvo y de aspecto intimidante. Imaginé que, además de chofer, también hacía de guardaespaldas. No me gustaba la idea de ir con él. Sentía que estaba abusando aún más de la buena voluntad de Laura, pero tampoco podía simplemente mandarlo de vuelta y tomar el autobús, considerando que íbamos al mismo lugar.

—Solo voy a buscar mis cosas y salimos.

—De acuerdo. La espero aquí, señorita.

—¿En medio del pasillo? —Lo miré—. ¿No quiere pasar? ¿Tomar un poco de agua o café?

Respondió con un movimiento de cabeza en negativo y permaneció inmóvil, con los brazos cruzados.

—Bueno. Ya vuelvo. —Entorné la puerta y volví al departamento.

Busqué a mi madre y la encontré en el cuarto, escuchando una radio local que transmitía en español.

—Mamá, voy a casa de Laura, ¿no quieres venir conmigo?

—No, querida. Ella te invitó a ti. Estaré bien, ve tranquila y disfrútalo.

—¿Segura?

—Sí, mi amor.

Eso era otra cosa que me resultaba muy extraña. Laura era muy amiga de mi madre, no mía. ¿Por qué la invitación había sido para mí? Tal vez era mejor hacerle esa pregunta en persona.

Tomé mi bolso y salí, siguiendo al chofer hasta el auto. Solté un suspiro al sentir el aire fresco del aire acondicionado en cuanto abrió la puerta.

Condujo en silencio, mientras yo observaba cómo el barrio donde vivíamos, en el suburbio, quedaba atrás. Poco a poco, las calles llenas de basura, los jardines descuidados y el pasto alto fueron dando paso al brillo de Miami. Cruzamos el puente que conecta el continente con *Star Island*, donde además de la mansión de Laura, vivían artistas, famosos y millonarios. Había escuchado que la casa más cara de la isla pertenecía a un médico. Tal vez estaba en el camino correcto, solo necesitaba lograr entrar en la universidad.

El auto pasó por una entrada formada por arbustos verdes y columnas blancas, avanzó por un sendero cubierto por un pérgola hasta llegar frente a un enorme portón. Al cruzarlo, pensé que el

lugar era demasiado grande para ser solo un garaje. Ni siquiera el galpón de *Wal-Mart*, donde había trabajado, me había parecido tan grande.

El chofer estacionó en un lugar y rodeó el auto para abrirme la puerta. Me costó no quedarme con la boca abierta. Era del tamaño de un estacionamiento de centro comercial, o por lo menos de un condominio con varios departamentos. De reojo vi un Camaro y una Ferrari roja, y me pregunté cuántas personas vivirían ahí para tener tantos autos.

—¿Señorita? —me llamó el chofer, sacándome del trance.

—¿Sí? —Sacudí la cabeza varias veces para volver en mí.

—Siga por allí. Esa puerta la llevará a la sala.

—Gracias. —Le sonreí y seguí sus indicaciones.

Con el bolso apretado contra el pecho, temblaba. Me sentía abrumada por tanto lujo. Llegué a la sala y miré a mi alrededor. Todo el departamento donde vivía con mi madre cabía dentro de ese espacio. Las paredes eran altas, blancas y perfectamente limpias. Dos de ellas eran de vidrio y permitían ver la piscina y el jardín. Había un sofá enorme, varios sillones y una mesa de centro decorada con gotas de cristal y una orquídea. En una de las paredes colgaba un cuadro impresionista con una puesta de sol.

—¿Angel?

Me giré hacia la voz y vi a Laura parada al comienzo de un largo pasillo. Llevaba un vestido rosa claro y el cabello negro recogido en un moño.

—¿Todo bien, querida?

Asentí.

—Me alegra mucho que hayas venido. —Extendió la mano hacia mí—. Vamos, acompáñame. Tengo algo para ti.

Todavía con recelo, tomé su mano y la seguí por el pasillo hasta un hall con una escalera que conducía a los pisos superiores. Parecía haber tres. Laura me llevó al segundo piso y caminamos por un pasillo que parecía interminable hasta llegar a una puerta. Nos detuvimos frente a ella y la mujer volvió a mirarme.

—Compré un vestido para ti. Espero que te guste.

—¿Un vestido? —Me puse aún más incómoda, si es que eso era posible.

—Sí.

—No hacía falta.

—Por favor, insisto.

Miré a Laura y luego al piso un par de veces. Estaba segura de que notaba cómo me sudaban las manos, porque las sostuvo con más firmeza. Ponerme un vestido no me iba a matar, ¿cierto?

—Está bien.

La satisfacción en su mirada se hizo aún más evidente.

—Siéntete como en tu casa en el cuarto. Te espero abajo.

Asentí y abrí la puerta. La imagen que vi frente a mí era la de una habitación de hotel de lujo. Los muebles eran sofisticados y todo estaba perfectamente ordenado. Había un aire rústico en el mobiliario, pero sin perder elegancia ni refinamiento. El toque de lujo

lo daban las líneas doradas en cada detalle. Sobre la cama había una caja negra con un lazo rojo. Encima de la caja, una pequeña tarjeta:

Estoy segura de que se verá divino en ti.

Con cariño, Laura.

Sí, era exagerado, pero no pude evitar sonreír al ver cuánto se estaba esforzando en ser amable conmigo. Abrí la caja y me encontré con un vestido perlado, casi blanco. Lo tomé entre mis manos y noté que era un modelo *mullet*, con la falda corta al frente y más larga por detrás. Venía acompañado de un hermoso par de sandalias negras. Sin dudas, era el vestido más bonito que había visto en mi vida.

Me cambié de ropa y me puse las sandalias, luego me paré frente al gran espejo que iba del piso al techo. Me impresionó mi propia imagen, hacía mucho que no me sentía tan bonita. Incluso me animé a ponerme un labial que encontré en mi bolso. Tendría que agradecerle a Laura por ese momento. Hacía mucho que no me veía así. Ser bonita o no había dejado de ser importante ante todas las otras prioridades que tenía.

Apenas salí del cuarto para buscarla, escuché una melodía armoniosa que provenía de un salón no muy lejos de donde estaba, y terminé dejándome llevar por el sonido. Cuando me di cuenta, ya estaba en la puerta de lo que parecía una sala de música. Había un hombre tocando el piano, pero como estaba de espaldas, no pude reconocerlo de inmediato.

Me quedé quieta en la puerta, encantada con la música. Tocaba tan bien. La melodía era profunda y, al mismo tiempo, sencilla. No sé cuánto tiempo estuve ahí, pero solo me percaté de

que estaba espiando cuando él dejó de tocar y se giró al notar mi presencia.

—¿Quién eres tú? —Frunció el ceño, arqueando las cejas gruesas.

Cuando mis ojos enfocaron su rostro, me quedé sin reacción, boquiabierta. ¿Estaba alucinando? Probablemente, porque las chances de encontrar a ese hombre ahí eran mínimas.

Él notó que no respondía y se levantó, acercándose a mí. Se detuvo frente a mí y me estudió con esos profundos ojos azules.

—¡Hola! —Saludó agitando la mano cerca de mi cara, haciéndome parpadear—. ¿Quién eres y qué haces aquí?

—Dy-Dylan —balbuceé, finalmente logrando decir algo, aunque de la forma más vergonzosa posible.

—No. —Soltó una carcajada al meter las manos en los bolsillos y retrocedió un poco—. Soy Dean. Dylan es mi hermano gemelo.

¿Era una broma? Pensé que tal vez mi madre había comentado que me gustaban las canciones de Dylan y Laura había planeado este encuentro como una sorpresa.

—¡Ah, por fin te encontré! —Giré y vi a Laura acercarse—. Dean, qué bueno que ya llegaste, hijo. Imagino que ustedes ya se presentaron.

—¿Quién es ella, mamá?

¿Espera… *mamá?* ¿Laura era la madre de Dylan y yo no lo sabía todo este tiempo? Sentí que el pasillo giraba a mi alrededor y planté bien los pies en el suelo para no caerme.

—Es la hija de mi amiga Valeria, la invitada de la que te hablé que vendría a cenar esta noche —respondió al hijo.

—¿Gemelos? —Fue todo lo que logré decir al mirarla.

—Sí, tuve que trabajar el doble —respondió como si mi sorpresa no tuviera importancia.

No sabía que Dylan tenía un hermano gemelo. No era de esas que se la pasaban investigando la vida de los famosos, apenas si tenía tiempo de darle play a sus canciones mientras iba en el autobús.

—Tuve a los gemelos y algunos años después a Daphne. Mi hija casi siempre está en Hollywood y Dylan anda de gira. Solo Dean mantiene esta casa un poco menos vacía.

—Ah. —Fue todo lo que conseguí decir.

—Vamos al comedor.

Me giré para acompañarla. Era mejor dejar de mirar a Dean, porque ya estaba empezando a parecer extraño. Bajamos al enorme comedor y tomamos asiento. Dean le acercó una silla a su madre y esperó a que se sentara antes de acercar la silla frente a ella hacia mí y luego sentarse en la cabecera. Era educado, pero no esperaba menos siendo hijo de Laura.

Al mirarlo, era evidente que algunos rasgos venían de ella: la forma de los ojos, la estructura de la nariz. Debería haber sospechado alguna conexión entre ellos antes.



Nueve

Cuando mi madre dijo que una amiga vendría a cenar con nosotros, imaginé una señora del bingo o alguna dama de la alta sociedad. Cualquier persona con una edad al menos parecida a la de ella. Sin embargo, sentada con nosotros en la mesa, comiendo, visiblemente sorprendida y nerviosa, había una mujer que apenas debía tener veinte años. *¿Tendría siquiera edad para tomar alcohol?*

No dejaba de preguntarme por qué motivo mi madre la había traído, porque la chica parecía saber muy poco sobre nosotros. ¿Acaso la excesiva bondad de mi madre la había llevado a recoger a una indigente de la calle y meterla en nuestra casa? Quizás estaba siendo demasiado duro, porque la joven vestía bien y parecía conocer a mi madre desde hacía tiempo.

—¿Quién es Valeria? —Dejé el tenedor en el plato al terminar mi carpaccio de entrada.

—Mi amiga, la que siempre visito en *Little Havana* —respondió mi madre.

—Ah, sí. La responsable de que andes arriesgándote por ese barrio peligroso.

Por la expresión de la invitada, me di cuenta de que no le había gustado mi forma de hablar. Pero yo no era el tipo de persona que se preocupa por si incomoda o no a alguien.

—Es mi mejor amiga.

—No importa. —Me encogí de hombros y le pasé el plato a la empleada, que enseguida lo cambió por el principal.

Aunque no quisiera, era difícil ignorar la presencia de esa mujer. Tenía una belleza sencilla, sin mucho maquillaje ni adornos, pero a la vez, era cautivadora. Angelical. Pura. Su cabello castaño era ondulado y enmarcaba un rostro fino y pequeño, contrastado por unos enormes ojos marrones. A pesar de sus marcados rasgos latinos, su piel era clara. Como de porcelana, diría mi hermana. Muy diferente a las mujeres con las que normalmente me involucraba. Me dieron ganas de abrazarla y protegerla del mundo. Por lo general no salía con chicas tan jóvenes, pero me gustaban los buenos desafíos.

Comió en silencio, igual que yo y mi madre. En cuanto terminamos el postre, mi madre se levantó diciendo que había olvidado dar unas instrucciones al personal y salió, dejándonos a solas. No me cerró su excusa. No era tan idiota como para creer que realmente necesitaba hablar con los empleados en ese momento, pero tampoco me molesté en preguntarlo.

Doña Laura nunca había querido que me acercara a sus amigas, pero entonces, ¿por qué tanto esfuerzo con esta en particular? Me conocía lo suficiente como para no dejar a una ovejita indefensa justo frente a mí.

—Aún no sé tu nombre. —Me levanté y me puse a su lado, apoyándome en la mesa.

—Angel. Me llamo Angel.

Reí. No había un nombre más adecuado para esa dulce criatura. Su reacción ante mi cercanía me intrigaba. ¿Seguía impresionada por mi parecido con mi hermano? ¿O solo estaba nerviosa?

—¿Puedo ser indiscreto y preguntarte tu edad?

—Veintiuno. Los cumplí hace dos semanas.

Once años menor que yo. Nunca me pareció un problema antes, y no iba a serlo ahora. Tal vez aquella cena no había sido una completa pérdida de tiempo. Imaginé que Angel y yo podríamos divertirnos un rato. Confieso que me costaba no mirar su escote. Sus pechos no eran grandes, pero parecían redondos y firmes.

—Al menos ya puedes beber. ¿Te acompaño con un trago?

—¿Un trago? —Parecía sorprendida.

—Sé preparar un martini espectacular. —Le guiñé un ojo.

—No sé si debería beber. —Se apoyó contra el respaldo de la silla, incómoda.

—Solo una copa… —Me pasé la lengua por los labios y vi cómo se le erizaban los vellos de los brazos—. Vamos. —Le tendí la mano para llevarla a la barra.

Tardó unos segundos, pero al final aceptó. Le tomé la mano y la guié hasta la banqueta. Fui detrás de la barra y comencé a preparar la bebida.

—¿Todavía estás en la universidad?

—Ni siquiera empecé —respondió tímida, colocando las manos sobre las rodillas. Ese movimiento, aunque involuntario, hizo que sus senos quedaran en evidencia. Me dieron unas ganas tremendas de pasar la lengua y mi pene por ahí. Estaba deliciosa.

—¿Pero tienes intención de hacerlo?

Asintió.

—¿Qué carrera?

—Medicina.

—Vaya, interesante.

—Trabajo como auxiliar de enfermería en un hospital de *Miami Beach*. Me gusta mucho cuidar a los demás.

—Eso es admirable. —Puse una aceituna en la copa y se la entregué.

—¿Y tú qué estudiaste? —Probó un sorbo de martini.

—Ingeniería mecánica.

—Por la cantidad de autos que hay aquí, se nota que te gusta.

—Me gano la vida con eso. —Terminé mi trago y salí de detrás del bar para sentarme a su lado.

Observé sus piernas cruzadas. Tenía unos muslos medianamente gruesos, pero era una mujer delgada. Exactamente mi tipo. Me acerqué, rozando su brazo con el mío. Iba a usar la excusa de acomodarle un mechón de pelo para tocarle la cara, pero en ese momento apareció mi madre.

—¿Angel?

Ella se alejó y fue hasta ella. Apreté los dientes, algo fastidiado por la interrupción.

—Le pediré al chofer que te lleve a casa. Ya es tarde.

—Muchas gracias. —Le sonrió a mi madre.

—Yo la llevo. —Me ofrecí, en el fondo tenía segundas intenciones.

—¿Tú irías al subúrbio? —Mi madre me miró de reojo, desconfiada.

—¿Y por qué no? —intenté sonar casual.

Angel miró a mi madre y ella me miró a mí.

—Está bien. Puedes llevarla —aceptó—. Le diré a George que se puede ir. Solo estaba esperando a Angel.

—No se preocupen por mí, puedo volver en autobús

—¿A esta hora? Ni pensarlo. —Mi madre cruzó los brazos, firme—. Dean te llevará.

—Está bien. Voy a buscar mis cosas al cuarto.

Apenas ella desapareció del pasillo, mi madre se me acercó y me fulminó con la mirada. Hacía mucho que no la veía tan seria.

—Compórtate y cuídala. Angel es una chica amable y pura. Mujer para casarse, no como esas que tú traes aquí.

—¿Amable? Puede ser, ¿pero pura? —Me contuve para no reírme—. Por favor, mamá. Nadie sale virgen del secundario.

—Como te dije, Angel no es como las demás.

¿Virgen? Repetí esa palabra en mi cabeza. Mi madre era ingenua si creía algo así. Solo ella podía convencerse con semejante idea.

Cuando Angel regresó, la recorrí con la mirada otra vez. Era realmente hermosa. Tenía unas piernas y un culo que daban ganas de agarrar con ambas manos. Pensando en lo que dijo mi madre, mentalmente acepté el desafío. Iba a demostrarle que estaba equivocada, y de paso, llevarme a ese ángel de cabellos castaños a mi cama, gimiendo mi nombre.

—¿Lista para irnos?

Ella abrazó a mi madre, agradeciéndole por la cena y el vestido, y luego se acercó a mí. Caminamos juntos hasta la cochera. Angel no dijo nada y yo solo la observaba.

Cuando llegamos frente a los autos, activé la llave de la Ferrari roja y sus luces parpadearon. Ese auto solía ser el favorito de las mujeres, y tenía un lugar especial en mi corazón.

—¿Vamos en ese? —Ella frunció el ceño.

—Sí. ¿No te parece hermoso?

—Es demasiado llamativo. ¿Por qué no usamos aquel? —Señaló una Land Rover negra que casi se perdía en la oscuridad del fondo del garaje—. Es mucho más discreto.

—No soy un tipo discreto. —Le guiñé un ojo mientras abría la puerta de la Ferrari para que subiera.

Dudó, pero al ver que no cambiaría de opinión, terminó entrando. Quizás sería un poco más difícil de lo que imaginaba…

pero me encantaban los retos.



Diez

Podía apostar que el ego de ese hombre era mucho más grande que su instinto de supervivencia, porque solo un loco entraría a un barrio como el mío con un auto así. Era imposible no llamar la atención. La mayoría de mis vecinos eran gente decente, que solo intentaba salir adelante como podía, jamás le harían daño a nadie. Pero siempre estaban las manzanas podridas, los que terminaban en la cárcel cada tanto.

Por más que físicamente tuviera algunos rasgos de Laura, definitivamente no tenía la misma personalidad. Y luego estaba esa forma con la que me miraba… como si fuera un león esperando el momento exacto para devorarme, lo que me incomodaba profundamente.

Manejaba en silencio, siguiendo las instrucciones del GPS, y yo ni me atrevía a abrir la boca. Cuando finalmente se detuvo frente al edificio donde vivía, sentí alivio. Necesitaba salir ya de su mirada.

Llevé la mano a la manija para abrir la puerta, pero él extendió el brazo sobre mí y sujetó la cerradura.

—Calma, Angel. —Me estremecí al sentir su brazo cruzándome por delante.

—¿Qué quieres?

—Solo asegurarme de que estás bien.

—¿Por qué no lo estaría?

—Tienes razón. —Sonrió de una manera tan descaradamente sexy que me pregunté si se estaba burlando de mí—. Buenas noches, Angel. Que tengas dulces sueños. —Inclinó la cabeza y me besó en la mejilla.

Sentí que la cara me ardía entre la vergüenza y la sorpresa.

—Buenas noches. —Abrí la puerta y salí casi tambaleando. No esperaba que actuara así.

Vi que esperó en el auto hasta que entré al edificio, y recién entonces se fue. Había en él una mezcla extraña y peligrosa de depredador y caballero que me daba escalofríos y miedo a partes iguales.

Me quité las sandalias y subí corriendo hasta el departamento. Apenas cerré la puerta detrás de mí, me apoyé sobre ella, agitada. Admito que la cena fue muy diferente a lo que imaginaba.

—¿Angel, ya llegaste? —preguntó mi mamá desde su cuarto.

—Sí, acabo de llegar.

—¿No volviste sola, no? Me preocupa que tomes el autobús a esta hora.

—No, mamá. Me trajo el hijo de Laura. —Caminé hasta su cuarto y la encontré leyendo por enésima vez el libro en braille que le regalé en su cumpleaños. Tenía que conseguirle otro pronto.

—Ah, qué bien. Me alegra. —Sonrió hacia la puerta como si pudiera verme.

—¿Sabías que Laura es la mamá de ese cantante famoso… Dylan Clark?

—Claro. Hasta me llevó a un concierto suyo cuando eras chiquita. Siempre fue muy talentoso.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste?

—Porque nunca me preguntaste. —Se encogió de hombros como si fuera lo más obvio del mundo. Me mordí el labio, levemente molesta. ¿Cómo se supone que iba a adivinar algo así?

—¿Fue Dylan quien te trajo?

—No, fue Dean.

—Ah, sí. El más rebelde.

—¿También sabías que eran gemelos?

—Claro.

Me sentí como esos maridos engañados que son los últimos en enterarse de todo. Conocía a Laura desde niña, siempre estuvo en

mi casa y nos ayudó un montón. Pero la verdad es que sobre su familia, sus hijos o lo que hacía, contaba muy poco.

—¿Llegaste a conocer a los gemelos y a Daphne?

—No. Solo estaba Dean. Dylan está de gira y Daphne, en Hollywood. Supongo que es actriz.

—Sí. Si no me falla la memoria, creo que actuó en esa película romántica que te gusta tanto.

—¿Todavía te amo?

—Esa misma.

—¡Guau!

Era demasiada información para un solo día. Me acordé de algo que una vez escuché: entre uno y cualquier otra persona en el mundo hay solo seis personas de distancia. ¿Quién iba a decir que Dylan y Daphne eran hermanos, e hijos de la mejor amiga de mi madre? Además de ellos, estaba Dean, el gemelo misterioso que parecía disfrutar dejándome incómoda. Mi primera impresión de él no había sido la mejor. Probablemente era otro ricachón más que pensaba que el mundo le pertenecía. Y por lo visto, en Miami había muchos de esos.

—Creo que me voy a dormir. —Mi mamá cerró el libro y lo dejó sobre la mesita de noche.

—Yo también.

Solo tenía que sacarme el vestido y lavarme los pies.

De cualquier forma, debía agradecerle a Laura por la cena. Me sacó de la rutina y me sorprendió en más de un sentido.



—¡Eh, Angel! —Doña Alma me saludó con la mano cuando salía de casa para ir al trabajo al día siguiente.

Acomodé la mochila en la espalda y me acerqué a la reja de su casa.

—¿Está todo bien? ¿Tuvo algún malestar después de que le tomé la presión?

—No, compré el medicamento y ya me siento mucho mejor. Ya no tengo mareos ni dificultad para respirar.

—¡Qué bueno, Alma!

—Pero quería hablar de otra cosa. —Me hizo un gesto para que me acercara aún más.

—¿Sobre qué? —Incliné la cabeza y ella apoyó una mano en mi hombro.

—¿Quién era el del autazo que te trajo anoche? ¿Era una Ferrari, no? Parecía de película. No quiero ser metida, ¿sabes?, pero la gente anda comentando. Todos los vecinos están hablando de eso, y me dio curiosidad.

No me sorprendió la pregunta. Era de esperarse que los vecinos comentaran la llegada nada discreta de Dean. La curiosidad los movía a todos, y yo ya estaba preparada para responder.

—No era nadie importante. Solo uno de los hijos de Laura.

—¡Caray! ¿Y en un auto así? Sí que le fue bien, ¿eh?

—Parece que sí. —No quise extenderme. Mucha gente del barrio apenas sabía el rumbo que había tomado la vida de Laura, y no iba a ser yo quien les contara—. Cuídese, doña Alma, y tome los remedios como corresponde. Ahora me tengo que ir.

—Buen trabajo, querida.

Asentí y caminé hasta la parada del autobús.



Llegué al hospital al comenzar la noche. Trabajar de madrugada era agotador, pero pagaban mejor, y realmente necesitaba el dinero. Me dediqué a mis tareas como siempre: entregar medicamentos, revisar sueros, cambiar pañales de algunos pacientes.

—Se te nota cansada. —Samantha se detuvo a mi lado cuando puse unas sábanas sucias en el carrito.

—Puede ser —admití, soltando un suspiro largo mientras relajaba los hombros.

—¿No dormiste bien en tu día libre?

—Fui a una cena.

—Mmm. —Se movió de un lado a otro y me guiñó un ojo, toda entusiasmada—. ¿Tienes novio nuevo?

—¡Nada que ver! —Tiré los guantes de látex y me puse un par nuevo—. Fue una cena con una amiga de mi mamá.

—¿Desde cuándo salimos a cenar con amigas de nuestras madres? —Resopló, cruzando los brazos—. Eres la definición de anticuada. A menos que la señora sea lesbiana. Ahí sí que me sorprenderías de verdad.

—No es nada de eso.

—¡Por favor! —Puso los ojos en blanco—. Eres una cursi total. Deberías buscarte un novio en lugar de encontrarte con una viejita para tejer mientras toman licor de naranja.

—¡Samantha!

—Solo digo la verdad. Si no te entierra un hombre, te entierra la tierra, amiga.

—¡Qué horror! Ya sabes que no quiero que las cosas sean así. Yo sueño con algo especial, con mi esposo o alguien con quien me vaya a casar. *Mi abuela decía* en sus cartas que todas las chicas decentes de su época llegaban vírgenes al matrimonio. Mi mamá se casó virgen.

—Y tu papá murió poco después. Qué tragedia. Dios me libre de estar con un solo hombre y que en menos de un año se muera en un accidente, para después vivir como una monja.

—Cada quien elige su camino. —Me encogí de hombros—. Yo estoy bien así.

—Porque nunca probaste lo que te estás perdiendo.

—Bueno, tengo que darle el medicamento al señor López antes de que termine mi turno. —Miré la hora en mi reloj de pulsera, uno de los pocos objetos que me dejó mi padre. Se lo habían entregado a mi mamá cuando encontraron su cuerpo, y ella lo guardó para mí.

—Dale. Yo paso por dos pacientes y nos encontramos para volver juntas, ¿sí? No quiero volver sola a casa.

—Te espero.

Samantha vivía a mitad de camino. Bajábamos en la misma parada y después yo tomaba otro autobús para seguir hasta mi casa.

Fui a buscar los medicamentos y entré a la habitación del paciente. Estaba dormido y tuve que despertarlo para que tomara las pastillas. Se quejó durante un buen rato, pero al final terminó tragándolas.

Luego volví a mi casillero, guardé mis cosas y me cambié de ropa para esperar a Samantha en recepción. Aún era temprano, pero el sol ya había salido y el asfalto empezaba a irradiar calor.

—¿Lista? —Se acercó a mí.

Asentí y salimos juntas, caminando hacia la parada de siempre. Pero al pasar por el estacionamiento del hospital, mi atención fue atraída por una brillante Ferrari amarilla. Era como un segundo sol, imposible no verla. Apoyado sobre ella, estaba un hombre con gafas oscuras, camiseta y bermuda blanca. Su cabello negro tenía un pequeño jopo despeinado que caía sobre los lentes. Su postura y la barba incipiente eran inconfundibles. *¿Qué hacía él allí?*

Samantha estaba por preguntarme quién era cuando él se quitó los lentes y me sonrió. Una sonrisa encantadora, casi irresistible.

—¿Ese es Dylan? ¿Dylan Clark?

—No, es Dean. El hermano gemelo.

—¿Cómo lo sabes? —Por su reacción, noté que, a diferencia de mí, ella sí sabía que el famoso cantante tenía un hermano gemelo.

—Porque Dylan no está en la ciudad, y ayer cené con Dean.

—¿¡Cómo!? —Su mandíbula bajó y volvió a subir—. ¿No habías dicho que cenaste con la amiga de tu mamá?

—Sí, que por casualidad es la mamá de Dean y Dylan.

—¡No puedo creer que te estuvieras guardando ese secreto!

Samantha se quedó quieta, aunque al menos logró contener los gritos cuando Dean se alejó del auto y caminó hacia nosotras. Era fácil entender por qué se había quedado pálida. El hombre era realmente muy atractivo.

—Hola, Angel. —Se detuvo frente a mí y me saludó con un beso en la mejilla. Sentí que las piernas me temblaban con ese calor que subía desde la cara hasta la espalda, pero intenté mantener la compostura.

—Hola.

—¡Hola, Dean! ¡Soy Samantha! —Mi amiga le extendió la mano, pero fue completamente ignorada.

Dean mantuvo sus ojos azules fijos en mí como si intentara hipnotizarme. Y, si seguía así un poco más, tal vez lo lograría.

—¿Qué haces aquí? —Bajé la cabeza y miré mis zapatillas blancas.

—Vine a llevarte a casa.

—¿Cómo supiste la hora en que salía del hospital?

—Llamé y pregunté. —Se encogió de hombros.

—No deberías estar aquí.

—Tal vez no, pero quería. Solo quería verte otra vez. ¿Me vas a culpar por eso?

—¡Claro que no! —respondió Samantha por mí—. Bueno, yo me voy.

—¿No íbamos a volver juntas? —pregunté.

—Tienes una compañía mucho mejor que la mía. —Me guiñó un ojo y se alejó.

—¡Samantha! —Di un paso hacia ella, pero Dean me tomó del brazo.

—Déjala ir.

—¿Por qué estás haciendo esto? —Reuní todo el valor que me quedaba para mirarlo de nuevo.

—Ya te lo dije: quería verte. Vamos, te llevo a casa. —Me llevó suavemente hacia el auto.

Dejé que Samantha se fuera sola y subí a la Ferrari, aunque no dejaba de preguntarme si estaba haciendo lo correcto. Tenía esa sensación incómoda en el estómago, como si cada vez que Dean se acercara, algo se revolviera dentro de mí.

—Ponte el cinturón. —Dean se inclinó sobre mí para ajustarlo él mismo.

Mi corazón se aceleró en esos pocos segundos que estuvo tan cerca. Me sentía realmente incómoda con lo fácil que me afectaba su cercanía.

No entendía por qué un hombre como él había decidido convertirse en mi chofer. Lo único en lo que podía pensar era en lo que iban a decir los vecinos al verlo otra vez en el barrio, con otro auto de lujo.

—Me alegro mucho de haberte conocido ayer, Ángel. —Me dijo mientras se detenía en un semáforo.

—Yo también. —No supe qué más decir.

—¿Qué te parece si damos una vuelta antes de que te lleve a casa?

—No puedo. Mi mamá me está esperando.

—¿Cuánto tiempo tardarías en llegar a casa en autobús?

—Una hora… o una hora y media si hay mucho tráfico.

—Entonces tengo una hora para llevarte.

—¿A dónde quieres ir? —Me alarmé.

—Solo a dar una vuelta. No tienes que preocuparte. —Escucharlo decir eso tuvo justo el efecto contrario.

—Mejor llévame a casa.

—Lo haré… en un rato. ¿Desayunaste?

—Todavía no. —Apenas dije eso, supe que me había metido en un problema.

—Entonces vamos a hacer una parada antes de ir a tu casa.

Manejamos hacia el sur de *Miami Beach*. Sentí un nudo en el estómago, pero traté de calmarme. Laura siempre fue muy buena

conmigo; no me presentaría a su hijo si fuera un loco peligroso.

Nos detuvimos frente a una confitería con palmeras altas en la entrada y bancos de madera. Un señor leía el diario allí. Al lado había una tienda de trajes de baño y un hotel. Era claramente una zona turística, donde todo era caro. Y yo, por motivos obvios, nunca frecuentaba ese tipo de lugares. Pero la realidad económica de Dean era muy distinta a la mía.

—¿Te gustan las donas?

Asentí.

—Entonces ven conmigo. —Rodeó el auto, abrió mi puerta y me ofreció la mano. Era increíble cómo podía pasar de ser amenazante a un completo caballero en segundos—. Este lugar tiene un capuchino con crema y chocolate increíble.

Entramos a la confitería y nos sentamos en una mesa de madera cerca de las ventanas. Mientras yo me preocupaba por el auto estacionado, Dean miraba el menú con total calma.

—¿En qué los puedo ayudar? —preguntó una camarera con una tablet en lugar de una libreta, algo muy diferente a los lugares que solía visitar.

—El capuchino de siempre, una dona de vainilla y otra de mermelada. ¿Y tú, Angel?

—El mismo capuchino y una dona de chocolate, por favor.

—Tráele también un brownie.

—Claro, señor —dijo la camarera, anotó y se fue.

—Estoy seguro de que te va a encantar. El chef de repostería de aquí es muy famoso.

—Me imagino. —No tenía conocimientos ni paladar para eso. Si sabía rico, ya era suficiente para mí.

—¡Dylan! ¡Dylan! —Dos mujeres entraron corriendo y se acercaron a nuestra mesa—. ¿Podemos tomarnos una foto contigo?

Él asintió y posó sin decir nada.

Me incliné hacia él apenas se fueron.

—¿Por qué no dijiste que no eras Dylan?

—A veces me da flojera explicarlo, y además, nadie cree lo del hermano gemelo. Es una excusa muy común. Ellas se sacan la foto, se van felices y mi hermano gana fans más enamoradas, pensando que fue amable.

—Entiendo.

La camarera trajo nuestros pedidos y probé la dona. En la primera mordida, se deshizo en mi boca en una explosión de sabor. Dean tenía razón. Era deliciosa. Nada de lo que había probado antes se comparaba con eso.

—¡Guau!

—¿Está buena?

Asentí.

—Es maravillosa. —Le di otro mordisco.

—Hay cosas en la vida que una vez que se prueban… ya no se pueden dejar —dijo, pasándose la lengua por los labios para quitarse

el azúcar.

No sé por qué, pero esa frase me hizo pensar en lo que había dicho Samantha sobre el sexo. Algo que se vive bien antes de experimentarlo, pero después no puedes dejar. No sé si tenía razón, pero esa dona era definitivamente una maravilla del mundo.

Tomé un sorbo del capuchino y suspiré. Mi estómago quería mudarse a ese lugar y quedarse allí para siempre.

—¿Qué te pareció?

—Todo delicioso.

—¡Me alegro! —Sacó el brownie de la caja y me lo dio—. Guárdalo para después.

Dean pagó con un billete de cien dólares. Esperaba que la propina hubiera sido generosa.

—¿Vamos? —Me tendió la mano cuando la camarera se llevó la cuenta y la vajilla.

Volvimos al auto. Por la dirección que tomó, supuse que por fin me llevaba de vuelta a casa.

—Gracias. —Le sonreí cuando nos detuvimos frente al edificio —. El desayuno estuvo increíble.

Él me devolvió la sonrisa y se inclinó hacia mí.

—Creo que me merezco algo a cambio, ¿no crees?

Un escalofrío me recorrió la espalda. *¿Había caído en una trampa?*

—Será mejor que entre. —Intenté apartarme.

—Espera. —Me tocó el hombro suavemente—. Todavía me quedan diez minutos de esa hora.

—¿Qué es lo que quieres, Dean?

—Un beso.

No tuve tiempo de reaccionar. Sus labios rozaron los míos y, aunque me tomó por sorpresa, no pude resistirme al sabor dulce de su boca. Era cálido, intenso… y nuevo para mí. Sentí que todo el cuerpo me hormigueaba. Cuando su mano subió desde mi cintura hasta rozar mi pecho, reaccioné de golpe. Abrí la puerta y salí del auto casi corriendo.

—¿Angel?

—De verdad tengo que entrar. Gracias por el desayuno. Estuvo delicioso.

—Olvidaste tu brownie. —Me alcanzó la caja.

La tomé sin tocarlo y prácticamente escapé al edificio sin mirar atrás. La situación se había salido de control, y no sabía cómo manejarlo.

Subí hasta el departamento, sudando frío y con el corazón desbocado, como si hubiera corrido una maratón.



Once

Me quedé quieto en la calle, mirando el edificio al que ella había entrado, sin entender en qué me había equivocado. Todo parecía ir bien, y de pronto, cuando avancé un poco más, salió corriendo como si la hubiera asustado. Un desayuno romántico normalmente era más que suficiente para conquistar a cualquier mujer. Pero estaba claro que Angel no era como las demás. Y eso me tenía intrigado. Hacía tiempo que no me topaba con un verdadero desafío. Resultaba entretenido necesitar algo más que una sonrisa y un auto caro para lograr que alguien bajara la guardia.

La tendría tarde o temprano. Tal vez hacerlo con calma fuese incluso más divertido.

Un golpe en la ventanilla me sacó de mis pensamientos. Me giré hacia la calle.

—¿Estás perdido, amigo? —Me preguntó un tipo tatuado con cara de no tener mucha paciencia. Parecía molesto con mi presencia —. Creo que estás en el lugar equivocado.

—Ya me voy —respondí, encendiendo el motor y alejándome del barrio, recordando por qué no me gustaba que mi madre viniera por aquí.



Al llegar a la concesionaria, subí a mi oficina para cambiarme de ropa y hacer unas llamadas. Tenía que revisar unos reportes y cruzar números con la filial de San Francisco.

Estaba hablando por teléfono, distraído, cuando escuché la puerta abrirse y la voz de uno de mis empleados resonar desde la entrada.

—¡Oiga! ¡No puede entrar!

Una mujer rubia atravesó la oficina ignorando por completo el intento de detenerla. Se plantó frente a mí con las manos en la cintura, usando un vestido negro ajustado que marcaba cada curva de su cuerpo.

—Kimberly. —Colgué el teléfono y la miré con calma.

—Señor, perdón por la interrupción. No pude detenerla —se disculpó Matt, uno de mis empleados, parado junto a la puerta con las manos cruzadas, claramente incómodo.

Si no conociera bien a Kimberly y lo hábil que era para colarse en cualquier lugar, estaría cuestionando seriamente la seguridad de

esta tienda.

—Está bien, Matt. Déjanos solos.

Le hice un gesto para que se retirara. Kimberly cerró la puerta tras él y la trabó con un seguro.

—Creo que deberías mejorar tus cerraduras, cariño —dijo mientras se acercaba con su caminar exageradamente sensual, apoyando las manos en mi escritorio de vidrio.

—¿Y perderme tus visitas sorpresa? No estoy tan seguro de querer eso —respondí, pasándome la lengua por los labios.

—Bueno, como no me llamaste en todo este tiempo, pensé que ya habías perdido el interés. —Se deslizó por detrás de la mesa y me puso una mano en el hombro.

—Sabes que no soy de los que llaman.

—Ni de los que se comprometen. Ya lo tengo claro —dijo, empujando mi silla hasta que tocó la pared y se sentó en mi regazo.

—¿Qué quieres de mí?

—¡S-e-x-o! —me dijo al oído antes de morderme el cuello—. Sabes que es el mejor sexo que he tenido en mi vida. No me culpes por haberme enganchado.

Le apreté los muslos y subí las manos para levantarle el vestido.

Kimberly asintió y tomó mis labios entre los suyos.

No pensaba tener sexo a media tarde, pero teniendo en cuenta que mi cita con Ángel no había salido como había planeado, no me vendría mal divertirme un poco con otra mujer.



Doce

Preparé un té de manzanilla y lo dejé enfriar antes de llevárselo a mi mamá, que estaba frente al televisor. Aunque ya no podía ver las imágenes, le gustaba escuchar los diálogos e imaginar lo que los actores hacían o cómo era el lugar donde se desarrollaba la historia.

—Aquí tienes, mamá. —Me paré frente a ella y coloqué la taza entre sus manos.

—¿No deberías estar durmiendo? Llegaste del trabajo y todavía no te acostaste. No has parado un segundo, primero el almuerzo, ahora el té. Tú también necesitas descansar, hija.

Mi mamá había notado mi inquietud. Era de esperarse, siempre estaba pendiente de mí. La verdad era que, después de lo

que pasó con Dean, no podía dormir. Seguía dándole vueltas al porqué de su beso o al motivo por el cual se había esforzado tanto en llamar mi atención. ¿Habría influido Laura en todo eso? Primero la invitación a cenar, luego el vestido, y por último, el encuentro con su hijo. Pero, ¿qué esperaba ese hombre de mí? El beso, su mano en mi pecho...

Quizás no sabía que yo no era como la mayoría de las mujeres. Para mí, el sexo tenía algo mágico, un valor especial. No quería perder eso teniendo mi primera vez con un hombre dentro de un auto, estacionado frente al edificio.

Yo no era el tipo de mujer con la que Dean Clark solía involucrarse, y él tampoco era el hombre con el que soñaba. De acuerdo, tenía el rostro de uno de mis artistas favoritos, pero nada más que eso.

—¿Hija?

—¿Eh?

—¿Escuchaste lo que te dije?

—No, perdón, mamá. No estaba prestando atención.

—Estás muy distraída. ¿Pasó algo de lo que quieras hablar?

—Estoy bien, no fue nada importante.

—¿Tuviste algún problema en el trabajo?

—No, en el hospital todo está bien, no te preocupes.

—Entonces, ¿qué es lo que te tiene así?

—No es nada.

Normalmente le contaba todo a mi madre, desde una uña rota hasta una discusión. Pero no sabía si era buena idea decirle que el hijo de su mejor amiga me había besado. Eso lo volvía todo más raro. No quería que algo incómodo entre Dean y yo afectara su amistad con Laura. Después de mí, esa amiga brasileña era lo más importante que mi madre tenía.

—¿Estás segura?

—Sí, mamá.

—¿Qué te gustaría que preparemos para cenar?

—Arepas.

—¡Buena idea!

Me alegré con su sugerencia. Había crecido comiendo arepas. Era como si mi mamá conservara parte de sus recuerdos de Venezuela a través del sabor.



Estaba en la cocina, preparando la masa, cuando escuché unos golpes en la puerta. Me pareció extraño, no estaba esperando a nadie. Apagué el fuego, me sequé las manos con un repasador y caminé hasta la entrada.

Sentía algo raro en el pecho, una presión que me dificultaba respirar. Odiaba esa costumbre mía de preocuparme antes de tiempo. Abrí la puerta y vi a un hombre del otro lado, con uniforme gris y casco de moto.

—¿Angel Menezes?

—Sí, soy yo.

—Esto es para usted. —Me extendió un ramo de rosas.

—Gracias.

Ni siquiera esperó a que terminara de agradecerle antes de darse la vuelta y bajar por las escaleras. Me dio la impresión de que estaba algo incómodo de estar en ese barrio. Había mucho prejuicio hacia las zonas más humildes, sobre todo aquellas con mayoría de inmigrantes.

Cerré la puerta y volví al departamento con las flores en la mano. Nunca antes me habían regalado flores, y debo admitir que eso me conmovió profundamente. Saqué la tarjeta para confirmar lo que ya imaginaba.

Para que recuerdes nuestro beso.

Dean

No pude evitar sonreír. La angustia se desvaneció y fue reemplazada por una calidez tierna y reconfortante. Nunca habría imaginado que, después de haberme alejado así, Dean me enviaría flores.

—¿Quién era, hija? —Mi madre se acercó tanteando las paredes y se detuvo frente a mí.

—Un repartidor.

—¿Compraste algo? —Frunció más los ojos y aspiró el aire—. ¿Qué es ese olor?

—Son rosas.

—¿Rosas? ¿El repartidor trajo rosas?

—Sí. Dean me las mandó. —Ya no tenía sentido seguir ocultándole la situación.

—¿Dean? ¿El hijo de Laura?

—Ese mismo. —Fui a la cocina a buscar una jarra con agua para poner las flores. Aún sentía ese cosquilleo de sorpresa y emoción.

—¿Te las mandó por la cena de anoche?

—Creo que más bien fue por el desayuno de esta mañana.

Mi mamá frunció el ceño, confundida. Le tomé las manos con suavidad, la hice sentarse en el sofá conmigo y le conté todo lo que había pasado entre Dean y yo. Desde la cena, el paseo hasta la confitería, y el beso.

—Ten cuidado, mi niña. Mucho cuidado. —Sus palabras bajaron de golpe todos mis suspiros—. Es un hombre que vive en un mundo muy distinto al nuestro, y su manera de ver la vida también lo es.

—Pero es hijo de Laura. Eso debería contar a su favor, ¿no?

—Laura es una gran mujer, pero su hijo siempre ha tenido todo lo que ha querido. Solo me preocupa que termines herida, querida. Sé precavida.

—Está bien, mamá. Voy a tener cuidado.

Mi mamá había echado un balde de agua fría sobre mi reacción y las expectativas que, sin querer, había empezado a tener

con el hijo de su mejor amiga. Pero tenía razón. Dean vivía en un mundo completamente distinto al mío. Tal vez esas rosas no eran más que una disculpa, y yo no debería esperar nada más que eso. Sería ingenuo de mi parte pensar que un hombre como él podría querer algo conmigo.

Dean Clark tenía el mundo a sus pies, y yo no era más que una chica pobre del suburbio, muchos años menor que él.

Dejé esos pensamientos a un lado y volví a concentrarme en la cena. Tenía que dejar todo listo antes de salir rumbo al trabajo.



Trece

—¡Qué onda, gente! —Escuché el grito y salí de la oficina, caminando hacia las escaleras desde donde podía ver la sala de estar.

Apenas vi al Dylan, bajé corriendo y lo abracé. Tomé impulso y me le tiré encima, haciéndolo caer al piso como cuando éramos niños. A veces, cuando estaba con mi hermano gemelo, sentía que todavía tenía diez años y no treinta y dos.

Me dio un golpe en el estómago y giró, quedando arriba mío. Me reí e intenté golpearlo, pero me esquivó.

—¡Paren con eso o van a terminar lastimándose! —Nuestra madre se acercó con las manos en la cabeza, desesperada por lo que estaba viendo—. Juraba que ya habían superado esa etapa.

—Creo que eso nunca va a pasar —dijo Dylan, levantándose y ofreciéndome la mano.

—Te extrañé, hermano —le dije, dándole un abrazo.

—Yo también.

—Pensé que no ibas a aparecer por acá —dijo mamá cuando él fue a abrazarla.

—Sé que si no pasaba al menos unas horas en casa, me ibas a tirar de la oreja en pleno show en Orlando.

—Me alegra que me conozcas bien. —Lo abrazó más fuerte—. Extraño mucho tenerte a ti y a Daphne en casa. Esta mansión gigante se siente tan vacía. Ya es hora de que alguno de ustedes tres se case. Quiero nietos.

—Mamá, no empieces. —Me rasqué la cabeza.

—¿Y esa barba? —Le dio unos golpecitos en la cara—. Ese pelo también está demasiado largo. Pensé que alguien te cuidaba en esas giras.

—Y me cuidan, mamá. Esto es estilo. A las mujeres les gusta.

—No veo a ninguna mujer contigo.

—¿Cómo sobrevives a esto? —Dylan me miró, poniendo los ojos en blanco.

—La ignoro la mayoría del tiempo. —Me encogí de hombros.

—Los estoy escuchando a los dos, ¿sabían? —Mamá cruzó los brazos y empezó a rezongar en portugués. Aunque yo hablara bien, a veces no entendía algunas expresiones brasileñas suyas.

—¿Hay algo para comer? Estoy muriéndome de hambre —dijo Dylan, pasándole un brazo por los hombros y llevándola hacia la cocina.



Después de cenar, nos sentamos en el balcón del segundo piso, con vista a la piscina y al jardín, y agarramos una caja de cervezas. Abrí una botella y me estiré en la silla con los brazos detrás del cuello.

—Me gustó la sorpresa. Ya te estaba extrañando.

Mi hermano abrió su cerveza, le quitó la tapa y se acercó a la baranda, mirando la piscina.

—Cuando estoy lejos, extraño esta casa, a vos, a mamá, a Daphne... ¿Has sabido algo de ella? —Apoyó la espalda en la baranda y me miró.

—Mamá habla mucho más con ella que yo. Ya sabes cómo es. Pero la última vez que hablamos, todo estaba bien. Está emocionadísima con su próximo papel, cree que incluso podría ganar el Oscar a la mejor actriz.

—Eso es genial.

—Ella es genial.

—Sí, lo es.

—¿Y vos qué has hecho además de carros, fiestas y sexo?

—Nada. —Negué con la cabeza y ambos nos reímos—. Me sorprendería si me dijeras que haces algo distinto.

—Bueno, compongo, voy al estudio, doy conciertos... Y claro, fiestas y sexo.

Nos reímos de nuevo.

Dylan era quien más me entendía en el mundo. No había nadie tan parecido a mí, literalmente. Aunque él siguió una carrera musical y yo preferí hacerme cargo del negocio de nuestro padre, nos seguían gustando las mismas cosas.

—¿Y cómo ha sido estar acá solo con mamá? Sé que puede ser bastante controladora.

—Créeme, demasiado. —Fruncí los labios—. El otro día me interrumpió en medio de un trío. Nunca estuve tan molesto.

—¿En serio? —Dylan casi se cae de la risa—. Me hubiera encantado ver su cara al encontrarte con dos chicas.

—Eso no fue lo peor. Ayer trajo a una amiga a cenar.

—¿Una de esas del bingo?

—Eso pensé cuando dijo que vendría alguien. Pero resultó ser una chica. Angel. Veintiún años. Y es realmente un ángel. Es hija de una amiga de mamá que vive en *Little Havana*. Según ella, es pura, religiosa… de esas para casarse.

Dylan escupió la cerveza, ahogado de la risa.

—No puedo creer que realmente esté tratando de casarte. ¿Casarte a vos? Mamá no nos conoce en lo absoluto.

—No me pareció tan mala idea. La chica es realmente muy bonita. Tiene una belleza latina que me dejó bastante interesado.

—¿Dean Clark está considerando casarse con una mujer que mamá le presentó…?

¿Quién eres tú, extraterrestre, y qué hiciste con mi hermano?

—¡Nadie habló de casarse! Por Dios, no pienso atarme así a una mujer. —Levanté las manos—. Me encanta poder estar con todas, pero quiero a esa en mi cama. ¿¿¿Virgen??? ¡Vamos, por favor!

—¿No crees en lo que dijo mamá?

—Creo que mamá se está ilusionando o la están engañando. Veintiún años… estoy seguro de que alguien ya rompió ese lacito.

—¿Así que eso es lo que quieres? ¿Tirarte a la pobre chica virgen? ¡Carajo, es once años menor que vos! ¿En serio vas a hacer eso? ¿Acostarte con ella solo para probar que mamá se equivocó?

—Tampoco soy un monstruo ¿sabés? Le va a encantar. Nunca dejé a una mujer insatisfecha en la cama.

—Eres un reverendo imbécil —dijo él, riéndose a carcajadas.

—El muerto se ríe del degollado. —Inflé el pecho y destapé otra cerveza.

—Nunca le he quitado la virginidad a nadie. Y jamás anduve tratando de convencer a una pobre chica católica de meterse conmigo. Las que llegan a mi camarín ya vienen listas para todo. Si sabes a lo que me refiero. —Me guiñó un ojo.

—Voy a demostrarte que no tiene nada de niña buena ni virgen.

—Puedes terminar recibiendo una cachetada, hermano.

Sabía que Dylan solo me estaba provocando. Probablemente dudaba tanto como yo de esa historia. No había nadie en el mundo más parecido a mí que él, no solo en lo físico. Estábamos en el mejor momento de nuestras vidas, teníamos todo lo que el dinero podía comprar. No íbamos a arruinar eso atándonos a alguien. ¿Por qué tener solo a una mujer cuando podíamos tenerlas a todas?

—Ya que no tienes nada mejor que hacer hoy, ¿qué te parece si me acompañas al hospital?

—¿Hospital? —Frunció el ceño, sin entender nada—. ¿Qué carajos vamos a hacer ahí?

—A seducir a una virgen. —Le guiñé un ojo.



Catorce

Apenas me senté en el comedor para comer algo, Samantha se deslizó hasta mi lado y apretó su cuerpo contra el mío. Intuí que esa presión pronto dejaría de ser solo física.

—¡Dean Clark, carajo! No puedo creer que ese tipo, el hombre de los sueños de cualquier mujer en este planeta, ¡esté completamente interesado en ti!

—Estás exagerando —respondí, ignorando su emoción mientras mordía mi sándwich, masticando como si no estuviera diciendo nada importante.

—¿Entonces por qué vino a buscarte esta mañana?

—Solo fue amable. Mi mamá y la de él son amigas desde hace casi cuarenta años.

—Ay, por favor, si solo quisiera ser amable, con la plata que tiene te mandaba un taxi, o en todo caso un chofer, ¡pero jamás vendría en persona y en una Ferrari! Admítelo, ¿te lo estás tirando?

—¡Claro que no! Ya te dije, Samantha, soy virgen y no pienso cambiar eso hasta el día de mi boda.

—¡Dale! —Puso los ojos en blanco—. ¿De verdad vas a dejar escapar a un hombre así por esa idea tuya tan tonta? Dean Clark con solo sonreír me deja sin calzones.

Fue imposible no reírme ante su histeria. Dean era un hombre rico, guapo, encantador, sexy, educado y con tantas otras cualidades que lo convertirían en el compañero perfecto para decenas, o casi todas las mujeres del mundo. Pero aún tenía las palabras de mi madre resonando en la cabeza. Dean no era para mí. Apenas nos conocíamos y vivíamos en mundos demasiado distintos. Tenía que olvidar ese beso y enfocarme en mis planes.

—Si no lo quieres, pásamelo a mí. —Me dio un codazo.

—Primero, sabes bien que él no está interesado en mí, y segundo, sabes que las cosas no funcionan así, ¿no?

Samantha solo nos había visto juntos y ya estaba haciendo todo ese escándalo. Ni quería imaginar cómo reaccionaría si supiera del beso… o de las flores.

—Angel Menezes, por favor, diríjase a la habitación mil cinco. —Escuché mi nombre en el sistema de altavoces del hospital y me sorprendí: ese cuarto estaba vacío, si mal no recordaba.

—¿Llegó algún paciente nuevo a la mil cinco? —preguntó Samantha.

—No sé, voy a ver.

—Bueno, mientras piensas en mi propuesta. Cuando Dean aparezca de nuevo, le das mi número.

—Ay, Samantha… —Me alejé de ella negando con la cabeza.

Tomé el ascensor hasta el décimo piso del hospital. Pensé que tal vez se trataba de un paciente anciano recién ingresado que necesitaba atención especial.

Pasé mi tarjeta por la puerta… y lo que vi no era en absoluto lo que imaginaba. Dean estaba de pie, con los brazos cruzados y ese aire relajado de siempre. Pero en el sofá había otro hombre, idéntico a él salvo por el cabello y la barba un poco más largos, sosteniendo una guitarra.

—Hola, Angel. Soy Dylan.

Me quedé boquiabierta, alternando la mirada entre los dos. Dylan, en mi cabeza, era solo una voz, alguien lejano e inalcanzable. Tenerlo frente a mí, junto a Dean, era como estar dentro de un sueño.

—¿Qué están haciendo aquí?

—No querías creer que tenía un hermano gemelo. Pues ahí lo tienes —dijo, con una sonrisa traviesa, burlándose de que no le creyera al principio.

—Sí, son realmente muy parecidos.

—Creo que cuando Dios me creó quedó tan feliz con el resultado que no pudo hacer solo uno. —No supe si estaba bromeando o si de verdad era tan egocéntrico.

—Siéntate aquí. —Dean palmeó el espacio libre entre él y su hermano en el sofá.

—Tengo que volver al trabajo.

—Ya hablé con tu jefe, te dio una hora libre para quedarte aquí.

—¿Estás hablando en serio?

—Muy en serio. ¿Quién creés que mandó llamarte por los altavoces?

Negué con la cabeza, preguntándome qué le habría ofrecido al jefe, que era siempre tan estricto. Pero terminé aceptando y me senté donde me indicó. Samantha se desmayaría si supiera que Dylan Clark estaba en el hospital durante su turno.

—¿Cuál de mis canciones te gusta más?

—Esa… *Beautiful Girl*.

—Eres realmente muy hermosa. —Sonrió, y me puse nerviosa.

Creí que Dylan iba a tocarme el rostro, pero retrocedió al notar la mirada intensa de su hermano sobre él. ¿Acaso Dean sintió celos por ese pequeño coqueteo? No había razón para eso.

Dylan acomodó la guitarra sobre su pierna y comenzó a tocar y cantar una versión acústica solo para mí. Era un sueño hecho realidad. No me animé a cantar con él, no quería arruinar la melodía con mi voz desafinada.

—Prefiero cantar cuando Dean toca el piano. ¿Sabías que lo hace muy bien?

—Sí. —Levanté la cabeza al notar que me estaba inclinando hacia él—. Lo escuché tocar cuando fui a cenar con Laura.

—¿Conoces a nuestra madre hace mucho?

—Desde que nací.

—¡Qué lindo! Seguro te quiere mucho.

—Eso creo.

—Esto es para ti. —Dylan sacó algo del bolsillo y me lo puso en la mano—. Es un pase VIP para mi show en Orlando.

—¡Guau! —Me quedé sin palabras—. Muchas gracias.

—De nada. Va a ser un placer tenerte en mi público. —Me guiñó un ojo.

—¡Dylan! —La mirada de Dean era fulminante.

¿Estaban peleando por mí? ¡No seas ridícula! Era absurdo pensar eso. Ninguno de los dos era del tipo que se pelearía por alguien como yo. Seguramente Dylan estaba ahí solo para darme una sorpresa por pedido de Laura, después de saber que me gustaban sus canciones.

—¿Qué otra canción quieres que te cante?

—*Last Song*.

Suspiré al sentir cómo se me ablandaba el corazón solo de recordar la letra.



Quince

Quizás llevar a mi hermano a ver a Angel había sido una idea mucho peor de lo que pensé en un primer momento. Ella se derritió por él, y no sabía si esa era justamente la reacción que yo quería provocar.

—La idea era que le cantaras, no que la conquistaras con una canción —refunfuñé cuando volvíamos al auto, justo después de que Angel regresara a su trabajo.

—Es encantadora. Pensé que si vos te rendías y no intentabas nada, yo podría consolarla en mi camerino después del show.

—¡Eres terrible! —Puse los ojos en blanco.

—Como si vos fueras mucho mejor que yo. Pobre chica, ni siquiera sabe que estás montando todo este teatro solo para

acostarte con ella. ¿Ya pensaste qué vas a hacer si resulta que sí es virgen?

—No lo es —dije de reojo.

—¿Y si lo es?

—Entonces… lo resolveré.

Dylan negó con la cabeza varias veces mientras yo aceleraba el auto para volver a casa. Como si tuviera autoridad para juzgarme. Todo el mundo sabía que su camerino estaba siempre lleno de mujeres y que acumulaba muchos más corazones rotos que yo. Como estrella de la música, decepcionaba a mujeres incluso sin haber pasado una noche con ellas.

—Ella es mía.

—Lo dices como si realmente te importara.

—Me importa que mi hermano coquetee con la mujer que me interesa.

—¡Por favor! —Se rió con fuerza—. No olvides que fuiste tú quien me llevó a verla. Y aunque es muy joven, la chica es preciosa. Si me diera una señal, ¿por qué no?

—¡Dylan!

—Está bien, ya entendí. Vos la viste primero. Igual no me interesa estar con nadie que haya pasado por tus manos.

—Mejor así —bufé.

—¿Por qué no dejamos este tema y hacemos algo de hermanos, como en los viejos tiempos? Mañana temprano tengo que irme.

—Buena idea.



Fuimos a un viejo bar que solíamos frecuentar en la época de la universidad. Abría casi las veinticuatro horas, y hacía tiempo que no jugábamos una partida de pool. Fue divertido. Dylan era mejor de lo que recordaba... o tal vez yo había empeorado.

El bar estaba tan lleno de borrachos y excéntricos que ni habían notado nuestra presencia. A los pocos que reconocieron a Dylan les desconcertó tanto vernos a los dos, que pensaron que debían ser dobles y no se acercaron a pedir fotos. Disfruté su compañía, aunque fuera solo por una noche. Extrañaba esos momentos en los que éramos simplemente nosotros dos contra el mundo. Y en cierto modo, todavía lo éramos, aunque hubiéramos tomado caminos distintos.

A la mañana siguiente, lamentablemente, Dylan regresó con su equipo, ya que tenía un show en *San Petersburgo* antes del gran evento en *Orlando.*

—Desaparecieron anoche, ¿adónde fueron? —preguntó mi madre justo después de que él se marchara.

—A hacer cosas de hermanos. Pasar tiempo juntos.

Mi madre torció la boca, sin estar muy convencida de mi respuesta. Estaba tan acostumbrada a que armáramos lío por toda la casa que le costaba imaginar que hubiéramos compartido una noche tranquilos y actuando como adultos.

—Voy a organizar algunas cosas y luego iré a visitar a Valeria.

—¿Puedo ir con usted?

—¿Conmigo? —Me sonrió con una expresión que dejaba claro que no disimulaba nada. Estaba apostando todas sus fichas a un posible romance entre Angel y yo. Y sí, eso iba a pasar… pero no de la forma en que ella se imaginaba. Yo no era el tipo de hombre que se casaba.

—¿Puedo?

—¡Claro que sí! ¿No tienes compromisos en la concesionaria?

—Nada urgente.

—Pensé que odiabas el barrio y te parecía peligroso.

—Todavía lo pienso, por eso no quiero que vaya sola.

—Fui durante años con George, pero me va a encantar que me acompañes.

—Perfecto. Solo buscaré mis lentes de sol y ya estoy.

—Antes necesito pasar por el supermercado y comprar algunas cosas para llevar.

—Está bien.

Subí al cuarto, agarré lo necesario y bajamos juntos al garaje. Luego de escucharla hablar sin parar durante el camino, terminamos saliendo en un auto más discreto que yo jamás había manejado. Suponía que era de ella, porque no lo recordaba. Una Ferrari no era para andar por el barrio. Y sinceramente, yo tampoco. Pero fue ella quien había empezado todo esto desde un principio. Si no me hubiera presentado a la hija de su amiga y prácticamente desafiado

en cuanto a la chica, yo jamás habría dejado el aire acondicionado de la concesionaria ni mis autos por una visita al suburbio.

Acompañé a mi madre al supermercado, donde llenó el carrito con víveres e insumos básicos como pasta dental y jabón. Ahora entendía los cargos del súper en su tarjeta. Eran los empleados quienes hacían las compras para la mansión. No me molestaba que hiciera sus obras de caridad. La mantenía feliz, y mientras más feliz estaba, menos se metía en mi vida.

Finalmente llegamos al barrio y la ayudé a subir las bolsas al departamento de Angel. Ya la había dejado en la puerta algunas veces, pero nunca había entrado al edificio. Pensé que nada podía ser peor que la fachada cubierta de grafitis o la basura tirada en el pasto de la entrada. Pero me equivoqué. El interior era aún peor: moho en las paredes, escaleras rotas y maderas carcomidas por los años.

Mi madre golpeó una puerta y al ratito fue la propia Angel quien nos abrió, con los ojos muy abiertos al vernos en el pasillo.

—Laura… Dean…

—¿Podemos pasar, querida? —preguntó mi madre.

—Sí, claro. —Se hizo a un lado para dejarnos entrar.

Mi madre entró primero y dejó las bolsas sobre una mesa redonda en un rincón del living. Hice lo mismo. El interior del departamento, aunque limpio y bien organizado, no parecía estar en mucho mejor estado que el resto del edificio. No se veía moho, pero había un olor húmedo en el ambiente que sugería que en algún rincón escondido debía haber.

Me pregunté por qué, teniendo todo el dinero que había heredado tras la muerte de mi padre, mi madre no había sacado a

esas dos de semejante agujero. Si tanto apreciaba a esa amiga, lo lógico sería conseguirles un lugar digno donde vivir.

—Laura, no hacía falta que trajeras más cosas. Ya trajiste bastante a principios de semana.

—Sentí que me había olvidado de algo.

—Sabés que no tienes por qué hacerlo. —Angel negaba con la cabeza.

—Lo sé. Lo hago porque quiero.

Por la expresión que se le dibujó en el rostro, noté lo orgullosa que era Angel. Y seguramente ese orgullo era una de las razones por las que todavía vivían en ese lugar.

—¡Laura!

Me giré y vi a una mujer saliendo de una habitación. Caminaba hacia nosotros con los ojos apenas entreabiertos, lo que me pareció raro hasta que noté la tonalidad blanquecina de sus pupilas: era ciega. Nunca había preguntado por las raíces ni por las amistades de mi madre en ese barrio, así que desconocía completamente que la mamá de Angel no podía ver.

—Hola, Valeria. —Mi madre la abrazó.

—¿Quién más está aquí? —La mujer frunció el ceño como si intentara ver algo—. Escuché la voz de un hombre. ¿Es un chofer nuevo? No suena como George.

—No. Hoy vino conmigo mi hijo, Dean. —Mi madre me tomó la mano y se la acercó para que la tocara.

—¡Oh, Dean! Lo recuerdo de cuando era un niño. Eso fue hace siglos. Debés ser todo un hombre ahora. —Acarició mi brazo, mis hombros y por último mi rostro, como si quisiera ver mis facciones con sus dedos—. Estás muy guapo.

—Gracias —dije, incómodo mientras se alejaba de mí.

—Vamos a guardar estas cosas en la alacena. —Mi madre pasó por su lado y la guió a la cocina, dejándome a solas con Angel.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Cruzó los brazos y me miró con el pecho al frente, en una postura mucho más a la defensiva de lo que esperaba.

—Imaginé que te alegrarías de verme.

—No pensé que fueras a venir. —Su postura se suavizó un poco con mi respuesta.

—Después de lo de ayer, pensé que te pondrías contenta.

—¿Trajiste a tu hermano a *Miami* solo para darme ese mini show?

—¿Te gustaría si te dijera que sí? —Le sonreí con tono juguetón.

—Sabría que estás mintiendo.

—¿Crees que no puedo convencer a mi hermano?

—Creo que no perderías tu tiempo en eso.

—Admito que vino a visitarnos a mí y a mamá, pero le pedí que me acompañara al hospital porque tenía que conocer a una fan muy especial. Dylan rara vez me dice que no.

—Me imagino.

—¿Qué te parece si salimos un rato a conversar? Creo que nuestras madres pueden quedarse solas unos minutos.

—¿Conversar? —Dudó.

—Sí, solo conversar. —Prometí. Al menos era lo que pensaba hacer durante los primeros cinco minutos. Después... no podía garantizar nada.

—Está bien. —Asintió, y me acompañó afuera del edificio. Me alegró salir de ese lugar; sentía que si me quedaba unos minutos más, iba a estornudar por culpa del moho.

Nos sentamos en un banco de cemento al otro lado de la calle, bajo la sombra de un árbol. Era el sitio más fresco que se podía encontrar en todo el barrio.

—Pensé que tenías que trabajar —dijo mientras masajeaba sus rodillas y luego me miraba.

—Reservé el día para pasarlo con mi mamá… y contigo. —Toqué su rostro, y sentí cómo se estremecía con el calor de mis dedos.

—¿Por qué haces esto? —Puso su mano sobre la mía, aunque no se apartó.

—¿Esto qué? —pregunté, haciéndome el desentendido.

—Primero la pastelería, luego las flores, tu hermano, y ahora venir hasta acá a pasar el día en el barrio cuando podrías estar rodeado del lujo de tu mundo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —Seguí acariciando su mejilla.

—¿Qué es tan fácil de entender? —Me miraba tan profundamente que sentí que no podía apartar los ojos. Temí estar cayendo en el mismo hechizo.

—Te deseo, Angel —dije con voz grave, y ella se estremeció.

—¿Por qué a mí?

—¿Y por qué no? Eres preciosa y tu sonrisa es encantadora. —Deslicé mi pulgar por sus labios.

Ella no se movió. Me incliné un poco más hacia ella y rocé sus labios con los míos hasta que se rindió y me dejó besarla. Su beso era dulce, tal vez hasta inocente. Por momentos, me hacía creer que realmente no tenía experiencia. Era como una conejita perdida en la cueva del lobo, y eso solo me dejaba con más ganas de acercarme. Estaba acostumbrado a mujeres que se rendían a mis pies y hacían lo que yo quisiera. Angel, en cambio, me sacaba de mi zona de confort… y me encantaba.

Deslicé una mano por su cintura, acercándola más a mí, moldeando su figura pequeña contra mi cuerpo. Apreté su cintura y jugué con su labio inferior, pero el beso se volvió un poco más intenso y ella se apartó de golpe.

—¡Espera!

—¿Qué pasa?

—No podemos hacer esto aquí. Los vecinos podrían vernos y hablar.

¡Al diablo con los vecinos!, pensé. No me importaba lo que dijeran al verme besar a una mujer, aunque fuera once años menor. No le debía explicaciones a nadie, y podía besar a quien se me diera la gana.

—¿Quieres ir al auto?

—No. Mejor no.

¡Demonios! ¿Por qué siempre se me escabullía? Por un momento creía tenerla en la palma de la mano y al siguiente se me escapaba.

Respiré hondo. Necesitaba pensar rápido o iba a espantarla.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche? Solo los dos. Esta vez sin mi mamá. En un restaurante.

—Entro a trabajar en el hospital a las diez. No puedo.

—Te prometo que te dejo en la puerta cinco minutos antes.

—Es arriesgado.

—¿Alguna vez incumplí una promesa contigo?

Angel negó con la cabeza.

—Entonces acepta.

Me miró y después desvió la vista por encima de mi hombro, como si hubiera algo muy interesante detrás… o simplemente no podía mirarme directo a los ojos.

—¿Angel? —Acaricié su mentón—. Solo dime que sí.

—¿Por qué es tan difícil decirte que no?

—Porque no tienes motivos para hacerlo. ¿Paso por ti a las cinco?

—¿Tan temprano?

—Necesito asegurarme de que tengamos tiempo de conocernos bien antes de llevarte al hospital.

—Está bien.

—¿Eso es un sí?

—Sí.

Le sonreí con satisfacción y volví a inclinarme para robarle otro beso antes de que pudiera evitarlo.

—¡Oye! Te dije que no hicieras eso aquí. —Sus mejillas estaban rojas de una forma que me pareció sexy y encantadora. Su vergüenza y su timidez me resultaban tan provocadoras como su cuerpo.

—Perdón, no pude resistirme.

—Entremos. —Se levantó de golpe—. Nuestras madres deben estar preguntándose dónde estamos.

Dudaba que mi madre estuviera realmente preocupada. Ella misma fue quien armó todo ese plan para que nos conociéramos en aquella cena. Pero entendí que Angel solo quería poner distancia antes de que yo cruzara otro límite. ¿Hasta cuándo podría seguir resistiéndose? Todas las mujeres terminaban cayendo. Angel, por más inocente que pareciera, no iba a ser la excepción.

—Vamos. —Me hizo un gesto para que la siguiera, y entró al edificio.

Negué con la cabeza y la seguí.

Mi madre y la de Angel estaban sentadas en la mesa, tomando café con lo que parecía ser alguna comida típica latina que no me

tentó ni un poco. A veces mi madre cocinaba cosas riquísimas… otras, no tanto.

—¿Quieres, hijo? —Me ofreció una taza y negué con la cabeza.

—Está riquísimo.

Me quedé callado, apoyado contra la pared con los brazos cruzados, sin dejar de mirar a Angel. Llevaba una camiseta fina que dejaba ver el contorno y el color de su sujetador negro. Era sencillo, pero enmarcaba perfectamente sus senos. El short destacaba sus piernas, dejando buena parte de ellas al descubierto. En los veinte minutos que pasé mirándola, creo que imaginé al menos cinco formas distintas de verla desnuda. Estaba desesperado por tenerla. Creía estar seduciéndola, pero una parte racional de mí advertía que ese juego era de a dos. Quería que ella deseara estar conmigo, pero la única certeza que tenía era que yo deseaba estar con ella.

—¿Nos vamos, hijo? —Mi madre se levantó y yo dejé de mirar las piernas de Angel.

—Sí.

—Gracias por la visita, Dean. Me alegra mucho escuchar tu voz y ver cuánto has crecido y madurado desde aquella época. —La madre de Angel sonrió.

—Gracias.

—Siempre serás bienvenido en mi casa.

—Creo que mi mamá ya te lo ha dicho, pero tú también eres bienvenida en la nuestra.

—Sí, gracias.

—Adiós, Valeria. Volveré a visitarte pronto.

—Estaré esperando.

Mi madre me tomó del brazo y me llevó hacia la puerta.

—Te paso a buscar más tarde. —Le guiñé un ojo a Angel antes de salir.

Ella sonrió y me saludó con la mano mientras bajábamos al piso inferior.

—¿Qué fue eso? —Me preguntó mi madre apenas se abrochó el cinturón.

—¿Eso qué?

—Lo que le dijiste a Angel.

—Ah… vamos a salir más tarde —dije encendiendo el auto como si nada. Pero ella entrecerró los ojos.

—¿Vas a salir con Angel?

—Sí. No te hagas la sorprendida. Sé muy bien que todo esto fue una jugada tuya para que nos conociéramos en aquella cena.

—Solo cuídala, hijo. Angel es una buena chica, y merece ser tratada con respeto.

No le di demasiada importancia a sus palabras. Angel era una mujer como cualquier otra… y estaba seguro de que iba a demostrarlo.



Dieciséis

Me quedé mirando por la ventana hasta ver que Dean arrancaba el auto. Noté que esta vez era un vehículo mucho más discreto; supuse que Laura lo había convencido de no llamar tanto la atención. Mejor así, esperaba que usara el mismo coche cuando viniera a buscarme para nuestra cita más tarde.

Al pensarlo, sentí un nudo en el estómago. Por un momento, todo eso me pareció una locura: aceptar una invitación a cenar con Dean Clark. Él era un hombre mayor, que tenía todo lo que quería. Era como si me metiera voluntariamente en arenas movedizas y cuando me diera cuenta, ya estaría atrapada en el magnetismo de ese hombre.

Había dos voces dentro de mí: la de mi madre, como un ángel, diciéndome que tuviera cuidado… y la de Samantha, como un

demonio gritándome que me lanzara sin pensarlo. ¿En qué otra situación un hombre como Dean se fijaría en alguien como yo?

—Es guapo, ¿no? —Escuché la voz de mi mamá y me di cuenta de que estaba a mi lado.

—Sí, muy guapo. —No pude evitar suspirar.

—Los hombres como él tienen el mundo a sus pies.

—Lo sé.

Entendí perfectamente lo que quería decir con eso. Tenía que ser prudente… pero al mismo tiempo, no quería dejar de vivir esa experiencia. Era imposible rechazar una invitación suya. Dean era ese tipo de sueño que querés vivir, aunque sea solo por unos minutos.



—Mamá, voy a salir y después me voy directo al hospital.

Ella asintió sin hacer más preguntas. No le había contado que saldría con Dean, pero algo dentro de mí me decía que lo sabía.

Me detuve frente al espejo y acomodé mi cabello ondulado alrededor del rostro antes de tomar mi mochila con una muda de ropa para cambiarme en el hospital. Había elegido mi mejor vestido, además del que me había regalado Laura: era verde pastel, con algunos destellos, y mi mamá lo había comprado para mi graduación del colegio.

Cuando Dean me dijo que me llevaría a un restaurante, me preocupé por no estar vestida a la altura de los lugares que él frecuentaba. Pero él sabía perfectamente de mis condiciones y de dónde venía.

Apenas salí del edificio, lo vi apoyado junto a un Lamborghini negro, sosteniendo un gran ramo de rosas color champán.

—Son para ti.

—¡Son hermosas! —Suspiré mientras las abrazaba.

—No tanto como tú. —Acarició mi rostro con el dorso de la mano, y cerré los ojos, dejándome llevar por la calidez de su toque.

Dean abrió la puerta del auto y subí, acomodándome en el asiento con las flores en el regazo. Debería sentirme la chica más afortunada del mundo por todo lo que él estaba haciendo por mí, pero no lograba relajarme del todo. La voz de mi mamá repitiéndome que tuviera cuidado seguía resonando en mi cabeza como campanadas de advertencia.

—Tengo otra cosa para ti. —Me extendió una caja rectangular de terciopelo rojo.

—¿Qué es esto?

—Ábrela.

Dejé las flores sobre mis piernas y tomé la caja, conteniendo la respiración. Al abrirla, encontré una delicada pulsera de oro con un dije en forma de alas de ángel. Era una joya sencilla, pero una de las más bonitas que había visto en mi vida.

—¿Puedo?

Asentí en silencio.

Dean tomó la pulsera y extendí el brazo para que pudiera ponérmela. Sabía que no debía aceptar ese tipo de regalos, pero sería un recuerdo de aquel sueño que estaba viviendo.

Encendió el auto y salió de mi calle justo cuando un grupo de chicos que charlaban en la esquina comenzó a acercarse. Por más que me pareciera riesgoso venir al barrio con un coche así, Dean no parecía tenerle miedo al peligro.

Llegamos a *Miami Beach* y estacionó frente a un restaurante de lujo, de los que frecuentan millonarios y celebridades. Sentí cierta incomodidad cuando abrió la puerta y me ofreció su mano para ayudarme a bajar. Ese no era un lugar para alguien como yo. Seguro la cuenta de una cena ahí costaba más de lo que ganaba en un año.

—Vamos, Angel.

Dejé las rosas en el asiento y lo seguí hasta la entrada, donde nos recibió una mujer con uniforme negro y bordado dorado que decía "Cindy". Nos condujo hasta una mesa al fondo del restaurante, junto a una fuente enorme, bajo un techo decorado con pequeñas luces que parecían estrellas.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que no había ningún otro cliente más que nosotros. Sabía que era temprano, pero al menos debería haber algún turista.

—¿Llegamos demasiado pronto? —le pregunté a Dean cuando me ayudó a sentarme.

—¿Por qué lo dices?

—No hay nadie más en el restaurante.

—No habrá nadie más.

—¿Por qué no?

—Reservé el lugar solo para nosotros. Así podemos estar más tranquilos.

—¿Cerraste el restaurante solo para los dos? —Abrí los ojos sorprendida. Aquello era una locura.

—Me gustan los ambientes reservados. No te preocupes, el restaurante fue bien compensado por esto.

Preferí no pensar en la fortuna que habría pagado por semejante extravagancia.

—Puedes traer las entradas, por favor —le dijo al camarero que esperaba cerca.

El hombre asintió con la cabeza y se retiró.

—Eso es lo que me gusta de ti —dijo Dean, estirando la mano para volver a acariciar mi rostro—. Esa forma en la que te sorprendes con cosas tan simples.

No había nada simple en todo eso, pero decidí no discutirlo.

El camarero regresó y colocó los platos frente a nosotros. Levantó las tapas, y me quedé mirando un pequeño montículo blanco con forma cilíndrica, decorado con una flor y una salsita roja al costado.

—Tartar de vieiras —dijo el camarero, probablemente intentando responder al signo de interrogación de mi cara.

—Pruébalo. —Dean tomó un poco con el tenedor y lo acercó a mi boca.

Tenía un sabor delicado, parecido al del pescado o la ostra. No era lo más delicioso que había probado, pero estaba bien. Tal vez no tenía el paladar para ese tipo de comida de gente rica.

Tomé mi propio tenedor y me concentré en terminar mi entrada, para que Dean pudiera disfrutar la suya. El camarero nos sirvió una copa de espumante. Dudé en aceptarla, pensando que no era buena idea beber antes de ir a trabajar, pero supuse que una copa no me haría mal.

Era imposible no imaginar los gritos histéricos de Samantha si llegaba a enterarse de lo que estaba viviendo. Dean había reservado un restaurante entero solo para nosotros. Sin contar las flores ni la pulsera.

El plato principal era ravioles de langosta. La masa era tan fina que se deshacía apenas tocaba mi lengua. No sabía si alguna vez en mi vida volvería a tener la oportunidad de probar algo así.

Cuando llegó el postre, Dean estiró la mano y la apoyó suavemente sobre mi pierna, debajo de la mesa. Me sobresalté, pero no me aparté. Mientras se tratara de una caricia discreta, podía dejarla pasar.

Acercó su silla a la mía y, con una sonrisa, me ofreció un bocado de la tarta de frutos rojos. Apenas lo probé, me besó. Sus labios tenían el dulce sabor del chantilly y la salsa del postre, lo cual hizo todo aún más especial. Por un momento me pregunté si era adecuado besarnos así frente al camarero, pero entonces entendí por qué Dean había preferido que estuviéramos solos en el restaurante.

Después del beso, volvimos a nuestros lugares y terminé mi postre en silencio. Al levantar la vista, me di cuenta de que ya no había nadie más cerca. Dean se levantó y me ofreció su mano,

llevándome hasta un sofá largo junto a la pared. Era beige claro, decorado con cojines marrones. Se sentó y me acomodé a su lado.

—Eres tan hermosa —dijo mientras apartaba un mechón de cabello de mi rostro.

Bajé la mirada, un poco avergonzada, pero él levantó mi mentón con delicadeza. Sus ojos azules me atraparon de inmediato. Me besó de nuevo, esta vez con más intensidad, y yo le respondí. Sentía el corazón acelerado, una especie de mareo dulce, como si el aire se volviera más denso y cálido a su alrededor.

Su mano regresó a mi muslo y mi piel se calentó cuando me tocó. Era imposible no pensar en lo delicioso que era. Su mano era pesada y al mismo tiempo muy suave. Entró en mi vestido y me sorprendió, pero la forma en que me besaba y la manera en que su otra mano me sujetaba la nuca me impidieron echarme atrás. Estaba tan absorta en su beso que apenas podía pensar con claridad en lo que estaba ocurriendo. Dean me acarició el interior del muslo y subió hasta la ingle, tocándome las bragas con las yemas de los dedos. Un deseo latente latía entre mis piernas y me robaba la razón. Mi cuerpo deseaba desesperadamente que mantuviera su mano allí y me costaba mantener la cordura. Dean me acariciaba con las finas bragas de algodón entre sus dedos y la parte de mi cuerpo que tanto me habían dicho que debía proteger de hombres como él. Sí, debía hacerlo, pero no quería. Era demasiado agradable tener sus dedos allí como para querer que se detuviera. Me presionó con el pulgar y la fina tela se humedeció.

Dean me mordisqueó el labio inferior y deslizó su boca hasta mi cuello, mordiéndome y lamiéndome la garganta. Aquel hombre me transportó a otro lugar con sus caricias. Era como si no estuviéramos en el restaurante, quizá ni siquiera en la Tierra. Era fácil entender la expresión “estar en las nubes". Apartó la tela de mis bragas y su dedo encontró una punta turgente y palpitante entre mis piernas. Estaba toda mojada y su dedo resbalaba al

moverse. Yo era completamente inconsciente de las sensaciones que me invadían en medio de la estimulación. Era como si estuviera montada en una montaña rusa, la expectativa crecía en cada una de mis células. Era muy... muy bueno.

Deslizó el dedo un poco más abajo y lo introdujo en mí, pero la leve punzada de dolor hizo que un rapto de realidad cayera sobre mí y lo aparté, empujándolo por los hombros.

Por unos segundos me dejé llevar, hasta que su mano volvió a posarse sobre mi pierna, esta vez con más firmeza. El calor del momento empezó a nublarme la razón, y sin darme cuenta, sus caricias avanzaron más de lo que estaba preparada para permitir. Me tensé.

—Espera… —dije bajito, tratando de hacer que mi voz sonara firme.

Dean me miró, confundido.

—¿Qué pasa?

—Creo que es mejor que me lleves al hospital ya.

—Todavía tenemos tiempo… —Se inclinó para besarme de nuevo, pero lo detuve suavemente con las manos en sus hombros.

—Por favor, llévame.

Frunció el ceño, y por un momento pensé que estaba molesto. Pero se levantó sin decir nada más, y yo me arreglé el vestido antes de seguirlo fuera del restaurante.



Diecisiete

Me froté las sienes antes de contestar el celular. No estaba seguro de que fuera el mejor momento para hablar con mi hermano, pero tampoco lo pensé demasiado. Después de lo que había pasado con Angel, lo mínimo que sentía era confusión.

—¿Dylan?

—Hola, hermano. Estoy preparándome para el show. ¿Tú sigues en la concesionaria?

—No. Hoy ni siquiera he ido. Salí a cenar con Angel, la dejé hace un rato en el hospital y ahora estoy volviendo a casa.

—¿Cenaron? —Su tono se volvió burlón al instante—. Entonces, ¿por fin pasó algo entre ustedes?

—¡No! —Mi molestia era evidente—. Hice de todo: flores, regalos, reservé un restaurante solo para nosotros. Después de la cena, estuvimos más cercanos, me dio señales claras. Se dejaba besar, incluso parecía entregada. Pero justo cuando pensé que iba todo bien, se apartó de golpe, como si algo la hubiese asustado. Fue tan repentino que no entendí qué hice mal.

—Tal vez lo decía en serio cuando te dijo que nunca había estado con nadie. Dale un respiro, Dean.

—Sabes que no soy de rendirme cuando quiero algo.

—Lo sé. Solo te digo que tengas cuidado de no meterte en un juego que termine complicándote más de la cuenta.

—Soy lo bastante hábil para convencer a una mujer sin involucrarme demasiado.

—Si tú lo dices. A mí me intriga ver quién gana esta vez.

—¿A qué te refieres?

—Hasta ahora, solo veo que estás cayendo en el juego de mamá.

—No exageres. No quiero nada serio con esa chica. Solo quiero que pase lo que tiene que pasar, y después cada quien por su lado.

—Pobre Angel. —Se rió al otro lado de la línea—. En fin, suerte, hermano. ¿Adivina quién más prometió que irá a mi show en Orlando?

—¿Angel?

—Probablemente también. Pero me refería a nuestra querida hermanita. Estoy contando los días para ver a Daphne.

—Yo también.

—Bueno, me tengo que ir. Hablamos luego.

—Nos vemos —dije mientras cortaba la llamada con el botón del volante, justo antes de entrar al garage de casa.

Todavía estaba molesto por cómo Angel había puesto freno al momento que habíamos compartido. No estaba acostumbrado a que una mujer me rechazara cuando todo parecía ir en la dirección correcta. Había estado tan cerca de cruzar esa barrera...

¿Y si todo esto era parte de un plan de mi madre? Por un instante, pensé que simplemente me había puesto a Angel en el camino y esperaba que las cosas fluyeran solas. Pero tal vez Angel tampoco era tan inocente. ¿Y si las dos estuvieran juntas? Podía estar fingiendo cautela para intentar engancharme emocionalmente. Si ese era el plan, iba a demostrarles que no había estrategia lo suficientemente fuerte para resistirse a mí.



Dieciocho

Llegué al hospital y me cambié rápidamente el vestido por mi uniforme de auxiliar de enfermería. Esperaba que, al concentrarme en el trabajo, mi corazón dejara de latir tan aceleradamente.

—¿Estás bien? —Samantha me cruzó en uno de los pasillos.

Asentí, pero eso no pareció convencerla. Me tomó de las muñecas y me hizo sentar con ella en un banco lateral, cerca de los consultorios.

—Estás pálida. ¿Qué pasa? ¿Tu mamá está bien?

—Sí. ¿Por qué no lo estaría?

—Nunca te vi tan blanca. ¿Hay algo que no me estás contando?

—No es nada relacionado con mi mamá.

—Entonces, ¿qué es?

—Bueno... —Suspiré, llevándome las manos al cabello atado en una coleta—. Acepté una invitación para cenar con Dean. Esta vez fuimos solo nosotros dos. Pasó a buscarme, me regaló flores y esta pulsera. —Le mostré el brazo.

—¡Guau! —Samantha tomó mi muñeca para mirar mejor—. Es tan delicada y elegante.

—Sí, es hermosa —dije, retirando el brazo.

—Tendrías que estar en las nubes, pero pareces haber visto un fantasma.

Desvié la mirada hacia las luces del techo, luego la volví hacia ella. Dudé si debía contarle, pero necesitaba sacar eso de adentro, y no tenía a nadie más con quien desahogarme.

—Me llevó a un restaurante precioso... lo cerró solo para nosotros dos. Después de cenar, fuimos a un sofá en un rincón del lugar. Estuvimos besándonos. Y... en un momento, me acarició... —Señalé entre mis piernas—. Todo iba bien, hasta que me asusté y me aparté de golpe.

Samantha estalló en risa. Rió tanto que creí que se iba a caer del banco. En medio de su ataque de risa, me arrepentí de haberle contado algo tan íntimo y delicado.

—¡Basta! —le dije, empujando su hombro.

—No puedo creer que hiciste eso.

—¿Y qué querías que hiciera?

Samantha se llevó la mano a la frente, negando con la cabeza.

—¡Por Dios, Angel! Eres tan ingenua... deberías haberle dado tu premio.

—¿Mi premio? —Fruncí el ceño, confundida.

—Tu virginidad.

Entrecerré los ojos, molesta. Mi amiga nunca entendía lo importante que eso era para mí. Si seguía virgen era por una razón: quería que ese momento fuera con alguien especial, alguien con quien compartiría mi vida. Y con Dean aún tenía muchas dudas.

—Ojalá yo hubiera tenido mi primera vez en un restaurante de lujo con un hombre como Dean Clark. Si sigues dudando tanto, vas a terminar perdiendo esa oportunidad y dándosela a algún vago del barrio.

—¡Samantha!

—Solo te digo la verdad —respondió, encogiéndose de hombros.

—No sé si debería hacerlo... Mi mamá y mi abuela siempre me dijeron que debía casarme virgen, que tenía que ser especial... como dice la Biblia.

—Amiga, ¡despierta! No estamos en la Edad Media. Las mujeres no dependen más de eso. Hoy los hombres valoran otras cosas a la hora de elegir a una compañera. Y si esperas demasiado,

puede que te arrepientas de lo que no viviste. Yo prefiero lamentarme por lo que hice, no por lo que dejé pasar. Escúchame una vez en la vida: tirate a sus brazos y hazlo realidad. ¡Y mátame de envidia!

Reí, pero por dentro seguía dándole vueltas al asunto. Mi cuerpo deseaba a Dean, cada parte de mí reaccionaba a él, pero había algo dentro, una voz, que me pedía que frenara. Podía equivocarme si me dejaba llevar, pero también podía arrepentirme de no haber vivido ese momento.



Diecinueve

Entré a la biblioteca y vi a mi madre con un libro en las manos. Estaba tan concentrada en la lectura que casi no notó que me había acercado. Cuando me detuve junto al sofá, se sobresaltó.

—¡Hijo! ¿Todo bien? ¿Cómo estuvo la cena?

—Bien —respondí sin dar muchos detalles. No iba a contarle cómo había sido realmente mi noche. Al menos por ahora, no quería que supiera que mi interés por la chica que ella consideraba perfecta para mí era meramente físico. Y menos aún si pensaba pedirle un favor.

—¿Crees que Valeria aceptaría quedarse aquí el fin de semana?

—¿Aquí? —Frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Quiero llevar a Angel de viaje conmigo.

—Vaya, sí que estás interesado en ella. —Mi madre abrió una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo estoy. —Y eso no era mentira—. Imagino que Angel no querrá irse sabiendo que su madre está sola, pero confía en ti para que la cuides.

—Sí, puedo quedarme con mi amiga, pero Angel trabaja.

—Ya pensé en eso. Le pagaré al hospital para que otra persona cubra su turno.

Mi madre me observó unos segundos y luego asintió. Probablemente pensaba que su plan estaba funcionando. Y, en parte, así era: me había acercado a Angel.

—Mañana temprano paso a buscar a Valeria.

—Gracias.



El dinero hace todo más fácil. Conocía bien al dueño del hospital; era un médico que compraba autos en mi concesionaria con frecuencia. Gentilmente, me concedió la "licencia" de Angel por unos días a cambio de un buen descuento en su próxima compra. Sacarla del hospital por tres días costaba mucho menos que algunos miles de dólares.

Estaba en la recepción cuando la vi pasar, seguramente rumbo a la parada de autobús. La tomé del brazo para hacerla girar y la

atraje hacia mí. Sorprendida, me miró y trató de alejarse, pero no se lo permití.

—¿Qué estás haciendo? ¿Te volviste loco? ¡Estoy trabajando!

—Lo sé. Pero te voy a secuestrar unos días.

—¿Secuestrarme? —Abrió los ojos—. ¡No puedes! Tengo que trabajar, y está mi mamá...

—Tu mamá ya debe estar en mi casa a esta hora. Mi madre se ofreció a cuidarla, y además conseguí una licencia paga para ti.

—¿Cómo...? —Sus ojos seguían bien abiertos. Aún no asimilaba toda la información.

—Tengo mis recursos.

—No puedo simplemente salir así.

—Claro que puedes. Y lo vas a hacer. ¿No crees que te mereces un descanso, un poco de distracción?

—Sí que lo merece. Si no quiere ir, la cargas al hombro como una bolsa de papas y listo.

Me giré y vi a una mujer detrás de nosotros. Por cómo se miraron, supe que se conocían bien. No sabía su nombre, pero seguramente tendría que agradecerle por darle el empujón que Angel necesitaba.

—¿Mi madre aceptó ir a tu casa?

—No hay nada que Laura prometa que no cumpla.

—Necesito pasar por casa a buscar algunas cosas.

—Perfecto. Te llevo.

La otra chica le guiñó un ojo a Angel y se fue. ¿Habrían hablado ya sobre mí? Probablemente.

—Vamos —le dije, tomándola de la mano—. Te llevo para que tomes lo que necesites. No te olvides del traje de baño.

—¿Vamos a la playa?

—No necesariamente, pero estoy seguro de que te va a gustar.

—Okay. —Al fin aceptó. No iba a dejar que se me escapara esta vez.



Pasamos por su casa y su madre ya no estaba. Supuse que, dada la situación, Valeria era mucho menos orgullosa que su hija. No le vendría mal pasar unos días con mi madre mientras Angel disfrutaba el momento.

Al llegar a casa, encontramos a Valeria sentada con mi madre en la sala, tomando un té. Estaban conversando, pero se callaron al vernos entrar.

—¡Mamá! —Angel fue directo a abrazarla—. ¿Va a estar bien sin mí?

—Soy capaz de cuidar de mí misma —respondió con una sonrisa—. Además, me va a gustar pasar un tiempo con Laura. Tenemos mucho de qué hablar.

—¿Está segura? —Angel aún dudaba. ¿Estaría buscando una excusa para no ir? Yo cruzaba los dedos para que no.

—Sí, hija, tranquila. Anda, disfruta un poco. Te lo mereces.

—Okay. —Besó a su mamá en la cabeza—. Cualquier cosa, me llama y regreso.

—Puedes ir tranquila.

—Laura —Angel se giró hacia mi madre—, por favor no deje que se olvide de tomar su medicación.

—No te preocupes. —Mi madre le sonrió.

—¿Vamos? —Le sonreí, travieso, y esperé a que me tomara de la mano.



Veinte

Me acomodé la mochila sobre los hombros mientras dejaba que Dean me guiara hacia la parte trasera de la mansión, por un sendero entre los jardines. Todo aquello me parecía una completa locura. Viajar así, de improviso, dejar a mi madre al cuidado de Laura y ausentarme del hospital… era una insensatez. Por más que Dean me hubiera asegurado que no habría problema en tomarme unos días libres, tenía miedo de regresar y encontrarme sin trabajo. Y si bien con eso no tenía garantías, si decidía bajarme de esta locura y aparecer en mi próximo turno, estaba segura de que Samantha me golpearía o algo peor.

Lo seguí hasta lo que parecía un pequeño muelle. Caminamos por una pasarela de madera hasta llegar a un yate. No pude evitar soltar un: "¡Guau!". Era más grande que una casa. De tres pisos, el barco era blanco con detalles cromados brillantes.

—¿Vamos a viajar en esto?

—Sí. Solo tú y yo. Este es mi pequeño refugio.

—¿Pequeño?

—Comparado con el resto de la casa, sí.

—Visto así…

—Ven. —Me tomó de la muñeca y me ayudó a subir al yate.

Dean soltó las cuerdas que lo mantenían amarrado al muelle y subió conmigo. En la primera planta había una sala de estar con sillones, una mesa y una enorme televisión. Sobre la mesa, un hermoso ramo de rosas color té. Estaba claro que quería convertir esa flor en "nuestra flor".

Después de la sala, había una cocina y, más allá, un comedor con una mesa redonda y sillas. Me llevó por unas escaleras al segundo nivel. Allí había otra sala y varias puertas. Abrió una de ellas y me mostró un cuarto enorme, como los de un hotel de lujo, con una cama de esquinas redondeadas. La decoración, sencilla en blanco y madera, era elegante y sofisticada. Nunca imaginé que algún día estaría dentro de un yate, así que no sabía exactamente qué esperar.

—Deja la mochila aquí —dijo mientras me quitaba las correas suavemente y besaba mi cuello. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y me dejó en las nubes.

Dejó la mochila sobre la cama y me condujo al nivel superior, donde había un volante -más parecido al de un auto que al timón de un barco pirata-, un sillón junto al asiento del capitán, una mesa detrás, un jacuzzi y dos reposeras al frente.

Se sentó al mando y encendió el yate. Pronto, la mansión y la costa comenzaron a quedar atrás, y nos adentramos cada vez más en mar abierto. Fue ahí que me di cuenta de que no había vuelta atrás: estaba completamente a merced de Dean.

—¿Habías estado en un yate antes?

Negué con la cabeza, sentada en el sillón cercano.

—Es hermoso, ¿no?

—Sí, muy.

—Es otra de mis pasiones además de los autos.

Miré el mar y la isla *Star Island* alejarse. Pronto ya no podía ver su mansión, ni las demás, ni siquiera la costa de Miami Beach. Me invadió un poco el miedo al darme cuenta de lo que había aceptado: estaba sola con Dean en medio del océano Atlántico. No había excusas, ni salida, ni nadie más a la vista. Solo agua en todas las direcciones.

Dean detuvo el barco y se acercó a una pequeña heladera junto al jacuzzi. Sacó una botella de champagne y dos copas. Estaba tan absorta mirando cómo el sol de la mañana brillaba sobre el agua que el estallido del corcho me hizo dar un pequeño salto.

—¿Estás bien? —Me tomó la mano y acarició mi rostro.

Asentí con la cabeza.

—Qué bueno —dijo, y me dio un suave beso.

Observé el reflejo del sol en sus ojos azules, la forma en que me miraba al entregarme la copa… Samantha tenía razón. Tenía que dejarme llevar. Era el tipo de sueño que toda mujer quería vivir.

Bebí un sorbo de champagne, sintiendo las burbujas estallar en mi paladar. En ese momento, sin palabras, solo mirándonos, todo se volvió increíblemente intenso.

Dean bebió un poco más, dejó su copa sobre la mesa, tomó la mía y la colocó a su lado. Luego me atrajo hacia su regazo. Sentada de frente a él, acomodó mis caderas con ambas manos.

—Eres tan hermosa, mi ángel —me dijo con una voz ronca y sensual, mirándome como si pudiera ver mi alma a través de mis pupilas.

Apreté sus hombros con mis dedos sudorosos. Fui yo quien buscó sus labios, deseándolos más que nada. No recordaba nada tan delicioso como su boca. Dean rodeó mi cintura con fuerza, intensificando el beso. Su lengua buscaba la mía con una ansiedad salvaje, desnudando mi vulnerabilidad. No retrocedí cuando sentí que algo crecía dentro de su bermuda debajo mío. Dejé que sus manos se deslizaran bajo mi camiseta, y cuando sus dedos tocaron mi sostén, solo pude gemir contra sus labios. La lujuria me sacudió de tal forma que me asustó tanto como me encantó. Dean levantó mi blusa y yo alcé los brazos para dejársela quitar. Al permitirlo, sabía que le estaba dando vía libre para ir mucho más allá.

—Dean… —susurré cuando su barba y sus dientes rasparon mi cuello.

—Sí —respondió sin mirarme, con la boca aún en mi piel, erizándome.

—¿Podemos ir al cuarto? Nunca… nunca hice esto antes.

Al fin levantó la cabeza y me miró.

—¿Eres virgen? —Su mirada era una mezcla de incredulidad y sorpresa.

—Sí. —Me encogí, sin saber qué significaba eso para él.

—Está bien. Vamos al cuarto. —Me alzó en brazos y bajó conmigo por la pequeña escalera hasta el piso inferior.

Entramos en la habitación y, tal vez por costumbre, cerró la puerta.

Me acomodé sobre los cojines y él se colocó encima de mí. El calor de su cuerpo me envolvió y su peso me hundió contra el colchón. Intenté no pensar que estaba dejando atrás mis convicciones por ese momento con él. Siempre quise que mi primera vez fuera especial, y sin duda lo sería en los brazos de Dean Clark. Era el hombre soñado por cualquier mujer, estábamos solos en un yate, no podía haber un escenario más perfecto que ese.

Era imposible evitar que mi corazón se desbocara, latiendo con pequeños sobresaltos en mi pecho. Cuanto más me entregaba al momento, más perdía el control de mis sensaciones y de mis instintos. Dean volvió a besarme y una neblina cálida disipó mis preocupaciones. Me entregué a lo que estaba sintiendo de la forma más natural posible.

Con la lengua cálida y húmeda recorriendo mi cuello, deslizó las manos por mi espalda y desabrochó el sostén, que no tardó en caer al suelo. Mi primer impulso fue cubrirme los senos, pero él sujetó mis muñecas y las sostuvo contra el colchón antes de atrapar uno de mis pezones con los labios. Mi corazón latía tan fuerte que parecía querer salir del pecho, y sentí que, de algún modo, me estaba llevando a otro mundo, a uno completamente nuevo para mí. La forma enérgica con que succionaba mi pecho me hizo gemir sin control. Soltó mi muñeca derecha para acariciar el seno libre con una mano.

Luego me soltó por completo y fue bajando lentamente por mi cuerpo. Donde su boca tocaba, sentía escalofríos y un calor

creciente. Se detuvo a la altura de mi vientre y sujetó los bordes de mi pantalón, listo para quitármelo.

—Dean... —dudé.

—Solo dime que sí.

Era imposible negarme ante esa voz, ante ese rostro tan lleno de deseo.

—Solo… sé delicado.

—Lo seré —respondió con suavidad, y bajó el cierre de mi pantalón, deslizándolo junto con mi ropa interior, dejándome completamente desnuda ante sus ojos.

Nunca antes me había desnudado frente a un hombre, pero cualquier atisbo de vergüenza fue superado por un deseo intenso. Quería entregarme a Dean.

Separó mis piernas y se acomodó entre ellas. Sopló suavemente sobre mi sexo y todo mi cuerpo se estremeció. La punta de su lengua me rozó y quedé inmóvil, esperando el siguiente movimiento.

Con la misma suavidad con la que había besado mi pecho, envolvió mi clítoris con los labios y mordí mi mano para no gritar de placer. Era incluso mejor que cuando me había tocado con los dedos. Dean sabía perfectamente lo que hacía, mientras yo apenas estaba descubriendo ese universo. Estaba completamente a su merced. Con cada caricia de su lengua, con cada movimiento, me rendía un poco más. Era real, era tangible, era él, explorándome con la boca, y yo deseaba que fuera el único que lo hiciera.

Me retorcí sobre los cojines cuando sentí que me penetraba con un dedo. Esperaba dolor, pero en cambio sus movimientos

acompañaban el ritmo de su lengua, acariciando, jugando, y solo sentía un placer hipnótico. Añadió otro dedo y clavé las uñas en los cojines al sentir una punzada más intensa. Él no se detuvo. Las caricias, la presión, y sin darme cuenta, fui abriendo más las piernas, dándole total acceso a mi cuerpo.

Una deliciosa tensión crecía en mi vientre, pulsando entre mis piernas mientras él seguía su danza audaz sobre mi clítoris. Sus dedos se movían con más firmeza, preparándome para algo más grande, más profundo. La tensión estalló dentro de mí y mi gemido se perdió en el aire. Todo mi cuerpo se contrajo, aprisionando sus dedos dentro de mí, y la sensación fue como una montaña rusa: te sacude, te paraliza, te deja sin aire y te lanza al vacío. Fue increíblemente adictivo.

Dean llevó sus dedos a mi boca y saboreé mi propio sexo mientras mi cuerpo aún se arqueaba, sacudido por espasmos eléctricos.

Se apartó para quitarse la camisa y el resto de la ropa. Quedó gloriosamente desnudo frente a mí. No era de decir groserías, pero, mierda, qué hombre tan hermoso. Aún temblando, lo vi volver a colocarse entre mis piernas. Entonces me asaltó una duda: ¿y si mi cuerpo no le gustaba? Me encogí un poco.

—Espera... —Apoyé las manos en su pecho, intentando recuperar el aliento. Traté de moverme a un lado, pero él me sujetó de las caderas, sin dejarme ir. El temor seguía ahí, pero el deseo lo superaba.

Se inclinó sobre mí, y un escalofrío me recorrió cuando su erección rozó la entrada de mi sexo. Todo mi cuerpo reaccionó con espasmos, con una urgencia incontrolable por seguir frotándome contra él.

—Dime que sí —murmuró, posicionando su miembro en mi abertura, listo para entrar.

—Sí —susurré, sin apartar los ojos de los suyos. Dean empujó con suavidad, dándome una muestra de lo que vendría. Sentí dolor, una lágrima rodó por mi mejilla y todo mi cuerpo tembló.

—Dímelo otra vez.

—Sí… sí… sí.

Con él dominando por completo mi cuerpo, sentí cómo mis músculos cedían lentamente, dejándolo entrar. La punzada se hizo más aguda y mordí mi brazo cuando rompió mi virginidad. Dean se hundió en mí por completo, y supe que ese momento cambiaría mi vida para siempre. Una parte de mí siempre le pertenecería a él.

Comenzó a moverse lentamente, grabando su cuerpo y ese acto en mi memoria. Lo rodeé con los brazos, atrayéndolo hacia mí. Lo quería lo más cerca posible.

El dolor se fue disipando y empecé a mover mis caderas a su ritmo, convirtiéndonos, aunque fuera por unos minutos, en uno solo. Gemía, gritaba, sintiéndolo cada vez más profundo dentro de mí. No quería que se alejara nunca.

Dean soltó mi cintura y sujetó mis muñecas, presionándolas contra la cama sobre mi cabeza mientras seguía moviéndose encima de mí. Sus ojos azules, tan intensos, eran un mar donde deseaba perderme.

Un gemido escapó de sus labios, y apretó mis muñecas con más fuerza. Se quedó prácticamente inmóvil y sentí algo caliente derramarse dentro de mí.

Cuando recuperó el aliento, rodó a mi lado, liberándome de su peso.



Veintiuno

Debería estar furioso conmigo mismo por ni siquiera haberme acordado de usar preservativo. Ese no era un error que solía cometer con otras mujeres, pero tengo que admitir que eyacular dentro de ella, sentir su calor, su textura, la manera en que me apretaba, fue increíble.

Cuando recuperé el aliento tras el orgasmo, me di cuenta de que había sangre. En mi miembro y en las sábanas. No era mucho, nada alarmante, pero sí lo suficiente para dejarme claro lo que había pasado. Angel era virgen. Yo acababa de seducirla y quitarle la virginidad a una mujer once años menor que yo. Me quedé impactado. Hasta ese momento no había terminado de creer lo que ella y los demás me habían dicho. Tal vez mi teoría de que nadie llega virgen a los dieciocho estaba equivocada.

Angel ya no era virgen porque yo le había quitado eso. Era la primera vez que estaba con alguien así, y un instinto de

preocupación se apoderó de mí. Tomé un pañuelo de la mesita de noche y comencé a limpiarla con cuidado, notando el rastro de sangre mezclado con fluidos.

—¿Cómo te sientes? —Le acaricié la mejilla.

—Un poco dolorida, pero supongo que se pasará, ¿no?

—Sí, claro. —No estaba del todo seguro, pero quería tranquilizarla—. ¿Crees que puedes levantarte?

—Creo que sí. —Tomó mi mano y dejó que la ayudara a ponerse de pie.

—Vamos a ducharnos. Necesito cambiar esas sábanas.

—¿Las ensuciamos? —Su rostro se tiñó de rojo.

—Hay un poco de sangre.

—Perdón…

—No te preocupes. —Le guiñé un ojo y la llevé conmigo al baño.

Abrí la ducha y dejé que el agua cayera sobre nosotros, como si pudiera lavar cualquier rastro de culpa. Tomé un poco de jabón y la ayudé a asearse. Por más que una parte de mí se sintiera extraña con todo eso, no podía dejar de tocarla.

—Tengo hambre. —Sonrió, apoyándose contra el vidrio del box.

—Le pedí a la tripulación que abasteciera el yate, así que seguro hay cosas en la cocina —le dije mientras abría la puerta y sacaba unas toallas limpias. Le pasé una y tomé otra para mí.

Salí primero del baño, secándome, y ella me siguió.

La sorpresa inicial pronto se transformó en una especie de orgullo al verla todavía desnuda. Angel tenía un cuerpo naturalmente hermoso: pechos medianos, cintura delgada, muslos gruesos y una cadera que me provocaba ganas constantes de abrazarla. Me gustaba saber que yo había sido el primero en tocarla. El primero en transformarla de chica a mujer. Y aunque en el fondo sabía que mi madre había tenido razón, sentía que no había perdido nada. Al contrario.

Volvimos a la habitación y ella se puso un vestido, mientras que yo solo me puse una bermuda. A pesar de estar en alta mar, el calor de Florida seguía siendo sofocante.

—Hay ingredientes para hacer tacos —dijo después de revisar los armarios y la nevera—. ¿Puedo preparar algo?

—Claro. Yo mientras voy picando algunos fiambres como entrada, porque tengo muchísima hambre.

—Está bien —respondió mirándome con una sonrisa. Noté que había algo distinto en su manera de mirarme, como si algo dentro de ella hubiera cambiado, aunque no podía identificar qué.

Abrí una botella de vino tinto y serví dos copas para acompañar unos aperitivos. Me senté en una mesa en la esquina, observándola cocinar. A diferencia de mí, Angel se movía con soltura en la cocina. Yo crecí acostumbrado a que me dieran todo en la mano, pero con ella era evidente que la vida había sido diferente.

Mientras giraba la copa entre los dedos, me dejé llevar por el aroma que inundaba el ambiente. Había pensado que, durante ese fin de semana aislados en el yate, terminaríamos comiendo porquerías congeladas como solía pasar con otras mujeres. Pero Angel estaba siendo una grata y cálida sorpresa.



Veintidós

—Espero que te guste —le dije mientras colocaba los tacos y el relleno en la mesa frente a él antes de sentarme en la silla vacía.

—Con solo olerlos ya puedo apostar que sí.

Sentí cómo se me sonrojaban las mejillas por la manera en que me miraba. Dean era ese tipo de hombre que no titubeaba. Observaba todo, a mí y al mundo, con una seguridad desarmante, como si no le temiera a nada.

Probé un poco del vino antes de servirme. Estaba rico, pero no sabía si iba a estar a la altura de su paladar refinado. Contuve la respiración cuando dio el primer bocado.

—Está delicioso —dijo con una gran sonrisa, lo que me hizo soltar el aire en un suspiro de alivio.

—Gracias.

Todavía me costaba creer que estaba sola con Dean Clark en medio del océano. Un hombre mayor, guapísimo y seductor, ahí, solo para mí, sin distracciones. Ni en mis sueños más ambiciosos me habría imaginado algo tan romántico. La única sombra era el miedo a despertar y descubrir que todo había sido solo una fantasía.

—Ven. —Me tomó de la mano apenas terminamos de comer.

Me pidió que me pusiera el bikini y me llevó nuevamente al piso superior del yate, donde encendió el hidromasaje.

—Creo que deberíamos ponernos bloqueador solar.

Eran poco más de las dos de la tarde y el sol caía directo sobre nosotros.

—Tienes razón. Creo que hay un poco allí, en ese armario —dijo mientras iba a buscarlo y luego volvió con un pomo—. Siéntate. —Me pidió, llevándome de la mano hasta una reposera.

Me apartó el cabello y comenzó a aplicarme el protector en la espalda, hombros y pecho, con toda naturalidad. Él parecía mucho más cómodo que yo con ese nivel de contacto. No pude evitar preguntarme cuántas mujeres habrían pasado por ese mismo momento, pero traté de alejar esos pensamientos. No quería arruinar lo que estaba viviendo.

—¿Quieres ponerme a mí?

Asentí y tomé el pomo de sus manos.

Dean tenía la espalda ancha y el abdomen marcado, pero la piel clara. Quizás no tomaba tanto sol como la mayoría de la gente en Miami.

—Listo. —Le devolví el protector, y él lo dejó sobre la reposera antes de cargarme en brazos y llevarme a la bañera, que ya estaba llena.

Suspiré al sentir el agua tibia rodear mi cuerpo. Dean se sentó primero y me acomodó sobre su regazo, frente a él. Apoyé mis manos sobre sus hombros mientras él rodeaba mi cintura. Me perdí en sus ojos azules, tan intensos como el mar que nos rodeaba.

Pensé que quizás tenía razón cuando dijo que Dios, impresionado con su creación, decidió hacer dos. Los hermanos Clark poseían una belleza que los distinguía de cualquier otro hombre.

Me agarró el mentón con los dedos húmedos y me acercó a sus labios. Me entregué al beso, buscando su lengua. Nuestras caricias empezaron suavemente, casi como un reconocimiento, pero enseguida noté que me estaba recorriendo con las manos, desde los pechos hasta el trasero. Me desató el lazo que me sujetaba el bikini al cuello y lo hizo caer hacia delante, dejando mis pechos al descubierto. Bajé la cara avergonzada y la escondí en el hombro de Dean, pero él me los agarró con las manos y no pude evitar su mirada. No había miedo en él al verme así. Me mordisqueó el pezón endurecido y toda mi vergüenza dio paso al deseo. La zona entre mis piernas que rozaba su rígido miembro palpitaba demencialmente. Por mucho que hubiera sentido dolor durante la primera penetración, eso no era excusa suficiente para dejar marchar a aquel hombre.

Le tiré del pelo y le hice levantar la cabeza, acercando de nuevo sus labios a los míos. Disfrutando del dulce sabor de sus labios, Dean metió las manos en el agua y deshizo las ataduras que

me sujetaban la braguita del bikini al cuerpo. Pronto las prendas mojadas descansaban en el borde del hidromasaje. Podía sentir las burbujas del agua haciéndome cosquillas en el cuerpo, tan sensible al ser estimulado por las suyas.

Me mordí el labio cuando Dean me quitó el tanga y me metió su miembro de repente. Dejé escapar un pequeño grito ante el ligero dolor que me produjo la inesperada penetración, pero a diferencia de la primera vez, el dolor pasó pronto y lo único que sentí fue la deliciosa sensación de tenerlo dentro de mí. Mantuve las manos sobre sus hombros y Dean me sujetó por la cintura, haciendo que me moviera en el agua.

Fue bueno... muy bueno... No quería que esa magia terminara. Era como si mi cuerpo hubiera nacido para amoldarse al suyo. Perdida en el placer que Dean me estaba dando, no quería o no podía pensar en otra cosa que no fuera él. Le había entregado mi virginidad, mi cuerpo y mi alma.

Dean me mordisqueó la oreja y deslizó la boca por mi cuello, provocándome un escalofrío. Eché la cabeza hacia atrás y gemí, estremeciéndome. Mi propio cuerpo empezó a moverse con más fuerza contra el suyo, quería intensificar aquella fricción que me estaba llevando al cielo sin sacarme de mi asiento.

Me levantó de su regazo y no lo entendí hasta que me acomodó en el borde de la bañera y se colocó detrás de mí, penetrándome de nuevo. Gemí y me mordí los labios conmocionada cuando su pelvis se estrelló contra mis nalgas. Sentí cómo su cuerpo se fundía con el mío.

Mis gemidos se hicieron más fuertes, al igual que la deliciosa tensión que crecía en mi vientre. Pronto me fundí en gemidos y me di cuenta de que había alcanzado mi punto álgido. Mi cuerpo ya se había acostumbrado al de Dean. Tuve la impresión de que pronto dejaría de sentir dolor cuando volviéramos a practicar sexo.



—Cuando era niña, solía mirar las estrellas y darles nombres —le conté, con la mirada perdida en el cielo.

La noche había caído sin que me diera cuenta, y ahora estábamos tendidos bajo un cielo estrellado.

—¿Nombres a las estrellas? —Frunció el ceño.

—Sí. ¿Tú qué hacías de niño?

—Muchas cosas, pero ciertamente eso.no.

—Entonces tu infancia no fue tan divertida —le dije, dándole un golpecito juguetón en la frente para borrar la arruga que se le había formado.

—Te aseguro que lo fue. Pero si para ti es tan importante, podemos hacerlo ahora —dijo, besándome en la cabeza.

—Esa. —Señalé.

—¿Te gusta esa?

Asentí.

—Es la estrella más brillante del cielo.

—Entonces, ¿qué te parece si la llamamos Angel?

—¿Por qué le pondríamos mi nombre a una estrella?

—Porque brillas tanto como ella.

Apenas esbocé una sonrisa sin saber cómo reaccionar. Dean tenía esa forma natural de dejarme sin palabras.

—Estrella Angel —dijo, acomodándose en la reposera con un brazo detrás de la cabeza y el otro rodeando mis hombros.

Sabía que, cada vez que mirara al cielo y viera esa estrella, recordaría a Dean y ese momento que estábamos compartiendo. Aunque extrañaba a mi mamá, no quería salir de ahí ni volver a la realidad, ni a los problemas que ella traía consigo.

—Ahora cuéntame un poco sobre tu infancia —le pedí, recostada sobre su pecho, con la mirada fija en sus profundos ojos azules.

—¿Qué querés saber de mi infancia? —Acarició mi mejilla—. Ya conoces bastante bien a mi mamá.

—A ella sí, pero de vos sé poco.

—Como ya sabes, tengo un hermano gemelo. Dylan y yo hacíamos todas esas cosas típicas de gemelos: nos intercambiábamos los lugares y tratábamos de engañar a todo el mundo. La mayoría caía, incluso nuestro padre a veces. A las únicas que nunca logramos engañar, sin importar lo que hiciéramos, fueron mi madre y Daphne. Siempre fueron muy observadoras.

—¿Qué pasó con tu papá? —Mordí mis labios al instante, temiendo haber metido la pata al tocar un tema tan delicado. Nunca me había atrevido a preguntárselo a Laura, pero en medio de aquella charla tan relajada con su hijo, la pregunta simplemente se me escapó.

—Tuvo un infarto hace dos años. Ni siquiera había cumplido setenta. Pero como fue fulminante, los médicos no pudieron hacer nada. Cuando llegamos al hospital, prácticamente ya había fallecido.

Fue un shock para todos nosotros, especialmente para mi mamá. No estaba preparada para perderlo.

—Imagino que el amor entre ellos fue muy fuerte.

—Por lo que me he dado cuenta a lo largo de la vida, sí, lo fue.

Lo que Laura y Harrison habían tenido parecía haber sido algo único, y no pude evitar preguntarme si eso mismo era lo que yo estaba viviendo con Dean. En sus brazos, escuchando su corazón latir, deseé que ese momento se congelara, que pudiera vivirlo para siempre. No necesitaba nada más que a Dean, a mí y ese cielo estrellado.

—Vamos a la cama —dijo mientras se levantaba de la reposera.

—¿No podemos quedarnos aquí? —protesté haciendo un puchero. No quería que ese momento terminara.

—Acá es duro e incómodo. Mañana vamos a amanecer con tortícolis —dijo mientras me tomaba en brazos, con una mano bajo mis rodillas y la otra en mi espalda—. Vamos a la cama —repitió, y me dio un beso dulce en los labios. En ese instante supe bien adónde me estaba llevando: a mi pequeño paraíso.



Veintitrés

Me desperté con el canto de los pájaros que sobrevolaban el yate desde la costa y con la luz del sol filtrándose por la ventana. Estaba boca abajo, sin ropa, y aunque había bebido bastante vino, no lo suficiente como para olvidar la agradable noche que había pasado con Angel, tanto dentro como fuera de esa cama. Aunque hasta ese viaje ella nunca hubiera estado con nadie, se había entregado con naturalidad a mis caricias. No había rechazado mi cercanía en ningún momento, y compartimos instantes verdaderamente intensos.

Me puse una bata que estaba colgada en el armario y salí del cuarto, guiado por el aroma a huevos con bacon. La encontré con un vestido floreado, preparando el desayuno.

—¿Hice mucho ruido? —Me sonrió.

Negué con la cabeza.

—Me despertó el sol. —Me acerqué por detrás y la abracé, notando cómo se relajaba en mis brazos—. ¿Qué te parece si hoy nos metemos al mar?

—¿Al mar? —Su expresión cambió de alegre a un poco temerosa.

—¿No sabes nadar? —La giré suavemente para mirarla, sin soltar su cintura. Ella apagó el fuego y me enfrentó.

—Sé, pero me da miedo.

—No te preocupes, yo te cuido. —Le di un beso en el cuello y luego la besé en los labios, suave, antes de separarme.

—Está bien. —Sonrió, acariciando mi rostro.

—¿Qué preparaste?

—Waffles salados con bacon y queso.

—Así me vas a malacostumbrar.

—Como si no lo estuvieras ya.

—Tienes razón. —Me reí—. Pero la verdad es que no suelo ser exigente cuando estoy en medio del océano acompañado solo por una mujer.

Ella tragó saliva. Noté que algo de lo que dije quizá no le había caído bien, pero decidí no profundizar. Tal vez solo fue una impresión mía.

—Me defiendo bien en la cocina. —Se encogió de hombros, salió de mis brazos, tomó los waffles de la mesada y me ofreció uno.

—Ya lo noté. —Fui hacia la mesa y ella se sentó conmigo.

Comimos en silencio, cruzando miradas. Debo admitir que la compañía de Angel era agradable, no solo por lo físico. Hablar con ella me resultaba refrescante. Su manera de ver la vida era sencilla, le daba importancia a cosas que muchas veces yo ni siquiera notaba, como las estrellas.

Terminamos de comer y subimos a la parte alta del yate. Angel no me dejó tirarme al agua de inmediato; me dijo que debía esperar a hacer la digestión. Nunca había tomado eso muy en serio, pero su mirada fue suficiente para convencerme.

Nos acostamos en reposeras diferentes. Yo me puse los lentes de sol, ya que la mañana estaba muy calurosa.

—Recuerdo que mi mamá mencionó que quería ser médica —dije, intentando conocerla más.

—Algún día lo voy a lograr. —Me sorprendió la seguridad en su mirada. A su edad, yo no tenía tan claro lo que quería.

—Me gusta tu convicción.

—Puede parecer imposible para alguien como yo, pero depende solo de mí y de cuánto me esfuerce.

—En eso tienes razón —le respondí, aunque yo nunca había tenido que esforzarme de esa forma.

Nací en una familia rica. Mi padre ya era un hombre con mucho dinero. Lo único que hice al heredar la *Golden Motors* fue administrarla y aumentar la fortuna. Cualquier obstáculo que se cruzaba en mi camino, lo resolvía con dinero.

—¿Y eso qué es? —preguntó, acariciando una marca casi imperceptible cerca de mi cintura, justo por encima del borde del short.

—La tengo desde hace unos veinte años. Ya casi ni se nota, y la mayoría del tiempo ni me acuerdo de que está ahí. —Seguí con la vista fija en sus dedos, que repasaban una y otra vez la forma de mi cicatriz.

—¿Pero qué fue?

—Estaba jugando con Dylan, me caí en el borde de la piscina y me corté. Tendría unos doce o trece años. Me dieron un par de puntos y terminé con esta cicatriz. Antes era mucho más visible.

—Parece que tú y Dylan son muy unidos.

—Sé que suena raro decir esto —reí antes de terminar la frase —, pero mi hermano es como una extensión de mí. Es como si fuéramos siameses.

Ella se rió.

—Espero verlos juntos más seguido.

—Quién sabe. —Le guiñé un ojo—. Pero ahora sí, vamos al agua. —La tomé de la mano y me quité la bata quedando desnudo.

Fui hasta el borde del yate y salté al mar como si se tratara de un trampolín.

—¡Dean! —Cuando Ángel gritó, mi cuerpo ya había caído al agua. Me di cuenta de que me buscaba desde arriba y contuve la respiración para permanecer sumergido más tiempo—. Dean, ¿dónde estás? —Una verdadera desesperación apareció en sus ojos marrones—. ¡Dean!

Emergí aspirando el aire con fuerza en los pulmones antes de empezar a reír y pasarme las manos por el pelo, echándomelo hacia atrás.

—¿Querías matarme de un infarto?

—Cálmate, Ángel, no iba a ahogarme así. —Tiré agua en su dirección—. Ahora es tu turno, ¡salta!

—Tengo miedo. —Se encogió.

—Confía en mí, no dejaré que te ahogues.

—No confío en que sepas cuidar de ti mismo. —Se cruzó de brazos y yo apreté los dientes.

—¡Vamos! —Le eché más agua.

Se asustó, miró al mar una docena de veces antes de quitarse el vestido y saltar al agua solo en bikini. Me alejé de la zona donde caería para no sufrir el impacto. En cuanto se zambulló, la agarré y la saqué del agua, abrazándola.

—Ves, ni siquiera era tan difícil.

—Me hiciste preocupar. —Me puso ambas manos sobre los hombros.

—Te dije que todo iría bien y así es, ¿verdad?

Asintió y la besé.

Nos alejamos y nos quedamos nadando uno junto al otro. Observé cómo sus cabellos se extendían en el agua como un velo y giraban de un lado a otro en función de los movimientos de su cabeza. Mojados, eran aún más negros y brillaban como una piedra preciosa.

Intenté agarrarla, pero me esquivó. Éramos como el perro y el gato hasta que conseguí atraparla por la cintura y apretarla con fuerza contra mi pecho.

—Nunca volverás a escaparte de mí.

—¿Quién dice que quiero escaparme? —Me pasó la mano por la nuca y me envolvió en un beso.

Mientras intercambiábamos caricias, la empujé hacia el yate para que pudiéramos volver a subir. Subimos a popa con el agua salada cayendo sobre nuestros cuerpos y la tumbé en la cubierta. Me tumbé sobre ella y mordisqueé sus labios antes de deslizar mi lengua en su boca. Prácticamente solo habíamos practicado sexo desde que subimos al yate, pero no podía apartar mis manos y mi cuerpo de los suyos. Estaba seguro de que Angel nunca olvidaría que yo había sido el primer hombre de su vida.

Le desabroché la parte de arriba del bikini y la dejé en el suelo antes de morderle el pezón erecto. Estaba salado, con sabor a agua de mar, pero no por ello menos sabroso. Angel estaba deliciosa y yo estaba lejos de perder las ganas de comérmela. Mordí su pezón y ella chilló, poniendo los ojos en blanco.

Mi verga palpitaba y me moría de ganas de tener esa boca ingenua y virginal en ella. Estaba decidido a ser el primero de Angel en todos los sentidos. La arrastré conmigo hasta un sofá y la sujeté por el pelo, haciendo que se arrodillara entre mis piernas.

—¿Qué haces? —Me miró fijamente sin comprender el motivo de mi reacción un tanto grosera.

—Quiero tu boca en mi verga. ¡Chúpamela!

Angel se puso roja de pies a cabeza, lo que no hizo más que confirmarme que nunca antes lo había hecho. Darme cuenta de esto me puso aún más cachondo. Realmente quería esos labios carnosos recorriéndome.

—¿Cómo lo hago?

—Así. —Tomé sus manos y las puse alrededor de mi miembro —. Puedes empezar lamiéndome y una vez que lo tengas en la boca, chúpalo como si fuera un chupetín.

Vi miedo e inseguridad en sus ojos, pero no se echó atrás. Inclinó la cabeza lentamente y me tocó el glande con la punta de la lengua, como quien prueba una sopa por miedo a quemarse. Nunca había estado con una mujer tan inexperta e ingenua. La ansiedad me estaba volviendo loco.

—¿Así? —Pasó su lengua caliente y húmeda por toda mi verga. Me estremecí.

—Sí. —Le acaricié el pelo, deslizando los dedos, animándola a continuar. Había recibido muchas chupadas en mi vida, pero la inexperiencia de Ángel hacía que ésta fuera especial.

Se la metió toda en la boca y yo puse los ojos en blanco en un estupor de sensaciones. Poco a poco fue abandonando su pudor y aumentando la presión y el ritmo. Cuando me di cuenta de que iba a hacerme acabar, la tiré del pelo y la obligué a parar.

—¿He hecho algo mal? —Me miró confusa.

—No... Es exactamente así, pero si sigo, acabaré en tu boca y no quiero parar ahora. Vas a ser toda mía, Ángel.

—¿Toda? —Se estremeció y comprendí que esta vez quería algo diferente de nuestro sexo.

—Voy a tomar tu virginidad por completo.

—¿Pero no lo has hecho ya? —Volvió a ponerse muy roja.

Ante toda su inocencia, el cazador que llevaba dentro se volvió aún más voraz. La hice levantarse y acercarse al sofá. Me subí

encima de ella y besé sus labios, lamí su cuello salado y pasé mis dientes por su vientre hasta su entrepierna. Angel gemía y se retorcía a cada estímulo mío. Era inexperta y estaba completamente a merced de mis deseos y órdenes.

Lamí su clítoris y ella gimió con fuerza, arqueando el cuerpo. Moví mi lengua a lo largo de la cresta que contenía su placer e introduje un dedo en su interior, siguiéndola un segundo al ver que se acomodaba sin incomodidad. Chupando y lamiendo la piel que se le ponía de gallina, supe que no me resultaría difícil hacerla acabar, y sus gemidos no tardaron en indicarme que había alcanzado su punto álgido. Sonreí astutamente al verla estremecerse en el sofá.

Mi conejita estaba preparada para lo que pensaba hacerle. Llevé mis dedos a su boca y la obligué a chuparlos. Dejándolos muy húmedos.

—Tienes un culo precioso, Angel. —La puse boca abajo y le apreté las nalgas.

—Vas a... —Se estremeció y se mordió los labios al darse cuenta de lo que estaba a punto de hacer.

—Sí, lo haré. Mientras estés aquí conmigo, eres toda mía. Completamente mía.

—Dean... —gimió mi nombre mientras separaba sus nalgas y deslizaba uno de mis dedos dentro.

Ángel se retorcía en el sofá, pero yo la mantenía quieta sujetándole la cintura con la otra mano. Los condones se me pasaron por la cabeza por un momento, pero estaba disfrutando de estar piel con piel. Angel nunca había estado con otro hombre, no me contagiaría ninguna enfermedad. Metí otro dedo y ella estiró su cuerpo.

—¿Te dolió? —Estaba un poco preocupado. No tenía intención de contener mis deseos, pero en ese momento también necesitaba ser bueno con ella.

Ángel movió la cabeza negativamente, mordiéndose el brazo.

Me coloqué entre sus piernas y saqué los dedos, sujeté mi pene y penetré en su sexo aún húmedo por el orgasmo y utilicé su propia humedad para lubricarme antes de penetrar en aquel culo redondo. *Eres mía, Angel, toda mía.*

Me moví con cuidado hasta que se acostumbró a mi presencia allí. Estaba inmensamente apretada, incluso más que cuando le rompí el himen. Iba a tener que contenerme mucho para permanecer en ella más de unos minutos. La presión era demasiado intensa.

La sujeté por la cintura y la hice ponerse en cuatro patas delante de mí, facilitando mis movimientos, y renuncié a contenerme. Mis ganas de acabar eran locas y estaba sudando. Di dos empujones más, deleitándome con la visión de su culo vibrando contra mis caderas, y acabé eyaculando dentro de ella.

Le besé el cuello y le pasé la lengua por la espalda, aún salada, antes de bajarme de ella y subirla a mi regazo.

—¿Nos bañamos?

Ella asintió, escondiendo la cara en mi pecho, completamente avergonzada.

—¿Va todo bien?

—Sí, un poco desconcertada.

—No tienes porqué avergonzarte. —Le acaricié la mejilla y le di un beso—. Ahora te limpio.

La tomé en brazos y la llevé al baño, abriendo la ducha para los dos. Angel me rodeó con los brazos y apoyó la oreja en mi pecho. Yo rodeé su cintura con mis brazos y nos abrazamos mientras el agua caía sobre nosotros.



Veinticuatro

Cuando Dean dijo que necesitábamos volver a casa, me di cuenta de que mi sueño estaba llegando a su fin. Por más que supiera que eso no duraría para siempre, me dejé llevar por el momento y viví algo que jamás imaginé experimentar. Dean Clark era todo lo que quería, sin haber sabido que lo quería. No estaba pensando en tener un hombre en mi vida, ya tenía demasiados problemas, pero tal vez él era mi solución.

Atracó el yate en el muelle detrás de la mansión de los Clark y fue el primero en bajar, extendiendo la mano para que lo siguiera.

—Gracias —Sonreí al pisar la pasarela de madera que llevaba a tierra firme. Después de todo lo que habíamos vivido en ese yate, aún no podía evitar la vergüenza. Había guardado mi cuerpo durante tanto tiempo, solo para entregárselo por completo a ese hombre.

Acomodé mi mochila sobre los hombros mientras caminábamos de regreso a su casa. No podía apartar los ojos de Dean; tenía miedo de que, si parpadeaba, desapareciera. Tal vez era un miedo tonto.

Apenas crucé la puerta, vi a mi madre conversando con Laura y corrí a abrazarla. Verla allí me hizo recordar todo lo que había dejado de lado para vivir esos días de pura lujuria con Dean.

—¡Mamá!

—¡Angel, por fin volviste! —Me envolvió entre sus brazos y acarició mi rostro como si quisiera asegurarse de que realmente era yo.

Asentí, y ella sonrió.

—¿Cómo estás, hija?

—Muy bien. ¿Y usted?

—También estoy bien, pero con muchas ganas de volver a casa. No importaba lo que dijera, Laura no me dejaba irme. Por poco reconsidero nuestra amistad. —Hizo un puchero, y yo reí.

—Laura hizo muy bien. Gracias. —Le sonreí a la madre de Dean, que me devolvió la sonrisa.

—Tu mamá estuvo muy bien cuidada mientras estuvo conmigo.

—Estoy segura de eso. Se lo agradezco mucho. —Acaricié el hombro de mi madre.

—¿Dean te cuidó bien?

—Muy bien. —Él me guiñó un ojo de forma traviesa y me puse roja como un tomate.

—Me alegra. —Laura no ocultó su sonrisa. Era evidente que aprobaba cualquier relación entre Dean y yo.

—¿Nos vamos a casa? —Mi madre tiró suavemente de mi brazo.

—Sí, vamos.

—Mamá, ¿puedes pedirle a George que las lleve? Estoy algo cansado —Le dijo Dean a Laura.

Ella lo miró, frunciendo el ceño, sin entender del todo su actitud, pero terminó asintiendo.

—Voy a hablar con él.

—Perfecto. Hasta pronto, Angel. —Me sonrió antes de darse la vuelta y subir las escaleras.

Sentí un frío raro con esa actitud suya, que me erizó la piel. Fue como si toda la conexión que habíamos creado en el yate se hubiera desvanecido. Intenté convencerme de que era solo una impresión y que, en realidad, estaba muy cansado. Después de todo, habíamos pasado más tiempo haciendo el amor que durmiendo, y yo también estaba exhausta.

—Voy a llamar a George para que las lleve —dijo Laura, y me dejó sola con mi madre.

—Tú y ese muchacho…

—Lo hablamos en casa, ¿sí? —La interrumpí antes de que siguiera. No era el momento ni el lugar para contarle sobre mi pequeña escapada de la realidad en brazos de Dean.

Ella asintió justo cuando Laura volvió acompañada del chofer que nos llevaría a casa.

Fuimos con él hasta el garaje y esperamos a que buscara las cosas de mi mamá. Volver a casa me trajo de regreso a la realidad, a las responsabilidades que tenía, y al cuidado que debía darle a mi madre. Si no fuera por la pulsera dorada con alas de ángel que Dean me había regalado, me costaría creer que todo lo vivido con él había sido real.

Senté a mi madre con cuidado en el sofá y corrí a abrir las ventanas. El olor a humedad en el apartamento era más fuerte que nunca.

—¿Tú y el hijo de Laura durmieron juntos? —Mi mamá fue directo al grano, y sentí que las piernas me temblaban.

—Dormir tiene un significado bastante amplio… —Intenté desviar el tema, pero probablemente soné ridícula—. Sí —confesé, bajando la cabeza, sabiendo que igual ella no podía ver la vergüenza ni el desconcierto en mi rostro.

—Pensé que te casarías virgen.

—Me replanteé mis conceptos al respecto.

—Solo espero que no sufras ni te decepciones. No todas las mujeres que se enamoran de un hombre rico tienen un final feliz como Laura. Dean no es como su padre ni como su madre.

Sabía que mi mamá solo quería protegerme, tenía miedo de que saliera lastimada. Pero sus palabras me sonaron más como una profecía que como una advertencia. ¿Y si ese Dean romántico que había hecho tanto por mí se convertía en otra cosa?

—Voy a preparar el almuerzo y descansar un poco antes de ir al hospital. ¿Necesitas algo? —Me detuve en la puerta de la cocina.

—Solo enciéndeme la radio.

—¡Okay! —Acepté su pedido y fui a preparar algo para que comiéramos.



—¡Angel! —Samantha vino corriendo y casi se me lanzó encima—. Estaba desesperada por verte. ¡No sabes la angustia que pasé estos días sin tener noticias tuyas!

—Tú fuiste la que me animó a salir con Dean.

—Lo sé, pero estaba ansiosísima por saber cómo fue. ¡Dime ya! ¿Pasó algo entre ustedes?

Negué con la cabeza y sujeté a mi amiga por los hombros, empujándola hacia un pequeño cuarto que usaban para guardar los materiales de limpieza. No quería que gritara por todo el hospital.

—Baja la voz, ¿sí?

Ella asintió rápidamente.

—¡Solo dime cómo fue! Estaba a punto de infartarme de la ansiedad. Te juro que pensé que no volverías nunca al hospital.

—¿Por qué no?

—¡Porque te ibas a convertir en la señora Clark!

Me quedé mirándola. La verdad, no había pensado en casarme con Dean… pero en ese instante, fue inevitable que imágenes relacionadas con eso se me vinieran a la cabeza.

—No es para tanto. Aún es muy pronto.

—¿Muy pronto? —Negó con la cabeza, sin poder creer lo que acababa de oír—. No me digas que no pasó nada.

—No dije eso —Me encogí de hombros, y mi amiga abrió la boca sorprendida.

—¡Ay, por Dios! Por fin pasó. ¡Te cambió la cara, te lo juro!

—¡Oye! —Crucé los brazos, haciéndole un puchero por su comentario.

—¡Al fin mi mejor amiga estuvo con alguien! Y no con cualquiera: ¡con Dean Clark!

—¡Samantha! —Le di un golpecito en el hombro—. ¡Te dije que hablaras bajito!

Ella se tapó la boca con ambas manos y empezó a dar saltitos. Por un segundo temí que tuviera que llamar a un médico, porque parecía que iba a desmayarse.

—¿Y cómo fue? —dijo al fin, jadeando un poco después de haberse contenido.

—La primera vez fue incómodo, después ya no tanto. Con el tiempo me sentí más tranquila.

—¿Cuántas veces estuvieron juntos?

—Perdí la cuenta después de la cuarta. —Me cubrí el rostro con las manos.

—¡Guau! Ese hombre tiene más energía de la que imaginaba. Cuatro veces en tres días, eso no es para cualquiera.

—Fue al menos dos veces por día.

—¡Dios! Me imagino que no salieron de la cama.

—Sí lo hicimos, para usar el hidromasaje, cocinar juntos o nadar en el mar.

—¿Cocinar? —Puso los ojos en blanco—. ¿En serio? ¿No había nadie más para hacer eso?

—No. Estábamos solos en el yate.

—¡No puede ser! —Samantha abrió tanto los ojos que creí que le iba a dar un ataque.

—No exageres, pero sí, eso fue lo que pasó. Me llevó en su yate y estuvimos completamente aislados. Sin celular, sin nada. Solo él y yo.

—¡Un sueño! Debes estar súper enamorada de él. Yo lo estaría, seguro. ¿Quién no se enamora de un tipo así en un yate?

Me quedé mirándola, afectada por sus palabras. ¿Enamorada? Había evitado pensar en eso, pero… probablemente sí. Desde aquella cena, tal vez incluso antes. Parecía imposible no enamorarse de él. Dean había sido muy insistente para conquistarme. ¿Por qué haría todo eso si no le importara?

Suspiré al tocar el dije de la pulsera que me había regalado.

—Ahora dime, ¿cómo fue estar con él? —Samantha volvió a interrumpir mis pensamientos, haciéndome salir de mis emociones por un momento.

—No voy a contarte eso.

—¡Vamos, por favor! Soy tu mejor amiga, y tengo claro que jamás tendré oportunidad con él, así que necesito vivirlo a través de ti. ¿Fue más tierno, más impulsivo? ¿Todo clásico o hubo algo más?

—Solo diré que ya no soy virgen y punto.

—¿Cómo que…? —Se mordió los labios, pensativa. No iba a explicarle directamente, así que si no adivinaba, se quedaría con la duda. Murmuró lo que yo acababa de decir y luego, de repente, pareció tener una revelación—. ¿Lo dices en serio? ¿Pasó… eso?

—Tenemos que trabajar. —Le tomé la muñeca y la arrastré fuera del depósito.

—¡Angel, cuéntamelo bien!

—Ya sabes más de lo que deberías. —Tomé un juego de sábanas limpias de un carrito y entré al cuarto de un paciente, dejando a Samantha hablando sola.



Veinticinco

Salí de la ducha sacudiendo el cabello después de haber dormido casi todo el día. La verdad, lo que hice en el yate me dejó exhausto. Al día siguiente tenía que volver a mis compromisos después de estas cortas vacaciones.

No me arrepentía de nada. Al contrario, fue genial pasar esos días con Angel. Además, logré lo que quería: acostarme con ella. *Y vaya si lo hicimos...* No salí de dentro de esa mujer en todo el tiempo que estuvimos juntos. Debo admitir que estaba buenísima, y ese cuerpo virgen me dio un placer que pocas veces había sentido. Al final, me divertí bastante y me sentía como el ganador de ese juego.

Volví a mi cuarto y vi que el celular estaba sonando. Atendí en cuanto me sequé la mano.

—¿Dylan?

—Hola, Dean. ¿Cómo estás? Intenté llamarte ayer, pero sonó hasta cortarse. Mamá dijo que habías salido en el yate y no insistí. Sé que a veces te gusta estar solo por allá.

—Bueno, no estaba solo.

—¿No? ¿Quién era la afortunada esta vez?

—Angel.

—¿Así que al fin lograste acostarte con ella? Ya empezaba a dudar de tu capacidad, hermano.

—¡Vete al carajo!

Él soltó una carcajada tan fuerte del otro lado que parecía que le había contado el chiste del año.

—¿Ella se acostó contigo?

—Claro que sí. Ninguna mujer me dice que no. Tú sabes cómo es.

—Solo quiero saber una cosa... ¿era virgen?

—Sí. Completamente virgen. Hasta manchó las sábanas de sangre la primera vez. Ingenua, sin experiencia. Fue divertido.

—¿Divertido? ¡Maldito! —Volvió a reír—. Vas a romperle el corazón, y seguro que ahora está suspirando por ti.

—Como si yo fuera el único que ha hecho eso.

—No uses mis errores para justificar los tuyos. Y además, nunca seduje a una mujer de esa forma solo para acostarme con ella. Las que están conmigo saben muy bien en lo que se están

metiendo. Esa pobre chica solo va a quedarse con el corazón destrozado.

—¿Ahora vas a darme lecciones de moral?

—Para nada. Dijiste que ibas a lograrlo, y lo lograste. Felicidades.

—Gracias.

—¿Vas a venir a mi show mañana, no? Daphne también prometió ir. Estaría bueno reunir a la familia, aunque sea por unas horas.

—Sí, ahí estaré.

—Lleva a Angel, me encantaría volver a verla. —Sentí el tono burlón en su voz, pero no le di mucha importancia. Sabía que no había nadie en el mundo que disfrutara más molestándome que mi hermano gemelo—. Nos vemos allá.

—Hecho. —Corté la llamada y tiré el celular sobre la cama, dispuesto a ir al vestidor a buscar algo para ponerme.



Veintiséis

Con el corazón lleno de expectativas, salí del hospital esperando encontrarlo afuera, con su típica sonrisa arrogante, apoyado en algún auto de lujo tan llamativo como él. Samantha venía a mi lado, tan ansiosa por verlo como yo. Mi amiga estaba eufórica, soñando con que yo tuviera un final digno de cuento de hadas, pero no había rastro de él. Dean no era de los que pasaban desapercibidos; si estuviera ahí, lo sabríamos enseguida. Pero no estaba.

—No vino —dije, sin poder ocultar la decepción en mi mirada. Algunas lágrimas brotaron, pero parpadeé varias veces, intentando que se reabsorbieran solas.

—Tranquila, amiga, seguro tuvo que resolver algo en la empresa. Los hombres como él también tienen que trabajar.

—Sí. —Asentí, forzando una sonrisa, solo para no seguir hablando del tema. Era muy temprano, nada estaba abierto todavía. Dudaba mucho que Dean ya estuviera trabajando, sobre todo él, que solía actuar como si todo girara en torno a su tiempo. Tal vez solo estaba cansado y prefirió quedarse un rato más en la cama.

Samantha y yo caminamos juntas hasta la parada del autobús. Apenas nos sentamos a esperar, se arriesgó a decir algo más.

—¿Hoy no es el show del hermano de él, en Orlando? ¿Dylan no te dio una entrada?

—Sí, pero Orlando no está a la vuelta de la esquina. Son cuatro horas en autobús, y además tengo que cubrir el turno esta noche.

—Amiga, esa gente rica no se mueve en autobús como nosotras. Seguramente Dean irá en helicóptero o algo así.

—¿Estás diciendo que debería ir a verlo y pedirle que me lleve con él?

—¿No es tu novio?

No dije nada, pero algo me incomodó mucho cuando hizo esa pregunta. Sentí un nudo en el estómago y me levanté de golpe para hacerle señas al autobús. Tenía esa sensación fea de que ni siquiera tenía el derecho de llamarlo así. Samantha siguió hablando durante todo el viaje, tratando de sacarme más detalles de lo que había pasado entre Dean y yo, pero yo permanecí casi todo el tiempo en silencio. Solo quería abrazarlo y asegurarme de que todo seguía bien entre nosotros.



Después del almuerzo me arreglé para ir a su casa. Como hasta ese momento no había dado señales de vida, pensé que lo mejor era buscarlo personalmente. Quería creer que su ausencia se debía solamente a que estaba ocupado con el trabajo.

Llegué a su casa casi una hora y media después de haber tomado el primer autobús. La isla donde quedaba su mansión estaba muy lejos del barrio en el que vivía con mi madre, y el viaje en transporte público hacía que todo se sintiera aún más lejano.

Apenas crucé la entrada, fui recibida por Laura. Me sonrió, me apoyó una mano en el hombro y me condujo hacia la sala.

—¿Quieres un té, un jugo o algo para tomar, querida?

—No, gracias. Solo vine a ver a Dean.

—Ah, se fue esta mañana a la concesionaria, pero no debe tardar en volver. Quedamos en que iríamos juntos a Orlando, al show de Dylan. Es una grabación para un DVD, muy importante para mi hijo.

—Imagino que sí. Todo va a salir bien.

—Seguro que sí —dijo, sonriendo ampliamente—. Vamos, siéntate. —Me indicó uno de los sillones.

Como estaba dispuesta a esperarlo, acepté la invitación y me senté junto a ella.

—Me alegra mucho ver que tú y mi hijo se están acercando tanto.

—Gracias. —Sonreí, sintiendo cómo el rubor volvía a mis mejillas.

Muchas personas se quejan de sus suegras, pero sabía que si Dean y yo realmente terminábamos juntos, Laura se convertiría aún más en una madre para mí. Le debía mucho en la vida, y no podría imaginar una mejor segunda madre que esa mujer.



Veintisiete

Me sorprendí al llegar a casa y encontrar a Angel sentada con mi madre. Las dos conversaban y parecían reírse de algo que no alcancé a entender, pero se callaron en cuanto me acerqué.

—Hola —le dije, metiendo las manos en los bolsillos.

—Hola… —Pude notar cómo se derretía solo con mirarme. No era la primera, y tampoco sería la última, en reaccionar así frente a mi presencia.

—Voy a alistarme para salir y dejarlos un momento a solas —dijo mi madre, levantándose del sofá y saliendo de la sala antes de que Angel o yo pudiéramos decir algo.

Imaginé que tal vez había cometido un grave error al hacer eso.

—Pensé que irías a buscarme al hospital esta mañana para vernos.

—¿Y por qué haría eso? —respondí con frialdad, manteniendo las manos en los bolsillos. Noté que le sorprendía mi tono.

—No hablamos desde que volvimos del yate y tú ya habías hecho eso antes. No sé, simplemente pensé que lo harías otra vez, pero está bien. Fue un error mío.

—No pasa nada, no te preocupes. —Le sonreí. Supongo que ese gesto fue lo que la animó, porque se levantó y me abrazó.

Me desconcertó un poco sentir sus brazos rodeándome la cintura. No esperaba esa reacción, me tomó desprevenido. La aparté con suavidad, sujetándola por los hombros para mirarla a los ojos.

—Te extrañé, Dean —me dijo con una sonrisa dulce, apoyando el mentón en mi pecho y levantando la mirada hacia mí—. Sé que nos vimos ayer, pero no sé… estoy completamente enamorada de ti.

Sus palabras me golpearon como una descarga eléctrica. La empujé, haciendo que retrocediera varios pasos, quedando a metros de mí.

—No estás enamorada, Angel. Lo que pasó entre nosotros fue solo sexo. Nada serio.

Ella me miró fijamente y sus ojos se llenaron de lágrimas. Pude ver cómo la decepción y la rabia se apoderaban de su rostro mientras las gotas corrían por sus mejillas. Me mantuve indiferente. No era la primera ni sería la última mujer en enamorarse equivocadamente de mí.

—¿Solo sexo? —preguntó con voz temblorosa.

—Nunca te dije que era más que eso. —Me encogí de hombros —. Si tú te ilusionaste, no es culpa mía.

Angel tragó saliva, pero mantuvo la cabeza en alto. Era fuerte, decidida, y eso era algo que siempre me había gustado de ella. Pensé que me escupiría o que me insultaría. Pero no. Simplemente se dio la vuelta y se fue. Y tal vez era lo mejor para los dos.

Subí a mi cuarto para alistarme e ir al show de mi hermano, pero me crucé con mi madre en el pasillo. Me detuvo poniéndome una mano en el pecho y me miró con una dureza que pocas veces le había visto.

—Vi a Angel salir corriendo de aquí llorando. ¿Qué pasó?

—Creo que malinterpretó las cosas entre nosotros. Solo quería sexo, pero ella creyó que podía haber algo más. Fue ingenua. Y sí, tenías razón, mamá: era virgen. Un milagro para los tiempos que corren.

Vi cómo levantó la mano con tanta rapidez que ni siquiera vi venir el golpe. Solo sentí el sonido seco del bofetón estallando contra mi cara. Mi madre no me pegaba desde que era un niño. Jamás me había golpeado con intención de herirme. Esa fue la primera vez.

—Fui una idiota… Debería haber pensado mejor en el carácter de mi hijo, o en la falta de él, antes de poner frente a ti a una muchacha indefensa y pura. Me equivoqué mucho al criarte, no puede ser. Pensé que necesitabas a una mujer decente para enderezarte, pero lo único que hiciste fue destrozarla.

Sus ojos, de un castaño profundo, estaban llenos de una decepción desgarradora. No creí que fuera capaz de despreciarme tanto. Era mi madre… ¿no se suponía que debía quererme a pesar de mis errores?

—Eres una vergüenza, Dean. Una vergüenza —dijo antes de darme la espalda y alejarse. Imaginé que lo hacía para no volver a levantarme la mano.



Veintiocho

No me acosté con Dean esperando que me pidiera matrimonio después. No era tan ingenua, o al menos eso creía. Pero enterarme de que todo lo que hizo fue solo para acostarse conmigo me dejó sin aliento. Le creí, confié y me enamoré solo para terminar hecha pedazos de una forma que nunca imaginé.

Apenas subí al autobús, no pude contener las lágrimas que comenzaron a caer con fuerza por mi rostro. Intentaba tragarlas, pero solo conseguía sollozar.

—¿Estás bien, señorita? —me preguntó un hombre al sentarse a mi lado.

Era un señor de unos cincuenta o sesenta años. Antes de responderle, me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y

asentí. No pareció muy convencido, pero en lugar de insistir, me extendió un pañuelo.

—Gracias…

—Debería estar prohibido que una chica tan joven y bonita llore así. Espero que estés bien.

Se bajó en la parada siguiente y me dejó el pañuelo. Le agradecí de corazón ese gesto amable, porque después de lo que Dean me había dicho, sentía una rabia enorme hacia los hombres. Todos.

Estaba destrozada. No podía volver a casa así, no sin que mi mamá se preocupara o, peor, que me dijera "te lo advertí" sobre lo que podía pasar al involucrarme con Dean.

Me bajé antes de llegar a casa y caminé hasta la puerta del departamento donde vivía Samantha con su compañera de cuarto. Imaginé que debía estar dormida a esa hora, pero igual toqué el portero eléctrico. Pasaron algunos minutos antes de que alguien atendiera.

—¿Hola? ¿Quién es?

—Soy Angel, ¿está Samantha?

—Sí, sube.

Apenas su voz desapareció, escuché el zumbido del portón al destrabarse. Lo empujé y subí por la escalera hasta el cuarto piso. Toqué la puerta y Samantha me abrió. Tenía los ojos hinchados y se los frotaba con las manos. Claramente recién se despertaba.

—¿Estabas dormida?

—¿Y quién no lo estaría a esta hora? —Entrecerró los ojos para verme bien y luego me hizo pasar, haciéndome sentar en el sofá—. ¿Qué es esa cara, Angel? ¿Qué pasó?

—Le dije a Dean que estoy enamorada de él y me respondió que solo fue sexo. —Lo resumí de la forma más simple posible, sin entrar en detalles humillantes que no necesitaba revivir. Me dolía demasiado—. Vine porque no quiero volver a casa ahora.

—Ay, amiga… qué mierda —Samantha me acarició la cara, secándome las lágrimas.

Gina, su compañera de departamento, nos miraba desde el marco de la puerta que daba a uno de los cuartos. Pero al ver el clima, se retiró y nos dejó solas.

—Estoy… destrozada. —No encontraba mejor palabra para describir cómo tenía el corazón, hecho pedazos.

—Lo imagino, pero tú no soñabas con casarte con él, ¿cierto? Apenas llevaban poco tiempo juntos.

—¡No importa! —Apreté los dientes—. Lo que no esperaba era que me dijera en la cara que solo fue sexo.

—Amiga —Samantha recostó mi cabeza sobre su regazo y empezó a acariciar mi pelo—, para tipos como Dean Clark siempre es solo sexo. ¿Qué tiene? ¿Treinta, treinta y cuatro años? Si quisiera algo serio con alguien, ya estaría al menos comprometido. No puedes martirizarte por esto.

—¿Entonces por qué me alentaste tanto a acostarme con él?

—Porque no quería que te perdieras la oportunidad. ¡Haría cualquier cosa por tener aunque sea una noche en la cama con ese hombre! Tú querías algo mágico y estoy segura de que lo fue,

porque anoche estabas derretida. Ese hombre te llevó al cielo. Tu primera vez fue digna de una princesa, Angel. Y eso es lo que cuenta.

—¿Entonces por qué me siento peor que una basura ahora? —Hundí la cara en su pierna, intentando esconder mis ojos y las lágrimas que volvían a brotar.

—Porque eres muy romántica y te creaste demasiadas expectativas. Amiga, tranquila. Tuviste una primera vez mágica, pero eso de casarse con el hombre con el que perdiste la virginidad es un mito.

—¿Y si ningún otro hombre me quiere porque ya no soy virgen?

Samantha soltó una carcajada, y la verdad, me dieron ganas de lanzarle un buen puñetazo entre ceja y ceja. ¿Cómo se atrevía a reírse justo ahora?

—¿Quién fue la loca que te metió esa idea en la cabeza?

—Mi abuela… —Me encogí de hombros, avergonzada.

—Si algún hombre te rechaza por la existencia o no de un himen, ese tipo no te merece. Y mejor que se mantenga bien lejos. No perdiste nada, ¡de verdad! Te quedaste con recuerdos deliciosos de Dean Clark. ¿Quién más puede decir que perdió la virginidad con un hombre así?

Solo negué con la cabeza y me senté en el sofá. El corazón seguía hecho trizas y no imaginaba que fuera a sanar pronto, pero hablar con Samantha al menos me sacó las ganas de seguir llorando… incluso me arrancó una sonrisa.

—Voy a preparar un poco de té para nosotras. Creo que ahora te vendría bien.

—Gracias…

—Y no quiero verte llorando más por esto, ¿entendido? ¡Carajo! ¿Tienes idea de lo afortunada que eres y la cantidad de mujeres que matarían por vivir lo que tú viviste? —Se paró delante de mí con las manos en la cintura, mirándome seria, y como vio que no le respondía, se fue directo a la cocina.



Veintinueve

Subí al helicóptero y revisé el equipo mientras esperaba que mi madre apareciera para que pudiéramos ir a Orlando. Por más molesta que estuviera conmigo, esperaba que se apurara, porque ese momento era muy importante para Dylan. No podía entender por qué ella prefería a esa chica antes que a mí, su propio hijo. Que se enojara todo lo que quisiera, igual no iba a durar para siempre, o al menos eso creía yo.

Finalmente apareció en el helipuerto del jardín y subió al helicóptero sin siquiera mirarme a los ojos. Francamente, ridículo. Mi madre debería ser menos infantil. Me puse los auriculares protectores y tomé el control. Si no despegábamos enseguida, íbamos a llegar tarde al show.

Durante la hora que duró el vuelo, no dijo una sola palabra. Nada. Muy distinto de la mujer parlanchina que solía ser. Y tampoco hizo esfuerzo alguno por ocultar que había algo mal. No quería

reunirme con ella y mis hermanos después de casi un año con ese clima de mierda, pero la única responsable de eso era ella.

Aterricé en la terraza de un edificio residencial. El lugar tenía unos cuantos departamentos de lujo y uno de ellos había pertenecido a mi padre. Al igual que la casa en la que vivíamos, lo había dejado para mi madre al morir. Cuando éramos chicos íbamos bastante seguido, nos encantaba Disney y los parques. Pero con el tiempo dejamos de ir y el lugar quedó prácticamente abandonado.

Bajé del helicóptero, pero antes de poder dar la vuelta para ayudarla, mi madre ya había salido sola. Dejamos algunas cosas en el departamento, como las llaves del helicóptero y una maleta, y agarré la llave del auto que siempre dejaba en el garage. Era un BMW, no tan lujoso como los autos que solía manejar, pero igual costaba unos cuantos cientos de miles de dólares.

Mi madre se sentó atrás, como si yo fuera su chofer, y se quedó mirando por la ventana. Una excusa perfecta para seguir ignorándome. Me estaba sacando de quicio. En algún momento iba a explotar. Ya era una mujer grande, no una nena caprichosa.

Dejé de prestarle atención y me concentré en el tráfico hacia el estadio. Muchos fans ya estaban yendo para allá, y cada vez se hacía más complicado avanzar. Tendríamos que haber salido antes. Tal vez lo habríamos hecho, si Angel no hubiese aparecido para provocar todo ese malestar.

Al acercarnos al estadio, me puse unas gafas de sol y una sudadera con capucha. Si las fans histéricas de Dylan me veían, no iba a poder avanzar ni un paso. No les importaba mucho si yo era el gemelo menos famoso, en las fotos seguía pareciéndome a él. Me dirigí a uno de los accesos restringidos y me identifiqué con un guardia que nos dejó pasar.

Estacioné el auto y bajé. Nos recibió parte del equipo de producción de Dylan, así que finalmente pude sacarme la capucha, ya que todos me conocían bien.

—Hola, Dean —dijo una pelirroja con auriculares y un walkie-talkie. Si no me fallaba la memoria, se llamaba Caroline—. Bienvenido. Y bienvenida también, Laura.

—Gracias —respondió mi madre, sonriéndole. Vi que esa cara de piedra que tenía se reservaba solo para mí.

—¿Dónde está mi hijo?

—En el camarín.

—¿Podrías llevarnos?

—Claro, síganme, por favor.

Nos guió por un pasillo interno del estadio hasta el camarín de mi hermano. Apenas entramos, mi madre sonrió al ver a Daphne sentada en un sillón conversando con Dylan. Parecía más alta, aunque sabía que solo era una impresión. Llevaba el cabello recogido en una coleta y un vestido negro sencillo. Era el gran día de Dylan y ella no quería robar protagonismo.

—¡Daphne! —Corrí hacia ella y la alcé como si todavía fuera una niña.

—Dean, te extrañé, hermano. —Me abrazó—. Te extrañé muchísimo.

—Yo también. —La solté para que pudiera respirar.

—¿Cómo has estado? —Volvió a sentarse y yo me acomodé a su lado. Mi madre se sentó del otro lado, y las dos entrelazaron las

manos. Daphne apoyó la cabeza en su hombro.

—Bien —respondí sin entrar en detalles. Temía que mi madre mencionara a Angel y arruinara el ambiente. Estaba feliz de ver a mi hermanita y con eso me bastaba.

—¡Selfie! —Dylan se acercó y nos agrupamos para sacarnos la foto que seguro subiría a sus redes sociales.

—¡Los amo! —Nos abrazó antes de irse.

Luego fuimos los tres al área VIP para ver el show. Incluso allí, con Dylan en el escenario, algunas fans se acercaban para pedirme fotos. Me habría divertido con alguna que otra si no fuera por la cara de culo que mi madre les lanzaba.



—¿Qué carajo le pasa a mamá? ¿Qué hiciste para que estuviera tan jodidamente molesta? —preguntó Dylan mientras estábamos solos en la terraza del departamento en Orlando.

Después del show, habíamos ido allí para pasar un rato en familia. Mamá y Daphne estaban en el cuarto conversando, así que él y yo tuvimos un momento a solas.

Apoyé las manos en la baranda y miré el cielo estrellado. La misma estrella que Angel y yo habíamos bautizado con su nombre. Sentí una incomodidad extraña, pero hice lo posible por ignorarla.

—Digamos que nuestra madre se enteró de que solo quería acostarme con Angel, y ahora que lo conseguí, ya no tengo ningún interés en ella.

—¿Le dijiste eso a mamá? —Dylan abrió los ojos como platos.

—No con esas palabras, pero… más o menos.

—Estás loco —dijo entre risas—. Completamente loco.

—Fui sincero. Mejor eso que fingir y seguir ilusionando a la pobre chica.

—¿De verdad no piensas volver a tener nada con ella?

—Es linda. Y a pesar de ser virgen, el sexo fue buenísimo. Me encantó ser el primero en cada cosa que hizo. Pero me dijo que estaba enamorada de mí, y es mejor alejarme antes de que se haga más ilusiones.

—¿No sientes nada por ella?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Fruncí el ceño—. No soy ese tipo de hombre que se enamora.

—Quiero ver cómo vas a lidiar con mamá ahora...

—No me preocupa. Después de lo que pasó, dudo que vuelva a dejar que alguna mujer "decente" se me acerque siquiera a cien metros. —Solté una carcajada sarcástica.

Dylan negó con la cabeza.

—Espero que no le dé por buscarme una esposa a mí, ahora… —Dio un sorbo a la botella de agua que tenía en la mano. Después de horas cantando, necesitaba hidratarse.

—Si fuera tú, no estaría tan confiado —le advertí con tono burlón, y su expresión cambió al instante.



Treinta

Un mes después...

Como siempre que despertamos de un sueño, la realidad nos golpea de lleno y nos obliga a volver a ella. Así fue después de lo que viví con Dean. Retomé mi rutina como si nada hubiera pasado. Él nunca volvió a buscarme, ni siquiera llamó. Laura seguía yendo a mi casa como siempre, como si nada hubiera sucedido, y nunca mencionaba el nombre de su hijo. Todo volvió a ser exactamente igual que antes. Si no fuera por la pulsera con las alas de ángel que simplemente no fui capaz de tirar, habría jurado que ninguno de los recuerdos que tenía eran reales, tal vez no habría entregado mi virginidad y mi corazón a un hombre que nunca podría tener.

Hace un par de días, llegué a casa con el estómago revuelto. Me preguntaba qué habría comido en el hospital que me había

hecho sentir así. Pasé el día en cama con cólicos. Pensé que me iba a venir la regla en cualquier momento, porque según mis cuentas ya llevaba casi una semana de retraso. Aunque tampoco es que fuera muy regular, cualquier estrés era suficiente para desordenarla. Y en el último mes, estrés no me faltó.

—Estás pálida —comentó Samantha apenas me vio llegar al trabajo.

—Estoy algo mareada y con cólicos. Tendría que haberme venido ya, pero no baja nunca. —Me colgué la credencial en el cuello y me preparé para ir a la habitación del primer paciente de la noche —. Seguro me viene mañana.

—¿"Seguro"? —Me agarró del hombro y me hizo mirarla—. Angel, ¿tienes idea de lo que acabas de decir?

—Que tengo retraso y estoy mareada... —Me detuve al darme cuenta de a qué se estaba refiriendo—. No, Samantha... solo fueron tres días...

—¡Tres días en los que tuvieron sexo como locos! Creo que es suficiente si estabas en tus días fértiles. ¿Usaron condón al menos?

Negué con la cabeza. Dean nunca mencionó nada y yo, completamente entregada al momento, tampoco pensé en eso.

—Qué buena auxiliar de enfermería eres, ¿eh?

—¿Qué tiene que ver eso?

—¡Deberías saber lo importante que es usar preservativo!

—No creo que esté embarazada. Ya me ha pasado antes.

—¿Y esas veces también te sentiste mareada?

Volví a negar.

—No usaron condón, tienes retraso y estás con náuseas. Estoy 99% segura de que estás embarazada.

—No...

—Sí —dijo mordiendo sus labios—. Estamos en un hospital. Hazte una prueba de sangre ahora. Si no estás, puedes quedarte tranquila. Pero si estás... bueno, entonces tendrás un pequeño Clark creciendo dentro de ti.

—¡Samantha! —Negué con la cabeza, asustada. Muy asustada. ¿Y quién no lo estaría?

—Anda. Hazte la prueba. Vemos el resultado más tarde.

—No sé si quiero saber. —Me crucé de brazos—. ¿Y si estoy embarazada de Dean? No quiero ni verle la cara después de lo que me hizo. Sé que tú crees que debería sentirme afortunada, pero lo único que siento es que me usó y me desechó. Me trató como si no valiera nada.

—Okay, okay, sin dramas. Si estás embarazada de Dean, todo cambia. Tendrá que hacerse cargo. Y tu vida va a cambiar para siempre.

—¡No quiero que piense que lo hice por dinero!

—Ese bebé tiene derechos, Angel. Solo eso.

—Aún ni sé si estoy embarazada...

—Entonces, ¡anda a hacerte el examen de una vez! —Me empujó por los hombros casi obligándome a caminar.



Salí de la habitación de un paciente después de ayudarlo a comer, con una presión en el pecho que me estaba ahogando. Era imposible no sentir ansiedad con todo eso. No es que no quisiera ser madre algún día, pero no ahora. No estaba lista. Ni siquiera había entrado aún a la universidad. Tenía tantos planes antes de ser madre. Y mínimamente, imaginaba que eso sucedería al lado de un hombre que me amara. Claramente no era el caso con Dean.

—Vamos a ver el resultado —dijo Samantha, tomándome de la mano, llevándome hasta el sector de análisis donde una técnica que conocíamos del comedor tenía el resultado en la mano.

—¿Y entonces, Kelly? —preguntó Samantha, sin darme tiempo a procesar que la respuesta a todo lo que me había estado carcomiendo por dentro estaba justo ahí.

—Estás embarazada, Angel.

Me tambaleé hacia atrás. Sentí que el pasillo blanco giraba a mi alrededor, y Samantha me sostuvo para que no cayera. Embarazada.

—Si hubiera seguido virgen, esto no estaría pasando...

Samantha me sacó de ahí antes de que soltara algo demasiado íntimo frente a la técnica.

—Amiga, ¡el padre de tu bebé es millonario! No tienes motivos para preocuparte. No le va a faltar nada.

—¡No quiero nada de Dean! —le grité, enfurecida por lo que estaba insinuando. Siempre había evitado aceptar demasiadas ayudas de Laura para que nadie creyera que estábamos detrás del

dinero. Lo último que quería era que me acusaran de haberme embarazado para sacarle plata—. Dean ni siquiera va a saber de este embarazo.

—¡Espera! —Me empujó dentro de un depósito y me arrinconó contra una estantería llena de papel higiénico—. ¿Vas a abortar?

—¡Oh por Dios! ¡No! No voy a matar a mi bebé —dije abrazándome el vientre sin darme cuenta. Por más pánico que tuviera, por más miedo que sintiera, ya me sentía extrañamente unida a ese ser que crecía dentro de mí.

—Entonces... —Entrecerró los ojos tratando de descifrar lo que estaba pensando.

—Voy a olvidarme de que Dean existió. Voy a seguir trabajando duro y criar a mi bebé.

—Angel, ¡no te embarazaste sola!

—Pero se siente como si así fuera... porque quedé embarazada de un sueño.

—No tienes que hacerte la Virgen María, amiga.

—No. Solo tengo que ser una buena madre. Ahora volvamos al trabajo. —La empujé suavemente para poder salir—. Más que nunca necesito este sueldo.

—Estás loca. Si yo fuera vos...

No la dejé terminar. Caminé directo por el pasillo. No quería saber nada más de Dean. No iba a permitir que volviera a mi vida, y menos aún usando una vida que él no deseaba. No iba a soportar que me acusaran de querer darle un "golpe del embarazo". Y mucho menos... que me volviera a romper el corazón.



Treinta y uno

Hilary pasó sus manos por mis hombros y se sentó en mi regazo, pero antes de que llegáramos siquiera a besarnos, escuché unos golpes casi histéricos en la puerta de mi habitación. Respiré hondo cuando ella se apartó de encima de mí.

—¿No vas a ver quién es?

—Probablemente es mi madre. —Me pasé las manos por el cabello, tratando de contener la rabia. ¿Acaso se iba a morir si me dejaba en paz por una vez?

—¿Y qué querrá? —Hilary se subió el tirante de la blusa, y noté cómo cualquier clima que pudiera haber entre nosotros desapareció por completo.

—¡Dean, abre esta puerta ahora mismo!

Me levanté de la cama como un dragón echando humo y abrí justo cuando ella estaba por volver a golpear.

—¿Qué pasó? —gruñí.

Había pasado más de un mes desde lo de Angel y mi relación con mi madre seguía sin volver a ser la misma. Era como si ella ya no pudiera verme como alguien decente.

—No quiero que estés trayendo a una mujer diferente todos los días. Esta casa tu padre me la dejó a mí, y exijo un mínimo de respeto. Cuando decidas quedarte con una sola, será bienvenida. Hasta entonces, no voy a permitir esta falta de respeto.

—Mamá, ya no soy un adolescente.

—¡No importa! Siempre serás mi hijo. Y esta casa está a mi nombre. Así que mientras vivas aquí, se hace lo que yo diga. Si no quieres ser un hombre decente, allá vos, pero no lo vas a hacer bajo este techo.

Bufé de rabia, tomé mi camisa de la cama con una mano y con la otra el brazo de Hilary.

—Nos vamos de aquí.

Pasé junto a mi madre, empujándola levemente sin querer. Nunca había estado tan molesto. Desde que me involucré con Angel, mi madre se había vuelto insoportable con su moralismo sobre mi estilo de vida. Íbamos a tener que encontrar un punto medio, o íbamos a terminar odiándonos.

—¿A dónde vamos? —preguntó Hilary, confundida.

—A cualquier lugar, mientras estemos lejos de aquí.

Fui al garaje, tomé el primer auto que encontré y salimos de la isla. Paré en el primer hotel de lujo que vi, pedí una habitación y subimos.

—Por fin algo de paz —dije al cerrar la puerta tras de nosotros.

—Menos mal —dijo sonriendo y acercándose.

Hilary abrió los botones de mis calzoncillos y sacó mi pene de la ropa interior. Todavía estaba blando, imaginé que era por todo el estrés causado por mi madre, pero no iba a seguir así mucho tiempo. Era una hermosa mujer rubia, tenía todo lo que necesitaba para tener una erección en ese momento.

Todavía blanda, se la metió en la boca y chupó lentamente. Esperaba poder exitarme pronto, pero no fue así. No lograba tener una erección y eso aumentó mi rabia.

—Mejor para —le pedí, dándome vuelta para no perder el control. No quería ser brusco con alguien que no tenía la culpa de nada.

—Tranquilo —me dijo con suavidad, apoyando sus manos en mis hombros—. Déjame ayudarte a relajarte.

—Mejor vete.

—Dean...

—Por favor.

Me miró un momento, luego entendió que hablaba en serio, tomó su bolso y salió.

Me quedé solo, con una mezcla de frustración y rabia. Estaba furioso con mi madre, con Angel... y conmigo mismo, por no poder

simplemente seguir como si nada. Por dejar que todo lo que pasó con Angel me afectara tanto.

Me arrepentía de no haber cortado por lo sano cuando todavía podía. Si no me hubiera metido con ella, no estaría en este lío. Era solo una mujer, no debería haber sido capaz de desordenar tanto mi vida.



Treinta y dos

—¿Angel, eres tú?

—Sí, soy yo —le respondí a mi madre apenas entré en casa.

Siempre que llegaba, mi mamá preguntaba si era yo, aunque ya estuviera acostumbrada al sonido de mis pasos y al resto de los ruidos que hacía al moverme por la casa.

—¿Cómo te fue en el trabajo?

—Todo bien, mamá.

Al menos en el trabajo... Pensar en eso hizo que regresara ese nudo angustiante al pecho. Era tan fuerte que me dejaba sin aire.

No sabía cómo iba a reaccionar mi madre al enterarse de mi embarazo, pero tenía que decírselo tarde o temprano.

—¿Estás bien, hija? Tu voz suena lejana, tensa.

Tragué saliva y respiré hondo mientras dejaba mi bolso sobre el mueble del pequeño living y me sentaba a su lado. Tomé sus manos entre las mías y las acaricié.

—Mamita, hay algo que necesito contarte y te pido, por favor, que no te pongas nerviosa.

—¿Qué pasó? —Noté que sus manos se pusieron frías. Tal vez esa no fue la mejor manera de empezar la conversación.

—Hoy me enteré de algo que va a cambiar un poco nuestras vidas, pero está bien. Yo puedo con esto.

—¿Vas a empezar la carrera de medicina? —Sonrió, y ese gesto solo hizo que el nudo en mi pecho se apretara más. Me recordó aquel sueño...

—No, mamá. No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Sabía que lo mejor era no dar vueltas, pero se me secó la garganta de golpe. Me costaba sacar las palabras.

—Mamá... —Trataba de tomar aire.

—¿Qué pasa, hija? Dime qué está pasando.

—Estoy embarazada. —Solté todo de una vez, con la esperanza de que eso que me venía consumiendo por dentro me diera un respiro al decirlo en voz alta.

—¿Embarazada? —Pude sentir el miedo en su voz. No esperaba que se pusiera feliz y me abrazara. Nuestra situación estaba lejos de ser la ideal para tener un bebé. Vivíamos con lo justo y yo ni siquiera estaba casada.

—Sí, me enteré hoy.

—Eso explica por qué te has sentido tan mal últimamente.

—Los vómitos y los cólicos son por eso.

—¿Es de Dean?

—Sí, mamá. No estuve con ningún otro hombre, solo con él.

—¿Y él ya lo sabe?

—Bueno, mamá... —Hablar de eso me revolvía por dentro. Mi mamá no era ingenua. Sabía desde hacía semanas que yo ya no veía ni hablaba con Dean. Incluso Laura había dejado de mencionarlo. Ella sabía que entre nosotros todo había terminado, aunque no conocía los detalles—. Dean no lo sabe. Y no pienso decírselo.

—¿Por qué no? ¿Acaso no es el padre de ese bebé? Tiene derecho a saberlo.

—Cuando volví a su casa después del tiempo que pasamos en el yate, él me dejó claro que todo lo que había pasado entre nosotros fue solo sexo. No quería nada más. Me sentí usada. No quise oír lo que oí, y no quiero que piense que uso esta situación para sacar algún tipo de ventaja. No quiero que crea que estoy tratando de atraparlo con un hijo o algo así.

—Es tu elección, hija. Decidas lo que decidas, voy a apoyarte. Siempre has sabido cuidar de ti misma, y sé que puedes tomar una decisión tan importante como esta.

—Gracias, mamá. —La abracé, aliviada de tener su apoyo. Era justo lo que necesitaba para saber que podía con todo esto—. Mamá, no le digas nada a Laura, ¿sí?

—Pero tarde o temprano se va a dar cuenta, cuando te crezca la panza y cuando nazca el bebé.

—Ya veré cómo manejarlo cuando llegue el momento.

—Está bien.

—Gracias, mamá. —Le di un beso en la cabeza.

—Voy a ayudarte en todo lo que pueda.

—Lo sé, y te lo agradezco de corazón.

—No deberías haberte metido con el hijo de Laura, pero como ella misma dice: no sirve de nada llorar sobre la leche derramada.



Treinta y tres

Observando los autos que pasaban por la avenida a través de la ventana del hotel, me tomé la tercera copa de whisky. No era de beber en exceso, normalmente paraba en la segunda, pero esta vez intentaba inútilmente ahogar mi rabia en el alcohol.

En cuanto vi en el cielo la estrella que lleva su nombre, ya no hubo manera de sacarla de mi cabeza. Ya debería haber olvidado a esa mujer. Le quité la virginidad, ¿y qué? No tenía por qué sentirme culpable por eso, ni seguir pensando en ella todo el tiempo. Angel era solo una mujer más, como tantas con las que me había acostado a lo largo de mi vida. No tenía nada de especial más allá de la furia que había provocado en mi madre.

Angel no era más que una mocosa con la que me divertí en la cama. No podía dejar que su fantasma siguiera rondándome ni que afectara mi desempeño sexual. Haber fallado en la cama me tenía

fuera de mí. Era un hombre joven, viril, y ese tipo de cosas no podían pasarme.

Lancé el vaso contra la pared con toda mi fuerza, y se hizo trizas al estrellarse. Cuanto más intentaba no pensar en Angel, más invadía mis pensamientos. Parecía una maldición. Pensaba que había ganado ese juego por acostarme con ella, pero ahora empezaba a creer que esa victoria no había sido más que una ilusión, y que al final yo había sido el que cayó redondo en su juego. Me negaba a sentir cualquier cosa. No iba a permitir que ella se metiera en mi cabeza ni mucho menos que se acercara a mi corazón.

Esa noche no volví a casa. De hecho, ni siquiera tenía intención de hacerlo. Si mi madre insistía tanto en recordarme que mi padre le dejó la mansión y que, aunque fuera un hombre adulto, era ella quien ponía las reglas, quizás lo mejor era dejarle todo a ella. Compré ropa nueva antes de ir a la concesionaria, porque no quise pasar por la casa a cambiarme, solo para evitar verla. Algún día íbamos a reconciliarnos, al fin y al cabo, era mi madre, pero no iba a permitir que intentara controlar mi vida. Las mujeres con las que me acostaba no eran asunto suyo.



Después de salir de la concesionaria, ya de noche, me di cuenta de que estaba manejando sin rumbo cuando pasé frente al hospital donde Angel trabajaba. Tal vez había ido tantas veces que el camino ya me salía solo. Justo cuando iba a dar la vuelta para alejarme de ahí, la vi bajarse del autobús junto a una amiga que recordaba vagamente. Estaban conversando y parecían divertirse. Para ser sincero, no esperaba verla sonreír.

Aceleré para sacar el auto de ahí antes de que me viera. Aunque no era uno de mis autos habituales y los vidrios estaban polarizados, no quería parecer un acosador.

Angel, ¿por qué lograste desordenarme tanto la cabeza?

Recordé los momentos que compartimos en el yate, las conversaciones, las cosas que le conté y que nunca había compartido con otra mujer. Aunque estábamos rodeados de lujo, me sentía libre con ella. La mayoría de las mujeres se acercaban a mí por mi dinero o mi apariencia, no las culpaba por eso, después de todo eran mis principales atributos. Pero Angel veía algo más. Algo que ni yo mismo sabía que tenía.

Después de vagar por la ciudad contando turistas, como si eso fuera a distraerme, decidí volver a casa. Odiaba la soledad que Angel había dejado en mí. Por más enojada que estuviera mi madre, quise verla. Al fin y al cabo, era la única mujer a la que no me daba miedo decirle que la amaba, a pesar de nuestras peleas recientes.

Apenas apagué el auto en la cochera, ella apareció en la entrada y vino a abrazarme. Estaba en pijama, pero con el pelo perfectamente arreglado para alguien que se supone debía estar acostada. Pensé que era temprano, pero al ver la hora me sorprendí: casi medianoche. Eso explicaba el hambre que tenía.

—Hijo —me abrazó más fuerte con sus brazos delgados—, estaba preocupada por ti. ¿Dónde pasaste la noche?

—En un hotel.

—¿Con esa mujer?

—No, solo.

—¿Por qué no volviste a casa? —Me pasó una mano por la cintura y me guió fuera del garaje.

—Estaba furioso.

—Perdóname, fui demasiado dura contigo. No quiero que te vayas de esta casa.

—Qué bueno que lo admitas. —Intenté no dejar que la rabia arruinara el momento. Tal vez era mi oportunidad para hacerle entender que tenía que dejar de comportarse así, de una vez por todas—. Si sigues tratándome como a un niño cada vez que estoy con una mujer, juro que me voy. Junto mis cosas y me mudo.

—¿A dónde?

—A un departamento, a un hotel, a otra casa. Sabes que eso no es problema para mí. Recursos no me faltan.

—Está bien. —Agachó la cabeza, y sentí que finalmente había soltado esa misión imposible de querer cambiarme—. Pero sin orgías, por favor.

—Está bien.

—¿Eso te hace feliz? —Buscó mi mirada cuando llegamos al centro de la sala, bajo la luz del gran candelabro.

—¿Por qué esa pregunta? —Fruncí el ceño, alejándome un poco. No entendía hacia dónde quería ir con eso.

—Quiero saber si eso te llena. Si me dices que sí, te prometo que no intentaré cambiarte nunca más. Las tienes a todas, hijo, pero aun así siento que estás tan solo...

—Sí, estoy completo. Me gusta mi vida así. No quiero ni pienso atarme a ninguna mujer.

—Está bien. —Sonrió con tristeza y acarició mis hombros.

Mi respuesta pareció ser suficiente para mi madre. Sin embargo, su pregunta me dejó un sabor extraño. Nunca me lo había cuestionado. ¿Acaso un hombre necesitaba algo más que lujo, dinero y mujeres para estar completo? ¿Por qué, entonces, tenía esa vocecita constante en la cabeza que decía que algo me faltaba?

—Quiero comer algo.

—Vamos a la cocina. Te preparo algo. —Me tomó del brazo y me llevó al interior de la mansión.



Treinta y cuatro

Dos meses después...

Estaba feliz. Después del susto inicial al enterarme, no podía pensar en nada más que en la vida que crecía dentro de mí. De alguna forma, después de todo lo que había pasado, podía darle la razón a Samantha y admitir que, en el fondo, sí tenía suerte. Mi vientre aún no se había notado, no sabía si era niño o niña, pero ya estaba ansiosa por tener a mi bebé en brazos.

Estaba distraída en el hospital cuando una imagen me llamó la atención. Un reportero hablaba de una alerta de huracán. Me estremecí al ver la noticia; estaba tan enfocada en el embarazo que ni siquiera me había dado cuenta de que ya había comenzado la temporada de huracanes. Ese era el mayor problema de vivir en Miami: ese paraíso en la costa este de Estados Unidos solía ser

golpeado por tormentas tropicales y huracanes durante la segunda mitad del año.

Me acerqué un poco para escuchar mejor, ya que mi celular estaba guardado con mis pertenencias en el casillero y todavía no había leído el mensaje de alerta.

—Ya son cinco las personas que murieron por el paso del huracán Barnett por las Bahamas, y ahora se dirige rápidamente hacia Estados Unidos. Se estima que llegará al estado de Florida mañana. Ciudades como Miami, West Palm Beach y otras podrían verse afectadas. Aunque el ojo del huracán no pase directamente por la costa, puede causar grandes destrozos e inundaciones.

Tragué saliva. El edificio donde vivíamos mi madre y yo estaba lejos de ser un lugar seguro o preparado para resistir este tipo de desastres. Cada vez que comenzaba la temporada de huracanes, temía perder lo poco que teníamos.

Apenas se difundió la noticia en el hospital, todo se volvió un caos. Los huracanes de categoría cinco eran los más intensos de la escala, con vientos de más de doscientos cincuenta kilómetros por hora. Ya una vez habíamos tenido que evacuar por uno de esa magnitud y no sabía cómo nuestro barrio soportaría otro igual.

—¿A dónde van a ir tú y tu mamá? Hay orden de evacuación —Samantha se paró a mi lado, y me tomó unos segundos darme cuenta de que me estaba hablando.

—Todavía no lo sé.

—Menos mal que ya casi termina nuestro turno. Cuando el huracán llegue, Gina y yo vamos a estar bien lejos. Su familia vive en Luisiana, vamos a ir en auto para allá y regresamos cuando pase todo.

—Probablemente mi mamá y yo vayamos a un albergue o algo así. Laura ya nos ha enviado al chofer para sacarnos del estado otras veces, pero no sé qué va a pasar esta vez.

—¿Las cosas con ella siguen tensas por lo que pasó con Dean? ¿Sabe que estás embarazada?

—No, no lo sabe. No se lo conté. Ella sigue viniendo a casa como siempre, pero tal vez la que está diferente soy yo.

—No sé cómo vas a ocultarlo para siempre. En algún momento tu panza va a empezar a notarse, y ella va a hacer preguntas.

—No tengo por qué decirle nada. —Me encogí de hombros, aunque sabía que, por más que no me gustara, Samantha tenía razón. Tarde o temprano, la verdad saldría a la luz. Laura vería al bebé, y si se parecía a su hijo, no iba a necesitar muchas explicaciones para atar cabos.

Iba a retrasar lo inevitable todo lo que pudiera.



Volví a casa lo más rápido que pude. Por toda la ciudad se veían alertas sobre el huracán. Teníamos que evacuar.

Al entrar al barrio, vi a varios vecinos protegiendo sus casas con tablas de madera y planchas metálicas en puertas y ventanas. Muchos no tenían a dónde ir y probablemente estaban desesperados. Todo lo que habían logrado se resumía en esas humildes construcciones de concreto y ladrillo, y el huracán que se acercaba podía arrasar con todo.

—¡Mamá! —Entré corriendo y la encontré escuchando la radio —. ¿Estás bien?

—Sí. —Me abrazó y acarició mi rostro—. Viene un huracán para acá.

—Lo sé. Tenemos que salir.

—Laura va a venir a buscarnos para llevarnos a otro estado.

—Está bien. Voy a empezar a empacar. —Necesitaba guardar en maletas lo poco valioso que teníamos. Que no era mucho, pero me dolería perderlo. Mi notebook, algunas fotos de mi papá… aunque mi mamá ya no pudiera verlas, le gustaba tenerlas cerca.

Preparé dos maletas y las dejé junto a la puerta. Cerré bien todas las ventanas, asegurándolas con tablas de madera, lo mejor que podíamos hacer en una casa como la nuestra. Las viviendas en barrios más acomodados tenían protecciones especiales, pero esto era todo lo que teníamos.

Estar bajo alerta de huracán era aterrador. Te dejaba paralizada, con la mente nublada, sin saber qué hacer primero.

Estaba revisando todo por última vez cuando escuchamos un golpe en la puerta. Me sequé las manos sudadas contra el pantalón antes de abrir. George estaba del otro lado. No dijo nada, solo tomó las maletas que ya estaban listas y las bajó.

—¿Vamos? —Laura apareció detrás de él—. Solo vine a buscarlas para reunirnos con Dean.

Dean...

Me estremecí al oír su nombre. Hacía ya tres meses que no sabía nada de él, y tampoco lo había buscado. Fingir que no existía

había sido mi forma de sobrevivir. No estaba preparada para verlo otra vez. Ni siquiera sabía si quería, aunque estuviéramos a punto de enfrentar una catástrofe.

—Mami… —Tomé sus manos mientras acompañaba a mi madre y a Laura fuera del edificio.

Ayudé a mi mamá a acomodarse en el asiento trasero del auto y le abroché el cinturón antes de volver a la acera y cerrar la puerta.

—¿Qué estás haciendo, Angel? ¡Sube al auto ya! —gritó Laura.

—Acabo de recordar que olvidé algo importante en el hospital. Voy a ir para allá, hay un refugio. Llévate a mi mamá.

—Angel, olvídalo, hija. Sea lo que sea, puedes reponerlo después.

—No, mamá, no puedo. Vete con Laura, ella va a cuidarte.

El cielo ya estaba poniéndose gris y no faltaba mucho para que empezara a llover. No quería pasar quizá varios días con Dean, así que lo mejor era refugiarme en el hospital. Allí podría ser útil y ayudar a quienes llegaran heridos.

Laura me miró fijamente y sentí un escalofrío. Fue como si pudiera leerme por dentro, o tal vez simplemente decidió que no valía la pena insistir. Giró la cabeza hacia el conductor.

—George, vamos.

—¡Angel! —gritó mi madre, pero ya me estaba alejando del auto y los dejé partir.



Treinta y cinco

En cuanto recibí la alerta de huracán, ordené que retiraran todos los autos del showroom y los guardaran en el estacionamiento subterráneo debajo de la concesionaria. También pedí que bajaran un revestimiento metálico para cubrir todas las paredes de vidrio que funcionaban como vitrinas. Además, revisé todas las pólizas de seguro para evitar una pérdida millonaria en caso de que ocurriera algo.

Había acordado con mi madre que nos encontraríamos en la salida de la ciudad para dirigirnos hacia el continente. El riesgo de muerte para quienes permanecieran en Miami era alto, aunque nuestra mansión contara con todas las estructuras necesarias para protegerla de desastres naturales como ese.

Mi celular sonó y atendí en cuanto vi que era ella.

—¿Hola, mamá? ¿Ya buscaste a Angel y a Valeria? Estoy saliendo de aquí.

—Valeria está conmigo, pero Angel no quiso venir. Dijo que necesitaba recoger algo en el hospital, pero creo que está mintiendo.

—¿Por qué?

—Porque no quiere verte —bufó mi madre del otro lado de la línea.

¡Qué chica idiota! No pude contener la exclamación que inundó mis pensamientos.

—¿Se volvió loca? No es seguro quedarse en la ciudad.

—Valeria y yo estamos preocupadas.

¡Mierda! Por más que quisiera negarlo, entendía por qué estaba enojada conmigo, porque yo también lo estaba con ella. Aunque mi madre hubiera dejado de entrometerse en mis fiestas, ya no lograba disfrutarlas como antes. No solo Angel había salido herida de ese juego. Una verdad que quizás solo admitiría para mí mismo: estaba arrepentido de haber jugado con ella.

Era una estupidez que Angel quisiera quedarse en la isla, pero en parte era culpa mía, y no podía permitir que esa terca se matara por eso.

—Dile a George que siga el viaje. Yo iré a buscar a Angel y la llevaré a un lugar seguro.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Cuídate, hijo.

—Gracias.

Corté la llamada y revisé rápidamente si todo estaba preparado para el paso del huracán, antes de salir de la concesionaria. Conduje tan rápido como pude hasta el barrio del suburbio donde vivía Angel, esquivando el caos de una ciudad en evacuación y personas desesperadas. Si el tránsito ya era complicado en épocas normales, en medio de la histeria colectiva se volvía prácticamente imposible.

Pensé que tendría que ir hasta el apartamento a buscarla, pero fue fácil verla sentada en la parada de autobús, con una mochila al hombro, como si no estuviera por venir un desastre natural de poder destructivo catastrófico.

Detuve el auto y corrí hacia ella. En cuanto me paré frente a su cuerpo, empezó a llover, y el viento, cada vez más fuerte, sacudía nuestras ropas y cabellos.

—¡Angel! —la llamé, y ella levantó la mirada, notando mi presencia.

—Dean... —pronunció mi nombre, boquiabierta. Claramente no me esperaba allí—. ¿Qué haces aquí?

—Deberías haberte ido con mi madre, y no lo hiciste. Nadie en su sano juicio se quedaría en esta ciudad. El huracán ya está por llegar, vamos.

—No voy a ningún lado contigo. —Se encogió, abrazando la mochila—. ¿Por qué haces esto? A ti ni siquiera te importo. —Esa frase fue una puñalada que dolió más de lo que habría imaginado. Durante los últimos meses, por más que intentara, no podía sacarla de mi cabeza. Estaba enojado, sí, pero también me importaba.

—Estás equivocada, Angel. Si no me importaras, no estaría aquí. ¡Ahora vamos! —Le tomé la mano, pero la terca retrocedió.

—¡No voy a irme contigo!

Bufé. No teníamos toda la eternidad. Si no salíamos pronto de la ciudad, quedaríamos atrapados y probablemente nos alcanzaría el huracán.

—No voy a seguir discutiendo contigo. —La tomé de las muñecas y la cargué sobre mi hombro como si fuera una bolsa de papas.

—¡Cuidado, mi bebé!

Ignoré sus gritos y manotazos y la llevé hasta el asiento del acompañante. La senté, le abroché el cinturón y cerré la puerta con seguro antes de rodear el auto para sentarme al volante.

—Esto es un secuestro —gruñó.

—Me lo vas a agradecer después. —Arranqué el coche y activé el cierre automático de puertas, para que no intentara tirarse mientras conducía. No quería ser responsable de lo que pudiera pasarle.

Conduje hasta el inicio de la autopista, donde el tráfico se volvió más pesado, y noté que Angel acariciaba su vientre.

—¿Te lastimé? —Ajusté el aire acondicionado y la miré con atención.

—Creo que no. —Ni siquiera me miró, seguía enfocada en su vientre.

Estaba por preguntarle si estaba segura, cuando recordé lo que gritó mientras la cargaba a la fuerza: ¡Mi bebé! Me quedé congelado, apenas reaccionando para avanzar con el auto.

—Angel, ¿qué quisiste decir con "mi bebé"?

—¡Nada! —Se encogió y volvió a abrazarse la barriga de forma involuntaria.

No soy estúpido, no fue difícil conectar los puntos.

—¿Estás embarazada?

—No-no —balbuceó, y su forma de tartamudear confirmó la mentira.

—¿Desde hace cuánto?

Se quedó en silencio, mirando la carretera repleta de autos a través de la ventana.

—¡Angel! —Me llené de rabia. Tal vez no debía gritarle, pero lo hice—. ¿Desde hace cuánto estás embarazada?

—Doce semanas —respondió como si intentara alejarse de la gravedad del asunto. Doce semanas eran tres meses.

Tres meses de embarazo... Esa idea giró en espiral en mi cabeza durante varios minutos. Tres meses era justo el tiempo que habíamos pasado en el yate. Por lo general era cuidadoso y usaba condón, pero con ella recordaba bien que no lo hice. Quise hacerlo así y acabé dentro sin pensar en las consecuencias.

—Es mío, ¿verdad?

Angel se quedó en silencio, ignorándome, lo que me hizo enojar aún más. Golpeé la bocina con fuerza, provocando un ruido

ensordecedor que irritó a los otros conductores.

—i¿No ves que todos estamos esperando, idiota?! —gritó alguien desde afuera, pero no le presté atención.

—¡Angel, carajo, háblame!

—Como no tuve sexo con ningún otro hombre, una prueba de ADN probablemente diga que tú eres el padre. Pero no tienes porqué preocuparte. Recuerdo muy bien cuando me dijiste que para ti fue solo sexo. Cualquier consecuencia que vino después no es tu problema. Este bebé y yo vamos a estar bien sin ti.

—¿Qué? —Abrí los ojos, incrédulo ante lo que decía—. ¿De verdad no ibas a decirme que estabas embarazada?

—No es asunto tuyo.

—¿Estás loca? ¡Claro que es asunto mío!

Estaba perdido entre la rabia y la incredulidad. ¿Cómo había sido capaz de ocultarme un embarazo? Ya entendía por qué me evitaba tanto. Había puesto en riesgo su vida y la de nuestro hijo solo para ocultármelo.

—¿De verdad crees que sería un padre tan malo?

—No te atrevas a decir que me embaracé para sacarte algo. Esto no es una trampa ni ningún otro insulto que quieras lanzarme. Este bebé estará muy bien sin ti. —Por cómo hablaba, podía notar perfectamente el odio que había cultivado hacia mí todo ese tiempo.

—Fui yo quien te sedujo. Ni me molesté en usar protección, ni siquiera acabé afuera. ¿Por qué pensarías que diría que lo hiciste para aprovecharte de mí?

—Porque eso es lo que tipos como tú hacen con mujeres como yo. Porque eres un bruto estúpido que juega con los sentimientos ajenos sin preocuparse por nadie. Hiciste de todo para seducirme y cuando me quitaste la virginidad, me trataste como basura. Me arrepiento y me odio por haber dejado que me tocaras.

Me dio una bofetada sin siquiera alzar la mano. Nunca me creí un buen tipo, ni me esforcé por serlo, pero no esperaba que Angel tuviera una imagen tan horrible de mí. Siempre pensé que era la mejor experiencia que cualquier mujer podía tener, y oírla decir que se arrepentía de haberse acostado conmigo me dejó sin palabras.

—El tránsito está avanzando. —Señaló hacia el frente.

Parpadeé antes de poner el auto en marcha.

—¿De verdad te arrepientes de haberte involucrado conmigo y de este embarazo?

—Me arrepiento de casi todo, menos del embarazo. Saber que voy a tener un bebé es lo que más feliz me hace. Es lo único bueno que salió de todo esto.

—¿No crees que tenía derecho a saberlo?

—No pensé que te interesara.

—Claro que me interesaba. ¡Voy a ser padre!

—¿Y qué diferencia hace eso para ti?

—Toda. Toda la diferencia. —Respiré profundo.

Nunca había pensado en ser padre, no había hecho planes para eso. Pero la noticia sacudió todo lo que creía con certeza. De pronto, las palabras de mi madre sobre madurar cobraron sentido.

Empecé a comprender por qué no podía dejar de buscar a Angel, por qué seguía vigilándola en el hospital. Pensaba que simplemente no podía sacármela de la cabeza, pero había un lazo entre nosotros que recién ahora entendía.

Ella guardó silencio, y yo también. Iba a tener un hijo con ella. ¡Un hijo! Y por mi culpa, Angel había querido ocultármelo.

—Si llegas a pensar en quitarme a este bebé, te juro por Dios que te mato. —Apretó los dientes, y nunca había visto tanta furia en su rostro angelical.

—Angel, cálmate. —Toqué su rostro apenas detuve el auto de nuevo, pero ella se apartó—. No voy a hacer eso. Solo déjame ser un padre.

—¿No vas a decir que todo esto es un invento?

Negué con la cabeza.

—Estoy seguro de que es mío y asumo completamente la responsabilidad por este hijo. —Bajé la mano y toqué su vientre. Esta vez, Angel no rechazó mi gesto—. Lo mínimo que te debo es una disculpa.

Ella colocó sus manos sobre las mías y mi mente se llenó de imágenes de lo que habíamos vivido en el yate y en los días previos. La sonrisa de Angel y su forma sencilla de ver la vida. Eran recuerdos que había intentado borrar en los últimos meses, convenciéndome de que seguía siendo el mismo hombre. Pero no lo era, porque no había podido acostarme con nadie más después de ella.

Maldita sea, Sra. Laura. Mi madre había logrado su objetivo después de todo. Quería a ese bebé, quería a Angel y quería una familia.



Treinta y seis

Cerré los ojos y fingí estar dormida. Necesitaba pensar. En los últimos meses, estaba convencida de que Dean sería el primero en darme la espalda y dejarme morir. Hice todo lo posible por convertir cualquier sentimiento positivo que había tenido por él en rabia. Rabia por haberme permitido enamorarme de un hombre que claramente nunca sería mío. De alguien que me había dejado embarazada y luego me abandonó, aunque ni siquiera supiera del embarazo. Sin embargo, cuando me cargó sobre los hombros y me sacó del camino del huracán, me di cuenta de que quizá me había equivocado con él. ¿Habría más que puro egocentrismo en Dean Clark?

De cualquier forma, estaba sorprendida. Estaba segura de que él no querría saber nada del fruto de esas noches que crecía dentro de mí, pero su reacción fue totalmente opuesta. Con una mano en

mi vientre y la otra en el volante, me costaba creer que ese fuera el mismo hombre que me había dicho que yo no era más que sexo. De repente, todas las murallas que había construido para negar lo que sentía por él se vinieron abajo. Las lágrimas rodaron por mi rostro sin que pudiera detenerlas.

—¿Qué pasa? —Tocó mi cara y atrapó una de mis lágrimas con la punta de los dedos.

Guardé silencio, mirando a esos ojos azules que me observaban con tanta intensidad.

—No les va a faltar nada ni a ti ni a ese bebé.

—No necesito tu dinero y tampoco necesito tu ego.

—Pero yo sí te necesito a ti.

Sus palabras hicieron que el aire desapareciera del auto y sentí como si el peso del mundo se me viniera encima. Estaba perpleja, ahogada, sin saber qué decir.

—No tienes idea de lo que el peso de tus palabras puede hacerle a una persona, Dean. No puedes decir algo así como si solo estuvieras dando los buenos días.

Odié estar atrapada con él en ese maldito auto, porque no tenía a dónde escapar. Dean había cerrado las puertas electrónicamente para evitar que intentara bajarme. Estaba obligada a enfrentarlo, a confrontar todo el dolor que me había causado.

—Sé que no actué bien. Quise acostarme contigo solo para probar que mi madre estaba equivocada cuando dijo que tú eras diferente a las mujeres con las que solía involucrarme, pero el que estaba equivocado era yo. Tú sí eras diferente a todo lo que conocía. Me gustaba la inercia constante en la que vivía.

—¿Y qué esperas con todo esto? —Lo miré, dejándole claro que unas cuantas palabras no iban a borrar todo el daño.

—Tu perdón.

Volví a quedarme callada y giré el cuerpo en el asiento, esperando a que arrancara. En cuanto el embotellamiento para salir de la ciudad terminó, Dean tuvo que concentrarse más en manejar. Eso me dio un respiro de la presión de su mirada, pero sus palabras seguían resonando en mi cabeza: *tu perdón...* ¿Quería perdonarlo? Una parte de mí decía que no. Dean se merecía mi odio, merecía que estuviera siempre molesta con él, pero otra parte me hacía preguntarme de qué servía toda esa rabia. Además, estaba ese bebé que no tenía la culpa de nada. Pensé en eso y no encontré ninguna razón válida para negarle a esa criatura la presencia de su padre, solo por cómo me había tratado. Y de todas formas, cualquier juez lo obligaría a tener contacto con su hijo.

—Está bien, Dean. Si eso es lo que quieres, no hay motivos para que aleje a mi bebé de ti.

—Nuestro bebé.

—Cierto. —Tuve que admitir—. Nuestro.

Él sonrió.



—Ya casi llegamos a Orlando. Vamos a parar para ir al baño, comer algo y llamar a mi mamá. Debe estar al borde del colapso. Después seguimos camino. Cuando el huracán llegue a Miami, tendremos que estar en otro estado.

—Okay —asentí.

Dean condujo unos minutos más hasta que paró en una gasolinera con tienda. Estacionó el Lamborghini negro al lado de uno de los surtidores y tres hombres que estaban dentro salieron a curiosear. Definitivamente no era un auto fácil de ignorar.

—Hola, ¿necesitan algo? —Rodearon el coche, observando cada detalle.

—Solo vine a cargar combustible. —Dean no les prestó mucha atención—. Angel, ve al baño y compra algo para comer. Estás embarazada, no puedes quedarte mucho tiempo sin alimentarte.

Vi que los tipos se daban codazos y se reían al mirarme, pero traté de ignorarlos. Realmente necesitaba ir al baño. Lo encontré al fondo de la tienda, detrás de unos estantes.

Al regresar, agitando las manos en el aire porque no había toalla para secarlas, vi a Dean comprando algunas cosas que la encargada iba metiendo en bolsas.

—¿Quieres algo en particular, Angel?

—Un sándwich natural de esos —dije, señalando la vitrina con la uña.

La empleada me lo pasó y Dean fue a pagar todo.

—¿Te sientes bien?

Asentí. Me sorprendía ese cuidado y preocupación en sus ojos. Dean nunca se había comportado así conmigo.

—Entonces sigamos. El pronóstico dice que el huracán podría afectar también esta zona. Si no fuera así, podríamos quedarnos en

el departamento que tenemos aquí.

Asentí y regresamos al auto. Los hombres seguían cerca, pero se alejaron en cuanto Dean desactivó la alarma para que subiéramos. Él se acomodó al volante y me pasó la bolsa, que estaba llena de barras de cereal, galletas y algunas bebidas isotónicas y energéticas. Imaginé lo cansado que debía estar por manejar tanto. Sacó su celular del bolsillo, marcó un número y me lo entregó.

—Habla con mi mamá y dile que estamos bien. Vamos a llegar a Alabama de madrugada.

Apenas terminó de decirlo, Laura atendió.

—Dean, hijo, ¿dónde estás? Estoy desesperada.

—Laura, soy yo, Angel. Estamos en camino a Alabama. Estamos bien, solo un poco de lluvia y algo de tráfico saliendo de Miami.

—¡Gracias a Dios! —Su voz cambió de inmediato y soltó un suspiro largo y profundo—. Están bien, Valéria. Están juntos.

Solo entonces me di cuenta de la angustia que debía haber hecho pasar a mi madre, y de mi estupidez por haber puesto en riesgo mi vida y la de mi bebé solo por no querer enfrentar al padre. Al final, prácticamente Dean me había secuestrado para sacarme de la ciudad.

—Nos vemos en el hotel en Alabama. Hasta luego, querida.

—Hasta luego, Laura.



Treinta y siete

Llegué a la frontera del estado de Florida con Alabama alrededor de las tres de la madrugada. Había conducido por más de diez horas y estaba exhausto. Me iba a encontrar con mi madre en la capital del estado, Montgomery, pero aún quedaba un buen trecho por delante. Miré el celular y vi que el huracán no llegaría hasta donde estábamos. Era seguro dormir un poco y seguir viaje más descansado. Nos encontrábamos en un pueblito del interior, fuera de cualquier ruta turística y lejos de cualquier flujo importante de dinero. No esperaba encontrar ningún hotel de lujo como los que abundaban en Miami, así que me conformé con un motel de carretera. Serviría para darnos un baño y descansar un poco. Giré la cabeza y vi que Angel seguía dormida. Llevaba así varias horas y no quería despertarla.

Estacioné frente al motel y bajé solo, dirigiéndome a la pequeña recepción, donde un señor dormía con la cabeza apoyada sobre un crucigrama. Toqué el timbre del mostrador y él dio un

salto, sobresaltado, alzando los brazos como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Quisiera una habitación, por favor, para dos personas.

Se agachó, tomó una llave de debajo del mostrador y me la entregó.

—Son veinte dólares.

Le pagué y tomé la llave.

Volví al auto y vi que Angel seguía dormida, exactamente en la misma posición en que la había dejado. Abrí la habitación, que no quedaba muy lejos del estacionamiento, y regresé para buscarla. Me colgué su mochila en la espalda antes de cargarla en brazos. Intentando no despertarla, la llevé con el mayor cuidado posible hasta la cama. Una vez que la acomodé, volví para buscar mi maleta.

Cerré la puerta con llave y me senté al borde de la cama, observándola dormir. Sonreí al darme cuenta de que eso era todo lo que había hecho con ella durante los últimos meses: observarla a escondidas. Había sido un cobarde por actuar así.

Dios, ¡qué hermosa era! Extendí la mano y acaricié su rostro. Ella se movió ligeramente, acomodándose en la cama como si un mosquito la hubiese molestado.

Estoy enamorada de ti, Dean. Escuché su voz con claridad en mi mente, como si acabara de decírmelo y no hubieran pasado ya tres meses.

—Perdóname por no haber sabido cuidar de tu corazón antes. —Me incliné y le besé la frente.



Treinta y ocho

Desperté con el sonido de la ducha y pensé que estaba delirando. Abrí los ojos y vi la luz de una lámpara revelando una habitación pequeña y sencilla, pero bastante limpia. Me senté en la cama y noté mi mochila junto a una maleta. ¿Dónde estaba?

Antes de que pudiera levantarme, el ruido del agua se detuvo y vi a Dean salir del baño con una toalla alrededor de la cintura y el cabello aún mojado. ¿Cómo era posible que ese hombre siguiera siendo tan atractivo?

—¿Dónde estamos?

—En un motel, en un pueblito de Alabama. El huracán no va a pasar por aquí y yo necesitaba descansar un poco.

—Tiene sentido. ¿Cómo llegué hasta la cama?

—Te traje en brazos desde el auto. No quise despertarte, imaginé que estabas muy cansada.

—Gracias —respondí con una sonrisa tímida.

—No es el hotel de lujo al que me gustaría haberte llevado, pero fue lo mejor que encontré en el camino.

—Es más que suficiente para mí. No echo de menos el lujo cuando nunca lo tuve.

Tragó saliva, pero no insistió con el tema.

—Voy a cambiarme en el baño —dijo, como si no lo hubiese visto antes en situaciones similares.

—Puedes cambiarte aquí. —Me levanté y caminé hasta mi mochila—. Yo también voy a ducharme.

—Está bien.

Tomé lo necesario para una ducha rápida. Al salir, Dean estaba sentado en la cama, vestido con una bermuda, comiendo una barra de cereal y tomando una bebida.

—¿Quieres? —Me ofreció.

Me senté junto a él y tomé una del paquete.

—Gracias.

Nos quedamos en silencio, comiendo, hasta que él se recostó para dormir. Solo había una cama y, después de tantas horas conduciendo y lo que aún quedaba de viaje, no se me ocurría pedirle

que durmiera en un sillón, ni yo quería hacerlo. Así que me acosté a su lado.

No sé qué pasó mientras dormíamos, pero cuando desperté horas más tarde, con la luz del sol entrando por las rendijas de la ventana, estábamos abrazados. Él me rodeaba con los brazos, como lo había hecho cuando dormimos en el yate. Su cabeza reposaba en mi nuca y su respiración tibia acariciaba mi cuello. Mi corazón dio un vuelco al darme cuenta de que aún sentía lo mismo que entonces, cuando nos habíamos abierto el uno al otro.

Dean se movió y me acercó más a él. Sentí su cuerpo pegado al mío y me puse completamente nerviosa. Justo cuando pensaba que podría seguir adelante sin pensar más en lo que pasó entre nosotros, él volvía a desarmarme.

Me levanté con cuidado, pero al moverme lo desperté. Abrió los ojos justo cuando me sentaba en la cama.

—¿Qué pasó?

—Nada.

—¿Hice algo mal?

¿Ahora o antes? Negué con la cabeza, refiriéndome a ese momento.

Él se sentó y miró hacia abajo, riendo.

—¿De qué te ríes? —pregunté, confundida.

—Digamos que... últimamente no me había sentido así, pero bastó estar cerca de ti. No estuve con nadie desde... lo que pasó entre nosotros.

—¿Por qué no?

—Supongo que fue tu culpa. —Rió con picardía, y no supe si lo decía en serio o en broma.

—No te hice ningún hechizo.

—No estoy tan seguro —bromeó, acercándose.

No me eché atrás. Sus ojos azules atraparon los míos y pronto sus labios estaban sobre los míos y su lengua pedía entrar en mi boca. Dean tiró de mí hacia el centro de la cama y le rodeé el cuello con los brazos.

Tal vez debería apartarlo, pero realmente quería ese beso. Era completamente imposible resistirse a aquel hombre, así que hice todo lo que pude para no estar delante de él.

Me tumbó en la cama y luego puso sus manos sobre mí, recorriendo mi cuerpo, apretándome, provocándome escalofríos y oleadas de calor. Me palpitaba la zona entre las piernas. Quizá no debería haberlo deseado tanto, pero lo deseaba. Ya estaba embarazada. Esa era mi excusa para volver a acostarme con él, aun sabiendo que podría destrozarme el corazón de una vez por todas.

Dean se apartó para quitarme la camiseta y el sujetador, colocando las prendas sobre el cabecero. Me lamió un pezón y me apretó el otro pecho con las yemas de los dedos. Gemí contra sus labios, sintiendo que la fuerza del deseo me consumía por completo. Temblaba, mi corazón se aceleraba y mi pulso era frenético.

Deslizó sus labios hasta mi vientre, besándolo con deseo mientras me bajaba los pantalones y las bragas. Le bajé los calzoncillos y le ayudé a desnudarse. Pronto me sentí envuelta por el calor y el peso de su cuerpo que me apretaba contra la cama. Me

miraba fijamente, sus ojos clavados en mí, capturando incluso mi alma.

Me mordisqueó el labio inferior y deslizó su boca hasta mi oreja. Me estremecí entera, en contraste con el calor alucinante que corría por mis venas.

—Prometo ir despacio, amor. —Deslizó las manos por mis muslos, acomodándolas alrededor de su cintura mientras me penetraba.

Jadeé, arqueando mi cuerpo contra el suyo para acomodarlo dentro de mí. Mi cuerpo deseaba desesperadamente el suyo. Podía negárlo todo lo que quisiera, pero dependía del calor y el contacto de su cuerpo. La fricción de su movimiento dentro y fuera de mí, los latidos de mi corazón mientras teníamos sexo me hacían sentir viva como nunca...

Levantó una de sus manos y la colocó bajo mi nuca, enredando sus dedos en mi pelo, sujetándome firmemente la cabeza y besándome con fiereza. Dean tenía sed y estaba bastante salvaje. Era como si hubiera pasado tres meses en el desierto y por fin hubiera encontrado su oasis en mi cuerpo. Me dejé llevar por la tormenta de sensaciones, tan fuertes y aterradoras como un huracán*. ¿Podría resistirme a aquel hombre?* Gimiendo mientras se apoderaba por completo de mi cuerpo, la respuesta era obvia. Quería que Dean Clark fuera mucho más que el hombre que me quitara la virginidad. Necesitaba su pulso dentro de mí, el sudor de su piel cuando rozaba la mía y el calor de sus brazos cuando me envolvían como si fuera completamente suya. Era imposible no desearlo así.

Su lengua capturó la mía, casi imitando los movimientos de sus embestidas. Levanté las caderas suplicando más, cuando aquel acto sensual derramó en mí intensas gotas de placer que

aumentaron la tensión palpitante en la zona donde nos habíamos convertido en uno.

Se movió más despacio, dentro de mí, me tomó la cara con las dos manos y apoyó la frente en la mía. Sentí que temblaba, que sus músculos se agarrotaban. Hasta que un líquido caliente brotó dentro de mí, una confirmación silenciosa de que le pertenecía.

Dean bajó una mano, pasándola entre nuestros cuerpos, y me tocó el clítoris con movimientos circulares. Pronto me envolvió la poderosa ola del clímax. Aún jadeaba y gemía por el orgasmo cuando él me rodeó con los brazos y me besó con más suavidad.

—No soy bruja —murmuré, sin saber cómo reaccionar.

—Eres un ángel... mi ángel.

Maldito Dean. Una vez más, estaba completamente rendida ante él.



Treinta y nueve

Después de tres meses sintiéndome como un idiota por haber fallado cada vez que intenté acostarme con otra mujer, y haber pasado las peores vergüenzas de mi vida, estar con Angel fue como liberarse de un peso. No necesitaba un tratamiento, solo a la mujer correcta. Siempre dudé de que la mente, y más aún el corazón, tuvieran algo que ver con el deseo físico, pero ahí estaba la prueba. Acababa de estar con ella, y aún me sentía vivo, con energía, como si pudiera pasar el día entero a su lado, abrazándola, besándola, simplemente sintiéndola cerca. Pero ella se apartó de mí y rodó hacia un lado.

—¿Angel?

—Tenemos que dejar de hacer esto.

Me congelé. Después de todo lo que habíamos compartido, eso era lo último que quería oír.

—¿No estuvo bueno? —pregunté, inseguro. Tal vez me había precipitado, no estaba acostumbrado a pasar tanto tiempo sin estar con nadie.

—No se trata de eso. Vamos a tener un hijo. Al menos deberíamos ser amigos. Esto no va a funcionar si sigues acercándote a mí de esta manera.

—Pero los padres también se acuestan —bromeé, acercándome por detrás y rodeando su cintura con los brazos—. ¿Cómo crees que nacen los hermanos? —murmuré mientras le daba pequeños besos en el hombro.

—Padres que están juntos. Y ese no es nuestro caso. No me gusta ser solo algo físico para ti.

—Escucha —la giré suavemente para que pudiera ver mis ojos —, fui un idiota cuando te dije aquellas cosas. Mi madre siempre me conoció mejor que yo mismo. Estaba perdido. Necesitaba un norte… necesitaba a alguien como tú. Te prometo que voy a ser un mejor hombre, por ti y por nuestro hijo —dije mientras apoyaba las manos sobre su vientre.

Los ojos de Angel se llenaron de lágrimas y me abrazó con fuerza.

—¿Prometes no volver a romperme el corazón? —preguntó con la cabeza apoyada en mi pecho.

—Lo prometo —susurré, besando la cima de su cabeza. Lo último que quería era volver a fallarle.

Nos quedamos abrazados por un largo rato. La envolví como si fuera lo más valioso que tenía. Y era cierto: entre todo el dinero y lujos que tenía, Angel era lo único que realmente aceleraba mi corazón y dibujaba una sonrisa sincera en mi rostro.

—Tenemos que seguir viaje. Laura y tu mamá nos están esperando —dijo, separándose de mí y yendo al baño para ducharse.



Llegamos al lugar acordado a media tarde. Conduje más despacio porque veníamos conversando. Angel estaba emocionada con el embarazo, y me di cuenta de que había hecho muchos planes. Por muy poco, me habría quedado fuera de ellos. Por suerte, el destino me dio un empujón a tiempo.

Mi madre estaba en la misma habitación de siempre. Toqué la puerta y ella la abrió con una sonrisa antes de lanzarse a abrazarme, visiblemente aliviada. Vi a Valeria sentada en la cama, y Angel corrió hasta ella.

—¿Están bien? —me preguntó mi madre.

—Sí. Tardamos un poco porque paramos en un restaurante. Necesitábamos una comida decente.

—Hiciste bien. Lo importante es que están aquí.

—Estamos bien —respondí con una sonrisa al ver a Angel abrazada a su madre. Fue suficiente para que mi mamá entendiera lo que pasaba.

—Dios, por fin escuchó mis oraciones —dijo con una sonrisa tan entusiasta que no pude evitar reír.

—¿Entonces se reconciliaron? —preguntó Valeria, mirando a su hija como si aún pudiera verla.

—Sí. —Me acerqué a ella y Angel entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Se lo contaste? —insistió Valeria, firme.

—Sí, se lo conté.

—Qué alivio. —La emoción en su voz fue evidente.

—¿Contarle qué? —intervino mi madre, mirando con nerviosismo de uno a otro, esperando una respuesta.

—Vas a ser abuela, Laura —dije.

—¿Abuela? —repitió, tambaleándose un poco, por lo que me preparé para sostenerla si se desmayaba.

—Así es —dijo Angel, llevando las manos a su vientre.

—Por fin mi Dean sentó cabeza… ¡y va a formar una familia! —Puso las manos juntas como si rezara, y todos reímos.



Cuarenta

Pasamos tres días en Alabama esperando que el huracán pasara por Miami y por el resto del estado de Florida. Las noticias que llegaban por la televisión e internet eran muy preocupantes. La devastación se extendía por tres estados, y yo no sabía con qué me iba a encontrar al volver a casa.

La mansión de Dean estaba prácticamente blindada. Cuando llegamos, estaba revestida con pesadas chapas de acero y solo había sufrido un leve destechado, además de algunos árboles y arbustos arrancados del jardín. El agua no parecía haber subido lo suficiente como para causar daños mayores. El lugar solo necesitaba una buena limpieza y algunas reparaciones, pero no podía decir lo mismo del barrio donde vivía con mi madre. Desde dentro del auto de Dean, la angustia y el temor dentro de mi pecho se hacían cada vez más fuertes a medida que avanzábamos por las calles. La

destrucción era impactante. Decenas de casas estaban prácticamente reducidas a escombros, y eso solo alimentaba mis peores pensamientos.

—Dean...

—Tranquila, amor —me dijo, tomando mi mano.

Apenas dobló hacia mi calle, vi a mis vecinos reconstruyendo lo que había quedado, y aquellos que aún tenían sus casas en pie ayudaban a quienes lo habían perdido todo. Dean se detuvo frente al lugar donde solíamos vivir, y todo lo que quedaba del edificio eran ruinas. Años de mi vida habían sido arrasados por el huracán.

Abrí la puerta y bajé del auto. Estaba tan impactada que ni siquiera podía llorar.

—Todo va a estar bien —Dean se colocó detrás de mí y me abrazó por los hombros.

—Perdí todo lo que tenía. Mis muebles, mis cosas...

—Eran solo cosas, Angel. No perdiste nada verdaderamente importante. Tu madre está bien. Yo estoy aquí.

Me desconcerté al verlo arrodillarse frente a mí, sobre los restos esparcidos por el suelo, y sacar algo del bolsillo.

—Quería hacer esto en un momento más romántico, en una cena quizá, pero creo que este es el momento correcto —dijo mientras sacaba una cajita de terciopelo y la abría, revelando un anillo con lo que supuse era un diamante rodeado de pequeñas piedras brillantes—. Angel, ¿quieres casarte conmigo?

Sorprendida, lo miré en silencio y giré la cabeza de un lado a otro, hasta que mis ojos se encontraron con doña Alma, que barría

su jardín como si no hubiera cosas más urgentes que reparar en su casa. Movió los labios y leí un "te lo mereces". Entonces, una sonrisa se dibujó en mi rostro, en medio de toda esa tragedia.

—Angel —Dean volvió a llamarme, haciendo que lo mirara otra vez—, ¿me permites tenerte a ti y a nuestro hijo o hija a mi lado para siempre?

—¿De verdad quieres eso? —pregunté, llevándome las manos a la boca, temblando.

—Si dices que no, te cargo al hombro y me voy contigo de todas formas.

—Sí. —Reí mientras extendía la mano hacia él—. Acepto.

Dean deslizó el anillo en mi dedo y se levantó para besarme.

Desde que Laura me puso en el camino de ese hombre, supe que mi vida no volvería a ser la misma. Y esa era la mayor de las confirmaciones. Dean Clark ya no sería el soltero más codiciado de Miami. Ahora era mío.



Epílogo

—Le pedí matrimonio a Angel.

—¿¡Qué!? —Imaginé la cara que debía estar poniendo mi hermano al otro lado de la línea—. ¿Acaso estabas drogado cuando cometiste esa locura?

—No —respondí sonriendo de oreja a oreja—. Estoy enamorado.

—¿Estás bromeando?

—No. Y hay algo más. —Me levanté de la silla del escritorio y fui hasta la habitación para ver a mi futura esposa dormida en mi cama. Extrañamente, era la mejor visión del mundo—. Voy a ser papá y nunca me sentí tan feliz.

—¡Carajo! ¿Tienes idea de lo mucho que eso complica mi situación?

—¿Por qué? —Me reí.

—Mamá va a ver que contigo funcionó y va a querer hacer lo mismo conmigo.

—Entonces prepárate.

Sobre el autor

Jéssica Macedo, de 29 años, es una de las jóvenes más prometedoras del país, según Forbes Brasil. Vive en Belo Horizonte, Minas Gerais. Desde su apartamento, acompañada de su esposo y tres gatos, produce una serie de libros de fantasía, romances de época y contemporáneos, y, sobre todo, novelas eróticas, un verdadero fenómeno editorial entre las mujeres, con rápidas ventas en plataformas digitales.

Autora superventas en Amazon, comenzó su trayectoria literaria a los nueve años y se autoproclamó autora a los 14, con el lanzamiento de su primer libro, "O Vale das Sombras". Con más de 100 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Contribuyó a la adaptación de una de sus novelas, "Eternamente Minha", a una película distribuida en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es la figura principal de un equipo de autoras, en su mayoría mujeres, que conforman el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de su experiencia con otras editoriales.

Descubre otros libros de la autora en redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/



Sitio web del autor en Amazon -

https://amzn.to/2MevtwY



Leer También

link =>https://amzn.eu/d/7i7WErl

Sinossi:

?? Persecución + protección
?? Un hombre peligroso, frío y entrenado
?? Obsesión, mafia y secretos
?? De enemigos a amantes / Tensión explosiva
?? Poderosa y disfuncional dinastía turca
?? Conoce verdades que pueden destruirlo todo

Cem Arslan creció en el corazón de una dinastía construida sobre sangre, silencio y poder. Desde que aprendió a caminar, fue moldeado para convertirse en un arma: frío, preciso y calculador. Fue entrenado no solo para proteger, sino también para destruir cualquier amenaza contra la familia Arslan. En su mundo, no había lugar para el error. Todo era una misión.

Pero Ivana fue el error que no vio venir.

Ella conoce secretos que jamás debió escuchar, guarda información capaz de derribar imperios y, por eso, se convirtió en algo más que un objetivo.

Ivana huyó, corrió tanto como pudo, se escondió, cambió de nombre, borró sus huellas, tratando de escapar de un hombre que no fue criado para perder. Sin embargo, no se puede escapar de alguien que fue entrenado para cazar. Cuanto más se acerca Cem, más se da cuenta de que esta misión ya no se trata de

proteger el apellido que lleva. Se trata de ella, y de lo que esa mujer despierta dentro de él. Un deseo enfermizo, violento, incontrolable, que late más fuerte que cualquier orden, destruye toda lógica y rompe cualquier regla.

Ivana debe decidir si va a luchar contra él, o si va a rendirse

Sin embargo, hay una verdad innegociable grabada en el nombre Arslan: nadie escapa de Cem. Una vez que él decide que eres suya, ya no hay salida.



link => https://amzn.eu/d/5f41fcA

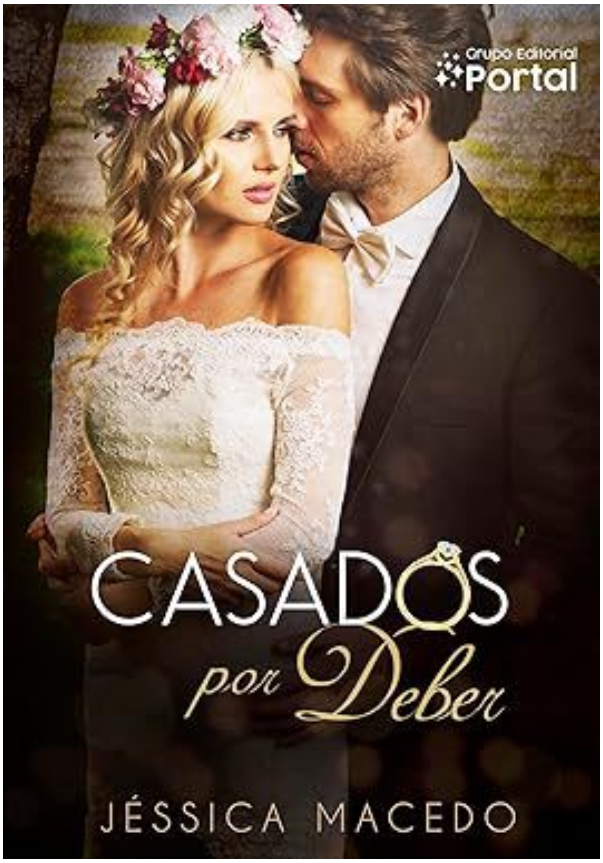
Sinossi:

Emir Arslan era el implacable CEO del poderoso Holding Arslan. Era un hombre hecho para el poder, entrenado para no sentir, rodeado de juegos políticos, acuerdos silenciosos y herencias de sangre. Sin embargo, cuando Gabriela Kaya se cruzó en su camino, su control se fue a la ruina y una decisión impensada puso en riesgo el imperio que él había jurado proteger.

Emir se negó a escuchar cuando ella le reveló que estaba embarazada. La rechazó con su estilo frío, despiadado y dispuesto a borrar cualquier amenaza contra su reputación.

Meses después, sola y herida, Gabriela regresó a la ciudad donde había jurado no volver a pisar jamás, no por él, sino por quien realmente importaba: su hijo.

Frente a un diagnóstico devastador, tuvo que acudir al hombre que más odiaba para salvar la vida del niño. Y entonces, la única salida resultó ser tan improbable como cruel: un segundo hijo. La única solución que los atrapó en una mentira con sabor a verdad.



link => https://amzn.eu/d/fQmygJX

Sinossi:

Hace cinco años, Jefferson Miller abandonó a su familia y a la empresa para recorrer el mundo a bordo de un barco, en busca de su propio destino. Después de tanto tiempo lejos, regresó a San Francisco para asistir al entierro de su hermano mayor, el único con quien tenía un vínculo profundo. Pero no esperaba que, además de dejarle la multinacional del sector deportivo, Jonathan también le heredara una esposa.

Para asumir la presidencia de Athena, convertirse en el CEO y aportar estabilidad a los negocios frente al mercado, tuvo que cumplir el último deseo de su hermano: casarse por contrato con su viuda, una mujer diez años menor que él y a quien solo conoció en el funeral.

Clare tenía el empleo de sus sueños trabajando como secretaria de su mejor amigo, al frente de una de las compañías deportivas más importantes del mundo. Sin embargo, un terrible accidente cambiaría su vida para siempre. Jonathan juró protegerla, así que decidió casarse con ella, aunque se trataba solo

de una fachada, un acuerdo que también le ayudaría a ocultar su orientación sexual.

Virgen y viuda, nunca imaginó que viviría un gran amor al verse envuelta en un segundo matrimonio por contrato. Pero lo que Clare y Jefferson no sabían era que, en los brazos del otro, podrían encontrar su verdadero refugio

.

Red social (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/
Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/
Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/
Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br